

Victor Hugo
Jean Valjean
vol V



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE
OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

JEAN VALJEAN

VICTOR HUGO

**PUBLICADO: 1862
FUENTE: [HTTP://ES.WIKISOURCE.ORG](http://ES.WIKISOURCE.ORG)**

PARTE 1
LA GUERRA DENTRO DE CUATRO
PAREDES

CAPÍTULO 1 CINCO DE MENOS Y UNO DE MÁS

Enjolras había ido a hacer un reconocimiento, saliendo por la callejuela de Mondetour y serpenteando a lo largo de las casas. Al regresar, dijo:

- Todo el ejército de París está sobre las armas. La tercera parte de este ejército pesa sobre la barricada que defendéis, y además está la guardia nacional. Dentro de una hora seréis atacados. En cuanto al pueblo, ayer mostró efervescencia pero hoy no se mueve. No hay nada que esperar. Estáis abandonados.

Estas palabras causaron el efecto de la primera gota de la tempestad que cae sobre un enjambre. Todos quedaron mudos; en el silencio se habría sentido pasar la muerte. De pronto surgió una voz desde el fondo:

- Con o sin auxilio, ¡qué importa! Hagámonos matar aquí hasta el último hombre.

Esas palabras expresaban el pensamiento de todos y fueron acogidas con entusiastas aclamaciones.

- ¿Por qué morir todos? -dijo Enjolras-. Los que tengáis esposas, madres, hijos, tenéis obligación de pensar en ellos. Salgan, pues, de las filas todos los que tengan familia. Tenemos uniformes militares para que podáis filtraros entre los atacantes.

Nadie se movió.

- ¡Lo ordeno! -gritó Enjolras.

- Os lo ruego -dijo Marius.

Para todos era Enjolras el jefe de la barricada, pero Marius era su salvador. Empezaron a denunciarse entre ellos.

- Tú eres padre de familia. Márchate -decía un joven a un hombre mayor.

- A ti es a quien toca irse -respondía aquel hombre-, pues mantienes a tus dos hermanas.

Se desató una lucha inaudita, nadie quería que lo dejaran fuera de aquel sepulcro.

- Designad vosotros mismos a las personas que hayan de marcharse -ordenó Enjolras.

Se obedeció esta orden. Al cabo de algunos minutos fueron designados cinco por unanimidad, y salieron de las filas.

- ¡Son cinco! -exclamó Marius.

No había más que cuatro uniformes.

- ¡Bueno! -dijeron los cinco-, es preciso que se quede uno.

Y empezó de nuevo la generosa querrela. Pero al final eran siempre cinco, y sólo cuatro uniformes.

En aquel instante, un quinto uniforme cayó, como si lo arrojaran del cielo, sobre los otros cuatro. El quinto hombre se había salvado.

Marius alzó los ojos, y reconoció al señor Fauchelevent. Jean Valjean acababa de entrar a la barricada. Nadie notó su presencia, pero él había visto y oído todo; y despojándose silenciosamente de su uniforme de guardia nacional, lo arrojó junto a los otros.

La emoción fue indescriptible.

- ¿Quién es ese hombre? -preguntó Laigle.

- Un hombre que salva a los demás -contestó Combeferre.

Marius añadió con voz sombría:

- Lo conozco.

Que Marius lo conociera les bastó a todos.

Enjolras se volvió hacia Jean Valjean y le dijo:

- Bienvenido, ciudadano.

Y añadió:

- Supongo que sabréis que vamos a morir por la Revolución.

Jean Valjean, sin responder, ayudó al insurrecto a quien acababa de salvar a ponerse el uniforme.

CAPÍTULO 2 LA SITUACIÓN SE AGRAVA

Nada hay más curioso que una barricada que se prepara a recibir el asalto. Cada uno elige su sitio y su postura.

Como la víspera por la noche, la atención de todos se dirigía hacia el extremo de la calle, ahora clara y visible. No aguardaron mucho tiempo. El movimiento empezó a oírse distintamente aunque no se parecía al del primer ataque. Esta vez el crujido de las cadenas, el alarmante rumor de una masa, la trepidación del bronce al saltar sobre el empedrado, anunciaron que se aproximaba alguna siniestra armazón de hierro.

Apareció un cañón. Se veía humear la mecha.

- ¡Fuego! -gritó Enjolras.

Toda la barricada hizo fuego, y la detonación fue espantosa. Después de algunos instantes se disipó la nube, y el cañón y los hombres reaparecieron. Los artilleros acababan de colocarlo enfrente de la barricada, ante la profunda ansiedad de los insurgentes. Salió el tiro, y sonó la detonación.

- ¡Presente! -gritó una voz alegre.

Y al mismo tiempo que la bala dio contra la barricada se vio a Gavroche lanzarse dentro.

El pilluelo produjo en la barricada más efecto que la bala, que se perdió en los escombros. Todos rodearon a Gavroche. Pero Marius, nervioso y sin darle tiempo para contar nada, lo llevó aparte.

- ¿Qué vienes a hacer aquí?

- ¡Psch! -le respondió el pilluelo-. ¿Y vos?

Y miró fijamente a Marius con su típico descaro.

- ¿Quién te dijo que volvieras? Supongo que habrás entregado mi carta.

No dejaba de escocerle algo a Gavroche lo pasado con aquella carta; pues con la prisa de volver a la barricada, más bien que entregarla, lo que hizo fue deshacerse de ella.

Para salir del apuro, eligió el medio más sencillo, que fue el de mentir sin pestañar.

- Ciudadano, entregué la carta al portero. La señora dormía, y se la darán en cuanto despierte.

Marius, al enviar aquella carta, se había propuesto dos cosas: despedirse de Cosette y salvar a Gavroche. Tuvo que contentarse con la mitad de lo que quería.

El envío de su carta y la presencia del señor Fauchelevent en la barricada ofrecían cierta correlación, que no dejó de presentarse a su mente, y dijo a Gavroche, mostrándole al anciano:

- ¿Conoces a ese hombre?

- No -contestó Gavroche.

En efecto, sólo vio a Jean Valjean de noche.

Y ya estaba al otro extremo de la barricada, gritando:

- ¡Mi fusil!

Courfeyrac mandó que se lo entregasen.

Gavroche advirtió a los camaradas (así los llamaba) que la barricada estaba bloqueada. Dijo que a él le costó mucho trabajo llegar hasta allí. Un batallón de línea tenía ocupada la salida de la calle del Cisne; y por el lado opuesto, estaba apostada la guardia municipal. Enfrente estaba el grueso del ejército. Cuando hubo dado estas noticias, añadió Gavroche:

- Os autorizo para que les saquéis la mugre.

CAPÍTULO 3 LOS TALENTOS QUE INFLUYERON EN LA CONDENA DE 1796

Iban a comenzar los disparos del cañón.

- Nos hace falta un colchón para amortiguar las balas -dijo Enjolras.

- Tenemos uno -replicó Combeferre-, pero sobre él están los heridos.

Jean Valjean recordó haber visto en la ventana de una de las casas un colchón colgado al aire.

- ¿Tiene alguien una carabina a doble tiro que me preste? -dijo.

Enjolras le pasó la suya. Jean Valjean disparó. Del primer tiro rompió una de las cuerdas que sujetaban el colchón; con el segundo rompió la otra.

- ¡Ya tenemos colchón! -gritaron todos.

- Sí -dijo Combeferre-, ¿pero quién irá a buscarlo?

El colchón había caído fuera de la barricada, en medio del nutrido fuego de los atacantes. Jean Valjean salió por la grieta, se paseó entre las balas, recogió el colchón, y regresó a la barricada llevándolo sobre sus hombros. Lo colocó contra el muro. El cañón vomitó su fuego, pero la metralla rebotó en el colchón; la barricada estaba a salvo.

- Ciudadano -dijo Enjolras a Jean Valjean-, la República os da las gracias.

CAPÍTULO 4 GAVROCHE FUERA DE LA BARRICADA

El 6 de junio de 1832, una compañía de guardias nacionales lanzó su ataque contra la barricada, con tan mala estrategia que se puso entre los dos fuegos y finalmente debió retirarse, dejando tras de sí más de quince cadáveres.

Aquel ataque, más furioso que formal, irritó a Enjolras.

- ¡Imbéciles! -dijo-. Envían a su gente a morir, y nos hacen gastar las municiones por nada.

- Vamos bien -dijo Laigle-. ¡Victoria!

Enjolras, meneando la cabeza contestó:

- Con un cuarto de hora más que dure esta victoria, no tendremos más de diez cartuchos en la barricada.

Al parecer, Gavroche escuchó estas últimas palabras. De improviso, Courfeyrac vio a alguien al otro lado de la barricada, bajo las balas. Era Gavroche que había tomado una cesta, y saliendo por la grieta del muro, se dedicaba tranquilamente a vaciar en su cesta las cartucheras de los guardias nacionales muertos.

- ¿Qué haces ahí? -dijo Courfeyrac.

Gavroche levantó la cabeza.

- Ciudadano, lleno mi cesta.

- ¿No ves la metralla?

Gavroche respondió:

- Me da lo mismo; está lloviendo. ¿Algo más?

Le gritó Courfeyrac:

- ¡Vuelve!

- Al instante.

Y de un salto se internó en la calle.

Cerca de veinte cadáveres de los guardias nacionales yacían acá y allá sobre el empedrado; eran veinte cartucheras para Gavroche, y una buena provisión para la barricada. El humo obscurecía la calle como una niebla. Subía lentamente y se renovaba sin cesar, resultando así una oscuridad gradual que empañaba la luz del sol. Los combatientes apenas se distinguían de un extremo al otro.

Aquella penumbra, probablemente prevista y calculada por los jefes que dirigían el asalto de la barricada, le fue útil a Gavroche. Bajo el velo de humo, y gracias a su pequeñez, pudo avanzar por la calle sin que lo vieran, y desocupar las siete u ocho primeras cartucheras sin gran peligro. Andaba a gatas, cogía la cesta con los dientes, se retorcía, se deslizaba, ondulaba, serpenteaba de un cadáver a otro, y vaciaba las cartucheras como un mono abre una nuez.

Desde la barricada, a pesar de estar aún bastante cerca, no se atrevían a gritarle que volviera por miedo de llamar la atención hacia él.

En el bolsillo del cadáver de un cabo encontró un frasco de pólvora.

- Para la sed -dijo.

A fuerza de avanzar, llegó adonde la niebla de la fusilería se volvía transparente, tanto que los tiradores de la tropa de línea, apostados detrás de su parapeto de adoquines, notaron que se movía algo entre el humo.

En el momento en que Gavroche vaciaba la cartuchera de un sargento, una bala hirió al cadáver.

- ¡Ah, diablos! -dijo Gavroche-. Me matan a mis muertos.

Otra bala arrancó chispas del empedrado junto a él. La tercera volcó el canasto.

Gavroche se levantó, con los cabellos al viento, las manos en jarra, la vista fija en los que le disparaban, y se puso a cantar. En seguida cogió la cesta, recogió, sin perder ni uno, los cartuchos que habían caído al suelo, y, sin miedo a los disparos, fue a desocupar otra cartuchera. La cuarta bala no le acertó tampoco. La quinta bala no produjo más efecto que el de inspirarle otra canción:

*La alegría es mi ser;
por culpa de Voltaire;
si tan pobre soy yo,
la culpa es de Rousseau.*

Así continuó por algún tiempo.

El espectáculo era a la vez espantoso y fascinante.

Gavroche, blanco de las balas, se burlaba de los fusileros.

Parecía divertirse mucho. Era el gorrión picoteando a los cazadores. A cada descarga respondía con una copla. Le apuntaban sin cesar, y no le acertaban nunca.

Los insurrectos, casi sin respirar, lo seguían con la vista. La barricada temblaba mientras él cantaba. Las balas corrían tras él, pero Gavroche era más listo que ellas.

Jugaba una especie de terrible juego al escondite con la muerte; y cada vez que el espectro acercaba su faz lívida, el pilluelo le daba un papirotazo.

Sin embargo, una bala, mejor dirigida o más traidora que las demás, acabó por alcanzar al pilluelo. Lo vieron vacilar, y luego caer. Toda la barricada lanzó un grito. Pero se incorporó y se sentó; una larga línea de sangre le rayaba la cara.

Alzó los brazos al aire, miró hacía el punto de donde había salido el tiro y se puso a cantar:

*Si acabo de caer,
la culpa es de Voltaire;
si una bala me dio,
la culpa es...*

No pudo acabar.

Otra bala del mismo tirador cortó la frase en su garganta.

Esta vez cayó con el rostro contra el suelo, y no se movió más.

Esa pequeña gran alma acababa de echarse a volar.

CAPÍTULO 5 UN HERMANO PUEDE CONVERTIRSE EN PADRE

En ese mismo momento, en los jardines del Luxemburgo -porque la mirada del drama debe estar presente en todas partes-, dos niños caminaban tomados de la mano. Uno tendría siete años, el otro, cinco. Vestían harapos y estaban muy pálidos. El más pequeño decía: "*Tengo hambre*". El mayor, con aire protector, lo guiaba.

El jardín estaba desierto y las rejas cerradas, a causa de la insurrección. Los niños vagaban, solos, perdidos. Eran los mismos que movieron a compasión a Gavroche; los hijos de los Thenardier, atribuidos a Gillenormand, entregados a la Magnon.

Fue necesario el trastorno de la insurrección para que niños abandonados como esos entraran a los jardines prohibidos a los miserables. Llegaron hasta la laguna y, algo asustados por el exceso de luz, trataban de ocultarse, instinto natural del pobre y del débil, y se refugiaron detrás de la casucha de los cisnes.

A lo lejos se oían confusos gritos, un rumor de disparos y cañonazos. Los niños parecían no darse cuenta de nada. Al mismo tiempo, se acercó a la laguna un hombre con un niño de seis años de la mano, sin duda padre a hijo.

El niño iba vestido de guardia nacional, por el motín, y el padre de paisano, por prudencia. Divisó a los niños detrás de la casucha.

- Ya comienza la anarquía -dijo-, ya entra cualquiera en este jardín.

En esa época, algunas familias vecinas tenían llave del Luxemburgo.

El hijo, que llevaba en la mano un panecillo mordido, parecía disgustado y se echó a llorar, diciendo que no quería comer más.

- Tíraselo a los cisnes -le dijo el padre.

El niño titubeó. Aunque uno no quiera comerse un panecillo, esa no es razón para darlo.

- Tienes que ser más humano, hijo. Debes tener compasión de los animales.

Y tomando el panecillo, lo tiró al agua. Los cisnes nadaban lejos y no lo vieron. En ese momento aumentó el tumulto lejano.

- Vámonos, -dijo el hombre-, atacan las Tullerías.

Y se llevó a su hijo.

Los cisnes habían visto ahora el panecillo y nadaban hacia él. Al mismo tiempo que ellos, los dos niños se habían acercado y miraban el pastel.

En cuanto desaparecieron padre e hijo, el mayor se tendió en la orilla y, casi a riesgo de caerse, empezó a acercarse al panecillo con una varita. Los cisnes, al ver al enemigo, nadaron más rápido, haciendo que las olas que producían fueran empujando suavemente el panecillo hacia la varita. Cuando los cisnes llegaban a él, el niño dio un manotazo, tomó el panecillo, ahuyentó a los cisnes y se levantó.

El panecillo estaba mojado, pero ellos tenían hambre y sed. El mayor lo partió en dos, dio el trozo más grande a su hermano y le dijo:

- ¡Zámpatelo a la panza!

CAPÍTULO 6 MARIUS HERIDO

Se lanzó Marius fuera de la barricada, seguido de Combeferre, pero era tarde. Gavroche estaba muerto.

Combeferre se encargó del cesto con los cartuchos, y Marius del niño.

Pensaba que lo que el padre de Gavroche había hecho por su padre, él lo hacía por el hijo. Cuando Marius entró en el reducto con Gavroche en los brazos, tenía, como el pilluelo, el rostro inundado de sangre.

En el instante de bajarse para coger a Gavroche, una bala le había pasado rozando el cráneo, sin que él lo advirtiera. Courfeyrac se quitó la corbata, y vendó la frente de Marius.

Colocaron a Gavroche en la misma mesa que a Mabeuf, y sobre ambos cuerpos se extendió el paño negro. Hubo suficiente lugar para el anciano y el niño.

Combeferre distribuyó los cartuchos del cesto. Esto suministraba a cada hombre quince tiros más.

Jean Valjean seguía en el mismo sitio, sin moverse. Cuando Combeferre le presentó sus quince cartuchos, sacudió la cabeza.

- ¡Qué tipo tan raro! -dijo en voz baja Combeferre a Enjolras-.
Encuentra la manera de no combatir en esta barricada.

- Lo que no le impide defenderla -contestó Enjolras.

- Al estilo del viejo Mabeuf -susurró Combeferre.

Jean Valjean, mudo, miraba la pared que tenía enfrente.

Marius se sentía inquieto, pensando en lo que su padre diría de él. De repente, entre dos descargas, se oyó el sonido lejano de la hora.

- Son las doce -dijo Combeferre.

Aún no habían acabado de dar las doce campanadas, cuando Enjolras, poniéndose en pie, dijo con voz tonante desde lo alto de la barricada:

- Subid adoquines a la casa y colocadlos en el borde de la ventana y de las boardillas. La mitad de la gente a los fusiles, la otra mitad a las piedras. No hay que perder un minuto.

Una partida de zapadores bomberos con el hacha al hombro, acababa de aparecer, en orden de batalla, al extremo de la calle. Aquello tenía que ser la cabeza de una columna de ataque.

Se cumplió la orden de Enjolras y se dejaron a mano los travesaños de hierro que servían para cerrar por dentro la puerta de la taberna. La fortaleza estaba completa: la barricada era el baluarte y la taberna el torreón. Con los adoquines que quedaron se cerró la grieta.

Como los defensores de una barricada se ven siempre obligados a economizar las municiones, y los sitiadores lo saben, éstos combinan su plan con una especie de calma irritante, tomándose todo el tiempo que necesitan. Los preparativos de ataque se hacen siempre con cierta lentitud metódica; después viene el rayo. Esta lentitud permitió a Enjolras revisar todo y perfeccionarlo. Ya que semejantes hombres iban a morir, su muerte debía ser una obra maestra. Dijo a Marius:

- Somos los dos jefes. Voy adentro a dar algunas órdenes; quédate fuera tú, y observa.

Dadas sus órdenes, se volvió a Javert, y le dijo:

- No creas que te olvido.

Y poniendo sobre la mesa una pistola, añadió:

- El último que salga de aquí levantará la tapa de los sesos a ese espía.

- ¿Aquí mismo? -preguntó una voz.

- No; no mezclemos ese cadáver con los nuestros. Se le sacará y ejecutará afuera.

En aquel momento entró Jean Valjean y dijo a Enjolras:

- ¿Sois el jefe?

- Sí.

- Me habéis dado las gracias hace poco.

- En nombre de la República. La barricada tiene dos salvadores: Marius Pontmercy y vos.

- ¿Creéis que merezco recompensa?

- Sin duda.

- Pues bien, os pido una.

- ¿Cuál?

- La de permitirme levantar la tapa de los sesos a ese hombre.

Javert alzó la cabeza, vio a Jean Valjean, hizo un movimiento imperceptible y dijo:

- Es justo.

Enjolras se había puesto a cargar de nuevo la carabina y miró alrededor.

- ¿No hay quien reclame?

Y dirigiéndose a Jean Valjean le dijo:

- Os entrego al soplón.

Jean Valjean tomó posesión de Javert sentándose al extremo de la mesa; cogió la pistola y un débil ruido seco anunció que acababa de cargarla.

Casi al mismo instante se oyó el sonido de una corneta.

- ¡Alerta! -gritó Marius desde lo alto de la barricada.

Javert se puso a reír con su risa sorda, y mirando fijamente a los insurrectos, les dijo:

- No gozáis de mejor salud que yo.

- ¡Todos fuera! -gritó Enjolras.

Los insurrectos se lanzaron en tropel, mientras Javert murmuraba:

- ¡Hasta muy pronto!

CAPÍTULO 7 LA VENGANZA DE JEAN VALJEAN

Cuando Jean Valjean se quedó solo con Javert, desató la cuerda que sujetaba al prisionero a la mesa. Enseguida le indicó que se levantara.

Javert obedeció con una indefinible sonrisa.

Jean Valjean lo tomó de una manga como se tomaría a un asno de la rienda, y arrastrándolo tras de sí salió de la taberna con lentitud, porque Javert, a causa de las trabas que tenía puestas en las piernas, no podía dar sino pasos muy cortos.

Jean Valjean llevaba la pistola en la mano.

Atravesaron de este modo el interior de la barricada. Los insurrectos, todos atentos al ataque que iba a sobrevenir, tenían vuelta la espalda. Sólo Marius los vio pasar.

Atravesaron la pequeña trinchera de la callejuela Mondetour, y se encontraron solos en la calle. Entre el montón de muertos se distinguía un rostro lívido, una cabellera suelta, una mano agujereada en medio de un charco de sangre: era Eponina.

Javert dijo a media voz, sin ninguna emoción:

- Me parece que conozco a esa muchacha.

Jean Valjean colocó la pistola bajo el brazo y fijó en Javert una mirada que no necesitaba palabras para decir: Javert, soy yo.

Javert respondió:

- Toma tu venganza.

Jean Valjean sacó una navaja del bolsillo, y la abrió.

- ¡Una sangría! -exclamó Javert-. Tienes razón. Te conviene más.

Jean Valjean cortó las cuerdas que ataban las muñecas del policía, y luego las de los pies. Después le dijo:

- Estáis libre.

Javert no era hombre que se asombraba fácilmente. Sin embargo, a pesar de ser tan dueño de sí mismo, no pudo menos de sentir una conmoción. Se quedó con la boca abierta e inmóvil. Jean Valjean continuó:

- No creo salir de aquí. No obstante, si por casualidad saliera, vivo con el nombre de Fauchelevent, en la calle del Hombre Armado, número 7.

Javert entreabrió los labios como un tigre y murmuró entre dientes:

- Ten cuidado.

- Idos -dijo Jean Valjean.

Javert repuso:

- ¿Has dicho Fauchelevent, en la calle del Hombre Armado?

- Número siete.

Javert repitió a media voz:

- Número siete.

Se abrochó la levita, tomó cierta actitud militar, dio media vuelta, cruzó los brazos sosteniendo su mentón con una mano, y se encaminó en la dirección del Mercado. Jean Valjean le seguía con la vista. Después de dar algunos pasos, Javert se volvió y le gritó:

- No me gusta esto. Matadme mejor.

Javert, sin advertirlo, no lo tuteaba ya.

- Idos -dijo Jean Valjean.

Javert se alejó poco a poco. Cuando hubo desaparecido, Jean Valjean descargó la pistola al aire. En seguida entró de nuevo en la barricada, y dijo:

- Ya está hecho.

Mientras esto sucedía, Marius, que había reconocido a último momento a Javert en el espía maniatado que caminaba hacia la muerte, se acordó del inspector que le proporcionara las dos pistolas de que se había servido en esta misma barricada; pensó que debía intervenir en su favor. En aquel momento se oyó el pistoletazo y Jean Valjean volvió a aparecer en la barricada. Un frío glacial penetró en el corazón de Marius.

CAPÍTULO 8 LOS HÉROES

La agonía de la barricada estaba por comenzar. De repente el tambor dio la señal del ataque. La embestida fue un huracán. Una poderosa columna de infantería y guardia nacional y municipal cayó sobre la barricada. El muro se mantuvo firme.

Los revolucionarios hicieron fuego impetuosamente, pero el asalto fue tan furibundo, que por un momento se vio la barricada llena de sitiadores; pero sacudió de sí a los soldados como el león a los perros.

En uno de los extremos de la barricada estaba Enjolras, y en el otro, Marius. Marius combatía al descubierto, constituyéndose en blanco de los fusiles enemigos, pues más de la mitad de su cuerpo sobresalía por encima del reducto. Estaba en la batalla como en un sueño. Diríase un fantasma disparando tiros.

Se agotaban los cartuchos. Se sucedían los asaltos. El horror iba en aumento. Aquellos hombres macilentos, haraposos, cansados, que no habían comido desde hacía veinticuatro horas, que tampoco habían dormido, que sólo contaban con unos cuantos tiros más, que se tentaban los bolsillos vacíos de cartuchos, heridos casi todos, vendados en la cabeza o el brazo con un lienzo mohoso y negruzco, de cuyos pantalones agujereados corría sangre, armados apenas de malos fusiles y de viejos sables mellados, se convirtieron en titanes. Diez veces fue atacado y escalado el reducto, y ninguna se consiguió tomarlo.

Laigle fue muerto, y lo mismo Feuilly, Joly, Courfeyrac y Combeferre. Marius, combatiendo siempre, estaba tan acribillado de heridas particularmente en la cabeza, que el rostro desaparecía bajo la sangre.

Cuando no quedaron vivos más jefes que Enjolras y Marius en los dos extremos de la barricada, el centro cedió. El grupo de insurrectos que lo defendía retrocedió en desorden. Se despertó a la sazón en algunos el sombrío amor a la vida. Viéndose blanco de aquella selva de fusiles, no querían ya morir. Enjolras abrió la puerta de la taberna, que impedía pasar a los sitiadores. Desde allí gritó a los desesperados:

- No hay más que una puerta abierta. Esta.

Y cubriéndolos con su cuerpo, y haciendo él solo cara a un batallón, les dio tiempo para que pasasen por detrás.

Todos se precipitaron dentro. Hubo un instante horrible, queriendo penetrar los soldados y cerrar los insurrectos. La puerta se cerró, al fin, con tal violencia, que al encajar en el quicio, dejó ver cortados y pegados al dintel los cinco dedos de un soldado que se había asido de ella.

Marius se quedó afuera; una bala acababa de romperle la clavícula, y se sintió desmayar y caer. En aquel momento, ya cerrados los ojos, experimentó la conmoción de una vigorosa mano que lo cogía, y su desmayo le permitió apenas este pensamiento en que se mezclaba el supremo recuerdo de Cosette:

- Soy hecho prisionero, y me fusilarán.

Enjolras, no viendo a Marius entre los que se refugiaron en la taberna, tuvo la misma idea. Pero habían llegado al punto en que no restaba a cada cual más tiempo que el de pensar en su propia suerte. Enjolras sujetó la barra de la puerta, echó el cerrojo, dio dos vueltas a la llave, hizo lo mismo con el candado, mientras que por la parte de afuera atacaban furiosamente los soldados con las culatas de los fusiles, y los zapadores con sus hachas. Empezaba el sitio de la taberna. Cuando la puerta estuvo trancada, Enjolras dijo a los suyos:

- Vendámonos caros.

Después se acercó a la mesa donde estaban tendidos Mabeuf y Gavroche. Veíanse bajo el paño negro dos formas derechas y rígidas, una grande y otra pequeña, y las dos caras se bosquejaban vagamente bajo los pliegues fríos del sudario. Una mano asomaba por debajo del paño, colgando hacia el suelo. Era la del anciano. Enjolras se inclinó y besó aquella mano venerable, lo mismo que el

día antes había besado la frente. Fueron los únicos dos besos que dio en su vida.

Nada faltó a la toma por asalto de la taberna Corinto; ni los adoquines lloviendo de la ventana y el tejado sobre los sitiadores; ni el furor del ataque; ni la rabia de la defensa; ni, al fin, cuando cedió la puerta, la frenética demencia del exterminio.

Los sitiadores al precipitarse dentro de la taberna con los pies enredados en los tableros de la puerta rota y derribada, no encontraron un solo combatiente. La escalera en espiral, cortada a hachazos, yacía en medio de la sala baja; algunos heridos acababan de expirar; los que aún vivían estaban en el piso principal; y allí, por el agujero del techo que había servido de encaje a la escalera empezó un espantoso fuego. Eran los últimos cartuchos.

Aquellos agonizantes, una vez quemados los cartuchos, sin pólvora ya ni balas, tomó cada cual en la mano dos de las botellas reservadas por Enjolras para el final e hicieron frente al enemigo con estas mazas horriblemente frágiles. Eran botellas de aguardiente.

La fusilería de los sitiadores, aunque con la molestia de tener que dirigirse de abajo arriba, era mortífera. Pronto el borde del agujero del techo se vio rodeado de cabezas de muertos, de donde corría la sangre en rojos y humeantes hilos. El ruido era indecible; un humo espeso y ardiente esparcía casi la noche sobre aquel combate. Faltan palabras para expresar el horror. No había ya hombres en aquella lucha, ahora infernal. Demonios atacaban, y espectros resistían. Era un heroísmo monstruoso.

Cuando por fin unos veinte soldados lograron subir a la sala del segundo piso, encontraron a un solo hombre de pie, Enjolras. Sentado en una silla dormía desde la noche anterior Grantaire, totalmente borracho.

- Es el jefe -gritó un soldado-. ¡Fusilémoslo!

- Fusiladme -repuso Enjolras.

Se cruzó de brazos y presentó su pecho a las balas.

Un guardia nacional bajó su fusil y dijo:

- Me parece que voy a fusilar a una flor.

- ¿Queréis que se os venden los ojos? -preguntó un oficial a Enjolras.

- No.

El silencio que se hizo en la sala despertó a Grantaire, que durmió su borrachera en medio del tumulto. Nadie había advertido su presencia, pero él al ver la escena comprendió todo.

- ¡Viva la República! -gritó-. ¡Aquí estoy!

Atravesó la sala y se colocó al lado de Enjolras.

- Matadnos a los dos de un golpe -dijo.

Y volviéndose hacia Enjolras le dijo con gran dulzura:

- ¿Lo permites?

Enjolras le apretó la mano sonriendo. Estalló la detonación.

Cayeron ambos al mismo tiempo. La barricada había sido tomada.

CAPÍTULO 9 MARIUS OTRA VEZ PRISIONERO

Marius era prisionero, en efecto. Prisionero de Jean Valjean. La mano que lo cogiera en el momento de caer era la suya.

Jean Valjean no había tomado más parte en el combate que la de exponer su vida. Sin él, en aquella fase suprema de la agonía, nadie hubiera pensado en los heridos. Gracias a él, presente como una providencia en todos lados durante la matanza, los que caían eran levantados, trasladados a la sala baja y curados. En los intervalos reparaba la barricada.

Pero nada que pudiera parecerse a un golpe, a un ataque, ni siquiera a una defensa personal salió de sus manos. Se callaba y socorría. Por lo demás, apenas tenía algunos rasguños. Las balas lo respetaban. Si el suicidio entró por algo en el plan que se propuso al dirigirse a aquella tumba, el éxito no le favoreció. Pero dudamos que hubiese pensado en el suicidio, acto irreligioso.

Jean Valjean, en medio de la densa niebla del combate, aparentaba no ver a Marius, siendo que no le perdía de vista un solo instante. Cuando un balazo derribó al joven, saltó con la agilidad de un tigre, se arrojó sobre él como si se tratara de una presa, y se lo llevó.

El remolino del ataque estaba entonces concentrado tan violentamente en Enjolras que defendía la puerta de la taberna, que nadie vio a Jean Valjean, sosteniendo en sus brazos a Marius sin sentido, atravesar el suelo desempedrado de la barricada y desaparecer detrás de Corinto. Allí se detuvo, puso en el suelo a

Marius y miró en derredor. La situación era espantosa. ¿Qué hacer? Sólo un pájaro hubiera podido salir de allí.

Y era preciso decidirse en el momento, hallar un recurso, adoptar una resolución. A algunos pasos de aquel sitio se combatía, y por fortuna todos se encarnizaban en la puerta de la taberna; pero si se le ocurría a un soldado dar vuelta a la casa, o atacarla por el flanco, todo habría concluido para él.

Jean Valjean miró la casa de enfrente, la barricada de la derecha, y, por último, el suelo, con la ansiedad de la angustia suprema, desesperado, y como si hubiese querido abrir un agujero con los ojos.

A fuerza de mirar, llegó a adquirir forma ante él una cosa vagamente perceptible en tal agonía, como si la vista tuviera poder para hacer brotar el objeto pedido. Vio a los pocos pasos y al pie del pequeño parapeto y bajo unos adoquines que la ocultaban en parte, una reja de hierro colocada de plano y al nivel del piso, compuesta de fuertes barrotes transversales. El marco de adoquines que la sostenía había sido arrancado y estaba como desencajada. A través de los barrotes se entreveía una abertura oscura, parecida al cañón de una chimenea o al cilindro de una cisterna. Su antigua ciencia de las evasiones le iluminó el cerebro. Apartar los adoquines, levantar la reja, echarse auestas a Marius inerte como un cuerpo muerto, bajar con esta carga sirviéndose de los codos y de las rodillas a aquella especie de pozo, felizmente poco profundo, volver a dejar caer la pesada trampa de hierro que los adoquines cubrieron de nuevo, asentar el pie en una superficie embaldosada a tres metros del suelo, todo esto fue ejecutado como en pleno delirio, con la fuerza de un gigante y la rapidez de un águila; apenas empleó unos cuantos minutos.

Se encontró Jean Valjean con Marius, siempre desmayado, en una especie de corredor largo y subterráneo. Reinaba allí una paz profunda, silencio absoluto, noche.

Tuvo la misma impresión que experimentara en otro tiempo cuando saltó de la calle al convento. Sólo que ahora no llevaba consigo a Cosette, sino a Marius.

Apenas oía encima de su cabeza algo como un vago murmullo; era el formidable tumulto de la taberna tomada por asalto.

PARTE 2
EL INTESTINO DE LEVIATÁN

CAPÍTULO 1 HISTORIA DE LA CLOACA

París arroja anualmente veinticinco millones al agua. Y no hablamos en estilo metafórico. ¿Cómo y de qué manera? Día y noche. ¿Con qué objeto? Con ninguno ¿Con qué idea? Sin pensar en ello. ¿Para qué? Para nada. ¿Por medio de qué órgano? Por medio de su intestino. ¿Y cuál es su intestino? La cloaca.

París tiene debajo de sí otro París. Un París de alcantarillas; con sus calles, encrucijadas, plazas, callejuelas sin salida; con sus arterias y su circulación, llenas de fango.

La historia de las ciudades se refleja en sus cloacas. La de París ha sido algo formidable. Ha sido sepulcro, ha sido asilo. El crimen, la inteligencia, la protesta social, la libertad de conciencia, el pensamiento, el robo, todo lo que las leyes humanas persiguen, se ha ocultado en ese hoyo. Hasta ha sido sucursal de la Corte de los Milagros.

Ya en la Edad Media era asunto de leyendas, como cuando se desbordaba, como si montase de repente en cólera, y dejaba en París su sabor a fango, a pestes, a ratones. Hoy es limpia, fría, correcta. No le queda nada de su primitiva ferocidad. Sin embargo, no hay que fiarse demasiado. Las mismas la habitan aún y exhala siempre cierto olorillo vago y sospechoso.

El suelo subterráneo de París no tiene más boquetes y pasillos que el pedazo de tierra de seis leguas de circuito donde descansa la antigua gran ciudad. Sin hablar de las catacumbas, que son una bóveda aparte; sin hablar del confuso enverjado de las cañerías del gas; sin contar el vasto sistema de tubos que distribuyen el agua a las fuentes públicas, las alcantarillas por sí solas forman en las dos

riberas una prodigiosa red subterránea; un laberinto cuyo hilo es la pendiente.

La construcción de la cloaca de París no ha sido una obra insignificante. Los últimos diez siglos han trabajado en ella sin poder terminarla como tampoco han podido terminar París. La cloaca sigue paso a paso el desarrollo de París.

CAPÍTULO 2 LA CLOACA Y SUS SORPRESAS

Jean Valjean se encontraba en la cloaca de París.

En un abrir y cerrar de ojos había pasado de la luz a las tinieblas, del mediodía a la medianoche, del ruido al silencio, del torbellino a la quietud de la tumba, y del mayor peligro a la seguridad absoluta.

Qué instante tan extraño aquel cuando cambió la calle donde en todos lados veía la muerte, por una especie de sepulcro donde debía encontrar la vida. Permaneció algunos segundos como aturdido, escuchando, estupefacto. Se había abierto de improviso ante sus pies la trampa de salvación que la bondad divina le ofreció en el momento crucial.

Entretanto, el herido no se movía y Jean Valjean ignoraba si lo que llevaba consigo a aquella fosa era un vivo o un muerto.

Su primera sensación fue la de que estaba ciego. Repentinamente se dio cuenta de que no veía nada. Le pareció también que en un segundo se había quedado sordo. No oía el menor ruido. El huracán frenético de sangre y de venganza que se desencadenaba a algunos pasos de allí llegaba a él, gracias al espesor de la tierra que lo separaba del teatro de los acontecimientos, apagado y confuso, como un rumor en una profundidad. Lo único que supo fue que pisaba en suelo sólido, y le bastó con eso. Extendió un brazo, luego otro, y tocó la pared a ambos lados, de donde infirió que el pasillo era estrecho. Resbaló, y dedujo que la baldosa estaba mojada. Adelantó un pie con precaución, temiendo encontrar un agujero, un pozo perdido, algún

precipicio, y así se cercioró de que el embaldosado se prolongaba. Una bocanada de aire fétido le indicó cuál era su mansión actual.

Al cabo de algunos instantes empezó a ver. Un poco de luz caía del respiradero por donde había entrado, y ya su mirada se había acostumbrado a la cueva.

Calculó que los soldados bien podían ver también la reja que él descubriera debajo de los adoquines. No había que perder un minuto. Recogió a Marius del suelo, se lo echó auestas, y se puso en marcha, penetrando resueltamente en aquella oscuridad.

La verdad es que estaban menos a salvo de lo que Jean Valjean creía. ¿Cómo orientarse en aquel negro laberinto? El hilo de este laberinto, es la pendiente; siguiéndola se va al río. Jean Valjean lo comprendió de inmediato. Pensó que estaba probablemente en la cloaca del Mercado; que si tomaba a la izquierda y seguía la pendiente llegaría antes de un cuarto de hora a alguna boca junto al Sena; es decir, que aparecería en pleno día en el punto más concurrido de París. Los transeúntes al ver salir del suelo, bajo sus pies, a dos hombres ensangrentados, se asustarían; acudirían los soldados y antes de estar fuera se les habría ya echado mano. Era preferible internarse en el laberinto, fiarse de la oscuridad, y encomendarse a la Providencia en lo que respecta a la salida.

Subió la pendiente y tomó a la derecha. Cuando hubo doblado la esquina de la galería, la lejana claridad del respiradero desapareció, la cortina de tinieblas volvió a caer ante él, y de nuevo quedó ciego. No obstante, poco a poco, sea que otros respiraderos lejanos enviaran alguna luz, sea que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad, empezó a entrever confusamente, tanto la pared que tocaba como la bóveda por debajo de la cual pasaba.

La pupila se dilata en las tinieblas, y concluye por percibir claridad, del mismo modo que el alma se dilata en la desgracia, y termina por encontrar en ella a Dios. Era difícil dirigir el rumbo. Estaba obligado a encontrar y casi a inventar su camino sin verlo. En ese paraje desconocido cada paso que daba podía ser el último de su vida.

¿Cómo salir? ¿Morirían allí, Marius de hemorragia, y él de hambre? A ninguna de estas preguntas sabía qué responder.

De repente, cuando menos lo esperaba, y sin haber cesado de caminar en línea recta, notó que ya no subía; el agua del arroyo le golpeaba en los talones y no en la punta de los pies. La alcantarilla bajaba ahora. ¿Por qué? ¿Iría a llegar de improviso al Sena? Este peligro era grande pero era mayor el de retroceder. Siguió avanzando.

No se dirigía al Sena. La curva que hace el suelo de París en la ribera derecha vacía una de sus vertientes en el Sena y la otra en la gran cloaca. Hacia allá se dirigía Jean Valjean; estaba en el buen camino, pero no lo sabía.

De repente oyó sobre su cabeza el ruido de un trueno lejano, pero continuo. Eran los carruajes que rodaban.

Según sus cálculos, hacía media hora poco más o menos que caminaba, y no había pensado aún en descansar, contentándose con mudar la mano que sostenía a Marius. La oscuridad era más profunda que nunca; pero esta oscuridad lo tranquilizaba.

De súbito vio su sombra delante de sí. Destacábase sobre un rojo claro que teñía vagamente el piso y la bóveda, y que resbalaba, a derecha e izquierda, por las dos paredes viscosas del corredor. Se volvió lleno de asombro.

Detrás de él, en la parte del pasillo que acababa de dejar y a una distancia que le pareció inmensa, resplandecía rasgando las tinieblas una especie de astro horrible que parecía mirarlo. Era el lúgubre farol de la policía que alumbraba la cloaca.

Detrás del farol se movían confusamente ocho o diez formas, formas negras, rectas, vagas y terribles.

Y es que ese 6 de junio se dispuso una batida de la alcantarilla porque se temía que los vencidos se refugiaban en ella. Los policías estaban armados de carabinas, garrotes, espadas y puñales. Lo que en aquel momento reflejaba la luz sobre Jean Valjean era la linterna de la ronda del sector. Habían escuchado un ruido y registraban el callejón.

Fue un minuto de indecible angustia.

Felizmente, aunque él veía bien la linterna, ésta le veía a él mal, pues estaba muy lejos y confundido en el fondo oscuro del subterráneo. Se pegó a la pared, y se detuvo. El ruido cesó. Los hombres de la ronda escuchaban y no oían; miraban y no veían. El

sargento dio la orden de torcer a la izquierda y dirigirse a la vertiente del Sena.

El silencio volvió a ser profundo, la oscuridad completa, la ceguera y la sordera se posesionaron otra vez de las tinieblas, y Jean Valjean, sin osar moverse, permaneció largo rato contra la pared, con el oído atento, la pupila dilatada, mirando alejarse esa patrulla de fantasmas.

CAPÍTULO 3 LA PISTA PERDIDA

Preciso es hacer a la policía de aquel tiempo la justicia de decir que, aun en las circunstancias públicas más graves, cumplía imperturbablemente su deber de inspección y vigilancia. Un motín no era a sus ojos un pretexto para aflojar la rienda a los malhechores.

Era lo que sucedía por la tarde del 6 de junio a orillas del Sena, en la ribera izquierda, un poco más allá del puente de los Inválidos.

Dos hombres, separados por cierta distancia, parecían observarse, evitándose mutuamente. A medida que el que iba delante procuraba alejarse, se empeñaba el que iba detrás en vigilarlo más de cerca. El que iba delante era un ser de mal talante, harapiento, encorvado e inquieto, que tiritaba bajo una blusa remendada. Se sentía el más débil y evitaba al que iba detrás; en sus ojos había la sombría hostilidad de la huida y toda la amenaza del miedo. El otro era un personaje clásico y oficial, con el uniforme de la autoridad abrochado hasta el cuello.

El lector conocería quizá a estos dos hombres si los viera más de cerca.

¿Qué fin se proponía el último? Probablemente suministrar al primero ropa de abrigo.

Cuando un hombre vestido por el Estado persigue a otro hombre andrajoso, es con el objeto de convertirlo en hombre vestido también por el Estado. Si el de atrás permitía al otro ir adelante y no se apoderaba de él aún era, según las apariencias, con la esperanza de verlo dirigirse a alguna cita importante con algún grupo que fuese buena presa. El hombre del uniforme, divisando un coche de alquiler que iba vacío, indicó algo al cochero. Este

comprendió y conociendo evidentemente con quién se las había, cambió de dirección, y se puso a seguir desde lo alto del muelle a aquellos dos hombres. De esto no se impuso el personaje de mala traza que caminaba delante.

Era de suponer que el hombre andrajoso subiría por la rampa a fin de intentar evadirse en los Campos Elíseos. Pero con gran sorpresa del que le seguía, no tomó por la rampa sino que continuó avanzando por la orilla, junto al muelle. Evidentemente su posición se iba poniendo muy crítica. ¿Qué haría, a menos que se arrojara al Sena?

El hombre perseguido llegó a un montículo de escombros de una construcción y se perdió tras él. El uniformado aprovechó el momento en que ni veía ni era visto, y, dejando a un lado todo disimulo, se puso a caminar con rapidez. Pronto dio la vuelta al montículo, deteniéndose en seguida asombrado. El hombre a quien perseguía no estaba allí. Eclipse total del harapiento.

El fugitivo no hubiera podido arrojarse al Sena, ni escalar el muelle sin que lo viera su perseguidor. ¿Qué se había hecho? Caminó hasta el extremo de la ribera y permaneció allí un momento, pensativo, con los puños apretados, y registrándolo todo con los ojos.

De pronto percibió, en el punto donde concluía la tierra y empezaba el agua, una reja de hierro, gruesa y baja, provista de una enorme cerradura y de tres goznes macizos. Aquella reja, especie de puerta en la parte inferior del muelle, daba al río. Por debajo pasaba un arroyo negruzco que iba a desaguar en el Sena. Al otro lado de los pesados y mohosos barrotes se distinguía una especie de corredor abovedado y oscuro.

El hombre cruzó los brazos, y miró la reja con el aire de una persona que se echa en cara algo. Como no bastaba mirar, trató de empujarla, la sacudió, y la reja resistió tenazmente. Era probable que acabaran de abrirla y no había duda de que la habían vuelto a cerrar, lo que probaba que la persona que la abrió no lo hizo con una ganzúa, sino con una llave.

- ¡Esto ya es el colmo! ¡Una llave del gobierno! -exclamó.

Esperando ver salir al de la blusa o entrar a otros, se puso en acecho detrás del montón de escombros, con la paciente rabia del

perro de presa.

Por su parte, el carruaje de alquiler, que seguía todos sus movimientos, se detuvo junto al parapeto. El cochero, previendo que la espera no sería corta, se bajó y ató el saco de avena al hocico de sus caballos.

CAPÍTULO 4 CON LA CRUZ A CUESTAS

Jean Valjean emprendió de nuevo su marcha, y ya no volvió a detenerse.

Era una marcha que se hacía cada vez más difícil. Muchas veces se veía obligado a caminar encorvado, por miedo a que Marius se golpeará contra la bóveda; iba siempre tocando la pared.

Tenía hambre y sed; sed sobre todo; se sentía cansado y a medida que perdía vigor, aumentaba el peso de la carga. Marius, muerto quizá, pesaba como pesan los cuerpos inertes. Las ratas se deslizaban por entre sus piernas. Una se asustó hasta el punto de querer morderlo.

De tanto en tanto, llegaban hasta él ráfagas de aire fresco procedentes de las bocas de la cloaca, que le infundían nuevo ánimo.

Podrían ser las tres de la tarde cuando entró en la alcantarilla del centro. Al principio le sorprendió aquel ensanche repentino. Se encontró bruscamente en una galería cuyas dos paredes no tocaba con los brazos extendidos, y bajo una bóveda mucho más alta que él.

Pensó, sin embargo, que la situación era grave y que necesitaba, a todo trance, llegar al Sena, o lo que equivalía a lo mismo, bajar. Torció, pues, a la izquierda. Su instinto le guió perfectamente. Bajar era, en efecto, la única salvación posible.

Se detuvo un momento. Estaba muy cansado. Un respiradero bastante ancho daba una luz casi viva. Jean Valjean con la suavidad de un hermano con su hermano herido, colocó a Marius en la banqueta de la alcantarilla. El rostro ensangrentado del joven apareció a la luz pálida como si estuviera en el fondo de una tumba.

Tenía los ojos cerrados, los cabellos pegados a las sienes, las manos yertas, la sangre coagulada en las comisuras de la boca. Puso la mano en su pecho y vio que el corazón latía aún. Rasgó la camisa, vendó las heridas lo mejor que pudo y restañó la sangre que corría; después, inclinándose sobre Marius que continuaba sin conocimiento y casi sin respiración, lo miró con un odio indecible.

Al romper la camisa de Marius, encontró en sus bolsillos dos cosas: un pan guardado desde la víspera, y la cartera del joven. Se comió el pan, y abrió la cartera. En la primera página vio las líneas escritas por Marius: "Me llamo Marius Pontmercy. Llevar mi cadáver a casa de mi abuelo, el señor Gillenormand, calle de las Hijas del Calvario número 6, en el Marais".

Jean Valjean permaneció un momento como absorto en sí mismo, repitiendo a media voz: calle de las Hijas del Calvario, número 6, señor Gillenormand. Volvió a colocar la cartera en el bolsillo de Marius. Había comido y recuperó las fuerzas. Puso otra vez al joven en sus hombros, apoyó cuidadosamente la cabeza en su hombro derecho, y continuó bajando por la cloaca.

De súbito se golpeó contra la pared. Había llegado a un ángulo de la alcantarilla caminando desesperado y con la cabeza baja. Alzó los ojos y en la extremidad del subterráneo delante de él, lejos, muy lejos, percibió la claridad. Esta vez no era la claridad terrible, sino la claridad buena y blanca. Era el día. Jean Valjean veía la salida.

Un alma condenada que en medio de las llamas divisara de repente la salida del infierno, experimentaría lo que él experimentó; recobró sus piernas de acero y echó a correr.

A medida que se aproximaba distinguía mejor la salida. Era un arco menos alto que la bóveda, la cual por grados iba decreciendo, y menos ancho que la galería que iba estrechándose mientras la bóveda bajaba.

Llegó a la salida. Allí se detuvo. Era la salida pero no se podía salir. El arco estaba cerrado con una fuerte reja, y la reja, que al parecer giraba muy pocas veces sobre sus oxidados goznes, estaba sujeta al dintel de piedra por una gruesa cerradura llena de herrumbre, que parecía un enorme ladrillo. Se veía el agujero de la llave y el macizo pestillo profundamente encajado en la chapa de hierro.

Jean Valjean colocó a Marius junto a la pared, en la parte seca; se dirigió a la reja y cogió con sus dos manos los barrotes. El sacudimiento fue frenético, pero la reja no se movió. Fue probando uno por uno los barrotes para ver si podía arrancar el menos sólido y convertirlo en palanca para levantar la puerta, o para romper la cerradura. Ningún barrote cedió. El obstáculo era invencible. No había manera de abrir la puerta.

No quedaba más remedio que pudrirse allí. Cuanto había hecho era inútil. Después de tanto esfuerzo, el fracaso. No tenía fuerzas para rehacer el camino, y pensó que todos los respiraderos debían estar igualmente cerrados. No había medio de salir de allí.

Volvió la espalda a la reja y se dejó caer en el suelo cerca de Marius, que continuaba inmóvil. Hundió la cabeza entre sus rodillas. Era la última gota de la amargura. ¿En qué pensaba en aquel profundo abatimiento? Ni en sí mismo, ni en Marius.

Pensaba en Cosette.

En medio de tal postración, una mano se apoyó en su hombro y una voz que hablaba bajo, susurró:

- Compartamos.

¿Quién le hablaba en aquel lóbrego sitio? Nada se parece más al sueño que la desesperación, y Jean Valjean creyó estar soñando. No había oído pasos. ¿Era sueño o realidad? Levantó los ojos. Un hombre estaba delante de él.

Iba vestido de blusa y estaba descalzo. Llevaba los zapatos en la mano izquierda pues, sin duda, se los había quitado para llegar sin ser oído.

Jean Valjean no vaciló un momento. A pesar de cogerle tan de improviso, reconoció al hombre. Era Thenardier.

Recobró al instante toda su presencia de ánimo. La situación no podía empeorar, pues hay angustias que no tienen aumento posible y ni el mismo Thenardier añadiría oscuridad a aquella tenebrosa noche.

Thenardier guiñó los ojos tratando de reconocer al hombre que tenía delante de sí. No lo consiguió, porque Jean Valjean volvía la espalda a la luz y estaba, además, tan desfigurado, tan lleno de fango y de sangre, que ni aun en pleno día lo habría reconocido.

Al revés, Jean Valjean no tuvo dudas pues el rostro de Thenardier estaba alumbrado por la luz de la reja. Esta desigualdad de posiciones bastaba para dar alguna ventaja a Jean Valjean en el misterioso duelo que iba a comenzar.

El encuentro era entre Jean Valjean con máscara, y Thenardier sin ella. Jean Valjean advirtió inmediatamente que Thenardier no lo reconocía. Thenardier habló primero.

- ¿Cómo pretendes salir?

Jean Valjean no contestó.

Thenardier continuó:

- Es imposible abrir la puerta, y, sin embargo, tienes que marcharte.

- Cierto.

- Pues bien, compartamos las ganancias.

- ¿Qué quieres decir?

- Has matado a ese hombre, es indudable. Yo tengo la llave.

Thenardier indicaba con el dedo a Marius.

- No lo conozco -prosiguió-, pero quiero ayudarte. Debes ser un camarada.

Jean Valjean empezó a comprender. Thenardier lo tomaba por un asesino.

- Escucha -volvió a decir Thenardier-. No habrás matado a ese hombre sin mirar lo que tenía en el bolsillo. Dame la mitad y te abro la puerta.

Sacando entonces a medias una enorme llave de debajo de su agujereada blusa, añadió:

- ¿Quieres ver lo que ha de proporcionarte la salida? Mira.

Jean Valjean quedó atónito, no atreviéndose a creer en la realidad de lo que veía. Era la providencia en formas horribles; era el ángel bueno que surgía ante él bajo la forma de Thenardier. Este sacó de un bolsillo una cuerda, y se la pasó a Jean Valjean.

- Toma -dijo-, te doy además la cuerda.

- ¿Para qué?

- También necesitas una piedra; pero afuera la hallarás. Junto a la reja las hay de sobra.

- ¿Y para qué necesito esa piedra?

- Imbécil, si arrojas el cadáver al río sin atarle una piedra al pescuezo, flotaría sobre el agua.

Jean Valjean tomó maquinalmente la cuerda, como cualquiera habría hecho en su caso. Después de una breve pausa, Thenardier añadió:

- Porque no vea tu cara ni conozca tu nombre, no te figures que ignoro lo que eres y lo que quieres. Pero te voy a ayudar. ¡Aunque eres un imbécil! ¿Por qué no lo arrojaste en el fango?

Jean Valjean no despegó los labios.

- Bien puede ser que actuaras cuerdamente -añadió Thenardier, pensativo-; porque mañana los obreros habrían tropezado con el cadáver e hilo por hilo, hebra por hebra, quizá llegaran hasta ti. La policía tiene talento. La cloaca es desleal y denuncia, mientras que el río es la verdadera sepultura. Al cabo de un mes se pesca al hombre con las redes en Saint-Cloud. ¿Y qué importa? Está hecho un desastre. ¿Quién lo mató? París. Y ni siquiera interviene la justicia. Has obrado a las mil maravillas.

Cuanto más locuaz era Thenardier, más mudo se volvía Jean Valjean.

- Terminemos nuestro asunto. Partamos el botín. Has visto mi llave; muéstrame tu dinero.

Thenardier tenía la mirada extraviada, feroz, amenazante, y sin embargo el tono era amistoso. Aunque sin afectar misterio, hablaba bajo. No era fácil adivinar la causa. Se encontraban solos y Jean Valjean supuso que tal vez habría más bandidos ocultos en algún rincón, no muy lejos, y que Thenardier no querría repartir el botín con ellos.

- Acabemos -repitió Thenardier-, ¿cuánto tenía ese tipo en los bolsillos?

Jean Valjean metió la mano en los suyos. Tenía la costumbre de llevarlos siempre bien provistos; esta vez, sin embargo, sólo tenía unas cuantas monedas en el bolsillo del chaleco lleno de fango. Las desparramó sobre el suelo, y eran un luis de oro, dos napoleones y cinco o seis sueldos.

- Lo has matado casi por las gracias -dijo Thenardier.

Y se puso a registrar con toda familiaridad los bolsillos de Jean Valjean y los de Marius. Jean Valjean, preocupado principalmente

en que no le diera la claridad en el rostro, lo dejaba hacer. Al examinar la ropa de Marius, Thenardier, con la destreza de un escamoteador, halló medio de arrancar, sin que Jean Valjean lo notara, un pedazo de tela, y ocultarlo debajo de la blusa calculando, sin duda, que podría servirle algún día para saber quiénes eran el hombre asesinado y el asesino. En cuanto al dinero, no encontró más.

- Es verdad -dijo-, eso es todo.

Y, olvidándose de la idea de compartir, se lo guardó todo. En seguida sacó otra vez la llave.

- Ahora, amigo mío, tienes que salir. Aquí como en la feria, se paga a la salida. Has pagado, sal.

Y se echó a reír.

Que al proporcionar a un desconocido el auxilio de aquella llave y al abrirle la reja, le guiase la intención pura y desinteresada de salvar a un asesino, hay más de un motivo para dudarlo.

Jean Valjean, con la ayuda de Thenardier, colocó de nuevo a Marius sobre sus hombros. Thenardier se dirigió entonces a la reja con sigilo, indicando a Jean Valjean que lo siguiera; miró hacia afuera, se puso el dedo en la boca y permaneció algunos segundos como escuchando. Satisfecho de lo que oyera, introdujo la llave en la cerradura.

Entreabrió la puerta lo suficiente para que saliera Jean Valjean, volvió a cerrar, dio dos vueltas a la llave en la cerradura y se hundió otra vez en las tinieblas, sin hacer el menor ruido. Un segundo después, esta providencia de mala catadura se diluía en lo invisible.

Jean Valjean se encontró al aire libre.

CAPÍTULO 5 MARIUS PARECE MUERTO

Colocó a Marius en la ribera del Sena.

¡Estaban afuera!

Detrás quedaban las miasmas, la oscuridad, el horror; los inundaba ahora el aire puro, impregnado de alegría. La hora del crepúsculo había pasado, y se acercaba a toda prisa la noche, libertadora y amiga de cuantos necesitan un manto de sombra para salir de alguna angustiosa situación.

Durante algunos segundos se sintió Jean Valjean vencido por aquella serenidad augusta y grata. Hay ciertos minutos de olvido en que el padecimiento cesa de oprimir al miserable; en que la paz, cual si fuera la noche, cubre al soñador. Después, como si el sentimiento del deber lo despertara, se inclinó hacia Marius, y cogiendo agua en el hueco de la mano, le salpicó el rostro con algunas gotas. Los párpados de Marius no se movieron, y, sin embargo, su boca entreabierta respiraba.

Iba a introducir de nuevo la mano en el río, cuando tuvo la sensación de que detrás suyo había alguien. Desde hacía poco, había, en efecto, una persona detrás de él.

Era un hombre de elevada estatura, envuelto en una levita larga, y que llevaba en la mano derecha un garrote con puño de plomo. Estaba de pie, a muy corta distancia.

Jean Valjean reconoció a Javert.

Javert, después de su inesperada salida de la barricada, se dirigió a la prefectura de policía, dio cuenta de todo verbalmente al prefecto en persona, y continuó luego su servicio que implicaba, según la nota que se le encontró en Corinto, una inspección de la orilla derecha del Sena, la cual hacía tiempo que despertaba la atención

de la policía. Allí había visto a Thenardier, y se puso a seguirlo. Se comprenderá también que el abrir tan obsequiosamente aquella reja a Jean Valjean, fue una hábil perfidia de Thenardier, que sabía que allí estaba Javert. El hombre espiado tiene un olfato que no lo engaña. Era preciso arrojar algo que roer a aquel sabueso. Un asesino, ¡qué hallazgo! Thenardier, haciendo salir en su lugar a Jean Valjean, proporcionaba una presa a la policía, que así desistiría de perseguirlo y lo olvidaría ante un asunto de mayor importancia; ganaba dinero y quedaba libre el camino para él.

Javert no reconoció a Jean Valjean, que estaba desfigurado.

- ¿Quién sois? -preguntó con voz seca y tranquila.

- Yo.

- ¿Quién?

- Jean Valjean.

Javert colocó en los hombros de Jean Valjean sus dos robustas manos, que se encajaron allí como si fuesen dos tornillos, lo examinó y lo reconoció. Casi se tocaban sus rostros.

La mirada de Javert era terrible.

Jean Valjean permaneció inerte bajo la presión de Javert, como un león que admitiera la garra de un lince.

- Inspector Javert -dijo- estoy en vuestras manos. Por otra parte, desde esta mañana me juzgo prisionero vuestro. No os he dado las señas de mi casa para tratar luego de evadirme. Detenedme. Sólo os pido una cosa.

Javert parecía no escuchar. Tenía clavadas en Jean Valjean sus pupilas, en una meditación feroz. Por fin, lo soltó, se levantó de golpe, cogió de nuevo el garrote, y, como en un sueño, murmuró, más bien que pronunció esta pregunta:

- ¿Qué hacéis ahí? ¿Quién es ese hombre?

Seguía sin tutear ya a Jean Valjean.

Jean Valjean contestó, y el tono de su voz pareció despertar a Javert.

- De él quería hablaros. Haced de mí lo que os plazca, pero antes ayudadme a llevarlo a su casa. Es todo lo que os pido.

El rostro de Javert se contrajo, como le sucedía siempre que alguien parecía creerle capaz de una concesión. Sin embargo, no respondió negativamente.

Sacó del bolsillo un pañuelo que humedeció en el agua, y limpió la frente ensangrentada de Marius.

- Este hombre estaba en la barricada -dijo a media voz y como hablando consigo mismo-. Es el que llamaban Marius.

Cogió la mano de Marius y le tomó el pulso.

- Está herido -dijo Jean Valjean.

- Está muerto -dijo Javert.

- No todavía...

- ¿Lo habéis traído aquí desde la barricada?

Jean Valjean no respondió. Parecía no tener más que un solo pensamiento.

- Vive -dijo- en la calle de las Hijas del Calvario, en casa de su abuelo... No me acuerdo cómo se llama.

Sacó la cartera de Marius, la abrió en la página escrita y se la mostró a Javert.

Este leyó las pocas líneas escritas por Marius, y dijo entre dientes: Gillenormand, calle de las Hijas del Calvario, número 6.

Luego gritó:

- ¡Cochero!

Y se guardó la cartera de Marius.

Un momento después, el carruaje estaba en la ribera. Marius fue colocado en el asiento del fondo, y Javert y Jean Valjean ocuparon el asiento delantero.

CAPÍTULO 6 LA VUELTA DEL HIJO PRODIGO

A cada vaivén del carruaje una gota de sangre caía de los cabellos de Marius.

Era noche cerrada cuando llegaron al número 6 de la calle de las Hijas del Calvario.

Javert fue el primero que bajó, y después de cerciorarse de que aquella era la casa que buscaba, levantó el pesado aldabón de hierro de la puerta cochera. El portero apareció bostezando, entre dormido y despierto, con una vela en la mano.

- ¿Vive aquí alguien que se llama Gillenormand? -preguntó Javert.
- Sí, aquí vive.
- Le traemos a su hijo.
- ¡Su hijo! -dijo el portero atónito.
- Está muerto. Fue a la barricada y ahí le tenéis.
- ¡A la barricada! -exclamó el portero.
- Se dejó matar. Id a despertar a su padre.

El portero no se movía.

- ¡Id de una vez!

El portero se limitó a despertar a Vasco, Vasco despertó a Nicolasa y Nicolasa despertó a la señorita Gillenormand. En cuanto al abuelo, lo dejaron dormir, pensando que sabría demasiado pronto la desgracia.

Mientras subían a Marius al primer piso, Jean Valjean sintió que Javert le tocaba el hombro. Comprendió, y salió seguido del inspector de policía.

Subieron al carruaje, y el cochero ocupó su asiento.

- Inspector Javert -dijo Jean Valjean-, concededme otra cosa.
- ¿Cuál? -preguntó con dureza Javert.
- Dejad que entre un instante en mi casa. Después haréis de mí lo que os acomode.

Javert permaneció algunos segundos en silencio, con la barba hundida en el cuello de su abrigo; luego corrió el cristal delantero, y dijo:

- Cochero, calle del Hombre Armado, número siete.

No volvieron a despegar los labios en todo el camino.

¿Qué quería Jean Valjean? Acabar lo que había principiado; advertir a Cosette; decirle dónde estaba Marius, darle quizá alguna otra indicación útil, tomar, si podía, ciertas disposiciones supremas. En cuanto a él, en cuanto a lo que le concernía personalmente, era asunto concluido; Javert lo había capturado y no se resistía.

A la entrada de la calle del Hombre Armado, el coche se detuvo; Javert y Jean Valjean descendieron. Javert despidió al carruaje. Jean Valjean supuso que la intención de Javert era conducirlo a pie al cuerpo de guardia. Se internaron en la calle, que, como de costumbre, se hallaba desierta. Llegaron al número 7; Jean Valjean llamó y se abrió la puerta.

- Está bien -dijo Javert-; subid.

Y añadió con extraña expresión, y como si le costase esfuerzo hablar así:

- Os aguardo.

Jean Valjean miró a Javert. Aquel modo de obrar desdecía los hábitos del inspector de policía; pero, resuelto como se mostraba a entregarse y acabar de una vez, no debía sorprenderle mucho que Javert tuviese en aquel caso cierta confianza altiva, la confianza del gato que concede al ratón una libertad de la longitud de su garra.

Subió al primer piso. Una vez allí, hizo una corta pausa. Todas las vías dolorosas tienen sus estaciones. La ventana de la escalera, que era de una sola pieza, estaba corrida. Como en muchas casas antiguas, la escalera tenía vista a la calle. El farol situado enfrente de la casa número 7, comunicaba alguna claridad a los escalones, lo que equivalía a un ahorro de alumbrado.

Jean Valjean, sea para respirar, sea maquinalmente, sacó la cabeza por la ventana y miró la calle, que es corta y bien iluminada.

Quedó atónito: no se veía a nadie.
Javert se había marchado.

CAPÍTULO 7 EL ABUELO

Marius seguía inmóvil en el canapé donde lo habían tendido a su llegada. El médico estaba ya allí. Lo examinó y, después de cercionarse de que continuaban los latidos del pulso, de que el joven no tenía en el pecho ninguna herida profunda, y de que la sangre de los labios provenía de las fosas nasales, lo hizo colocar en una cama, sin almohada, con la cabeza a nivel del cuerpo, y aun algo más baja y el busto desnudo, a fin de facilitar la respiración.

El cuerpo no había recibido ninguna lesión interior; una bala, amortiguada al dar en la cartera, se había desviado y al correrse por las costillas, había abierto una herida de feo aspecto, pero sin profundidad y por consiguiente sin peligro. El largo paseo subterráneo había acabado de dislocar la clavícula rota, y esto presentaba serias complicaciones.

Tenía los brazos acuchillados; pero ningún tajo desfiguraba su rostro. Sin embargo, la cabeza estaba cubierta de heridas. ¿Serían peligrosas estas heridas? ¿Eran superficiales? ¿Llegaban al cráneo? No se podía decir aún.

El médico parecía meditar tristemente. De tiempo en tiempo hacía una señal negativa con la cabeza, como si respondiera a alguna pregunta interior. Estos misteriosos diálogos del médico consigo mismo son mala señal para el enfermo. En el momento en que limpiaba el rostro y tocaba apenas con el dedo los párpados siempre cerrados de Marius, la puerta del fondo se abrió, y apareció en el umbral una figura alta y pálida. Era el abuelo.

Sorprendido de ver luz a través de la puerta, se dirigió a tientas hacia el salón. Vio la cama y sobre el colchón a aquel joven ensangrentado, blanco como la cera, con los ojos cerrados, la boca

abierta, los labios descoloridos, desnudo hasta la cintura, lleno de heridas, inmóvil y rodeado de luces.

El abuelo sintió de los pies a la cabeza un estremecimiento. Se le oyó susurrar:

- ¡Marius!

- Señor -dijo Vasco-, acaban de traer al señorito. Estaba en la barricada, y...

- ¡Ha muerto! -gritó el anciano con voz terrible-. ¡Ah, bandido!

Se torció las manos, prorrumpiendo en una carcajada espantosa.

- ¡Está muerto! ¡Está muerto! ¡Se ha dejado matar en las barricadas... por odio a mí!, ¡por vengarse de mí! ¡Ah, sanguinario! ¡Ved cómo vuelve a casa de su abuelo! ¡Miserable de mí! ¡Está muerto!

Se dirigió a la ventana, abrió las dos hojas como si se ahogara.

- ¡Traspasado, acuchillado, degollado, exterminado, cortado en trozos, ¿no lo veis? ¡Tunante! ¡Sabía que lo esperaba, que había hecho arreglar su cuarto y colgar a la cabecera de mi cama su retrato de cuando era niño! ¡Sabía que no tenía más que volver, y que no he cesado de llamarlo en tantos años, y que todas las noches me sentaba a la lumbre, con las manos en las rodillas, no sabiendo qué hacer, y que por él me había convertido en un imbécil! ¡Sabías esto, sabías que con sólo entrar y decir soy yo, eras el amo y yo te obedecería, y dispondrías a tu antojo del bobalicón de tu abuelo! ¡Y te has ido a las barricadas! ¡Uno se acuesta y duerme tranquilo, para encontrarse al despertar con que su nieto está muerto!

Se volvió al médico y le dijo con calma:

- Caballero, os doy las gracias. Estoy tranquilo, soy un hombre; he visto morir a Luis XVI, y sé sobrellevar las desgracias. Pero, ved como le traen a uno sus hijos a casa. ¡Es abominable! ¡Muerto antes que yo! ¡Y en una barricada! ¡Ah, bandido! No es posible irritarse contra un muerto. Sería una estupidez. Es un niño a quien he criado. Yo había entrado ya en años cuando él todavía era pequeñito. Jugaba en las Tullerías con su carretoncito, y para que los inspectores no gruñeran, iba yo tapando con mi bastón los agujeros que él hacía en la tierra. Un día gritó: ¡Abajo Luis XVIII! y se fue. No es culpa mía. Su madre ha muerto. Es hijo de uno de esos bandidos

del Loira; pero los niños no pueden responder de los crímenes de sus padres. Me acuerdo cuando era así de chiquitito. ¡Qué trabajo le costaba pronunciar la d! En la dulzura del acento se le hubiera creído un pájaro. Por la mañana, cuando entraba en mi cuarto, yo solía refunfuñar, pero su presencia me producía el efecto del sol. No hay defensa contra esos mocosos. Una vez que os han cogido, ya no os vuelven a soltar. La verdad es que no había otra cosa más querida para mí que ese niño.

Se acercó a Marius, que seguía lívido a inmóvil.

- ¡Ah! ¡Desalmado! ¡Clubista! ¡Septembrista! ¡Criminal!

Eran reconvenciones en voz baja dirigidas por un agonizante a un cadáver.

En aquel momento abrió Marius lentamente los párpados, y su mirada, velada aún por el asombro letárgico, se fijó en el señor Gillenormand.

- ¡Marius! -gritó el anciano-. ¡Marius! ¡Hijo de mi alma! ¡Hijo adorado! Abres los ojos, me miras, estás vivo, ¡gracias!

Y cayó desmayado.

PARTE 3
JAVERT DESORIENTADO

CAPÍTULO 1 JAVERT COMETE UNA INFRACCIÓN

Javert se alejó lentamente de la calle del Hombre Armado.

Caminaba con la cabeza baja por primera vez en su vida, y también por primera vez en su vida con las manos cruzadas atrás.

Se internó por las calles más silenciosas. Sin embargo, seguía una dirección. Tomó por el camino más corto hacia el Sena, hasta donde se forma una especie de lago cuadrado que atraviesa un remolino. Este punto del Sena es muy temido por los marineros, pues quienes caen en aquel remolino no vuelven a aparecer, por más diestros nadadores que sean.

Javert apoyó los codos en el parapeto del muelle, el mentón en sus manos, y se puso a meditar.

En el fondo de su alma acababa de pasar algo nuevo, una revolución, una catástrofe, y había materia para pensar. Padecía atrocemente. Se sentía turbado; su cerebro, tan límpido en su misma ceguera, había perdido la transparencia.

Ante sí veía dos sendas igualmente rectas; pero eran dos y esto le aterraba, pues en toda su vida no había conocido sino una sola línea recta. Y para colmo de angustia aquellas dos sendas eran contrarias y se excluían mutuamente. ¿Cuál sería la verdadera? Su situación era imposible de expresar.

Deber la vida a un malhechor; aceptar esta deuda y pagarla; estar, a pesar de sí mismo, mano a mano con una persona perseguida por la justicia y pagarle un servicio con otro servicio; permitir que le dijese: márchate, y decir a su vez: quedas libre;

sacrificar el deber a motivos personales; traicionar a la sociedad por ser fiel a su conciencia; todo esto le aterraba.

Le sorprendía que Jean Valjean lo perdonara; y lo petrificaba la idea de que él, Javert, hubiera perdonado a Jean Valjean.

¿Qué hacer ahora? Si malo le parecía entregar a Jean Valjean, no menos malo era dejarlo libre.

Con ansiedad se daba cuenta de que tenía que pensar. La misma violencia de todas estas emociones contradictorias lo obligaba a hacerlo. ¡Pensar! Cosa inusitada para él, y que le causaba un dolor indecible. Hay siempre en el pensamiento cierta cantidad de rebelión interior, y le irritaba sentirla dentro de sí.

Le quedaba un solo recurso: volver apresuradamente a la calle del Hombre Armado y apoderarse de Jean Valjean. Era lo que tenía que hacer. Y sin embargo, no podía. Algo le cerraba ese camino.

¿Y qué era ese algo? ¿Hay en el mundo una cosa distinta de los tribunales, de las sentencias de la policía y de la autoridad? Las ideas de Javert se confundían. ¿No era horrible que Javert y Jean Valjean, el hombre hecho para servir y el hombre hecho para sufrir, se pusieran ambos fuera de la ley? Su meditación se volvía cada vez más cruel.

Jean Valjean lo desconcertaba. Los axiomas que habían sido los puntos de apoyo de toda su vida caían por tierra ante aquel hombre. Su generosidad lo agobiaba. Recordaba hechos que en otro tiempo había calificado de mentiras y locuras, y que ahora le parecían realidades. El señor Magdalena aparecía detrás de Jean Valjean, y las dos figuras se superponían, hasta formar una sola, que era venerable. Javert sentía penetrar en su alma algo horrible: la admiración hacia un presidiario. Pero ¿se concibe que se respete a un presidiario? No, y a pesar de ello, él lo respetaba. Temblaba. Pero por más esfuerzos que hacía, tenía que confesar en su fuero interno la sublimidad de aquel miserable. Era espantoso. Un presidiario compasivo, dulce, clemente, recompensando el mal con el bien, el odio con el perdón, la venganza con la piedad, prefiriendo perderse a perder a su enemigo, salvando al que le había golpeado, más cerca del ángel que del hombre; era un monstruo cuya existencia ya no podía negar.

Esto no podía seguir así.

En realidad no se había rendido de buen grado a aquel monstruo, a aquel ángel infame. Veinte veces, cuando iba en el carruaje con Jean Valjean, el tigre legal había rugido en él. Veinte veces había sentido tentaciones de arrojarse sobre él y arrestarlo. ¿Había algo más sencillo? ¿Había cosa más justa? Y entonces, igual que ahora, tropezó con una barrera insuperable; cada vez que la mano del policía se levantaba convulsivamente para coger a Jean Valjean por el cuello, había vuelto a caer, y en el fondo de su pensamiento oía una voz, una voz extraña que le gritaba: "Muy bien, entrega a tu salvador, y en seguida haz traer la jofaina de Poncio Pilatos, y lávate las garras". Después se examinaba a sí mismo, y junto a Jean Valjean ennoblecido, contemplaba a Javert degradado. ¡Un presidiario era su bienhechor!

Sentía como si le faltaran las raíces. El Código no era más que un papel mojado en su mano. No le bastaba ya la honradez antigua. Un orden de hechos inesperados surgía y lo subyugaba. Era para su alma un mundo nuevo; el beneficio aceptado y devuelto, la abnegación, la misericordia, la indulgencia; no más sentencias definitivas, no más condenas; la posibilidad de una lágrima en los ojos de la ley; una justicia de Dios, contraria a la justicia de los hombres. Divisaba en las tinieblas la imponente salida de un sol moral desconocido, y experimentaba al mismo tiempo el horror y el deslumbramiento de semejante espectáculo.

Se veía en la necesidad de reconocer con desesperación que la bondad existía. Aquel presidiario había sido bueno; y también él, ¡cosa inaudita!, acababa de serlo. Era un cobarde. Se horrorizaba de sí mismo. Acababa de cometer una falta y no lograba explicarse cómo.

Sin duda tuvo siempre la intención de poner a Jean Valjean a disposición de la ley, de la que era cautivo, y de la cual él, Javert, era esclavo. Toda clase de novedades enigmáticas se abrían a sus ojos. Se preguntaba: ¿Por qué ese presidiario a quien he perseguido hasta acosarlo, que me ha tenido bajo sus pies, que podía y debía vengarse, me ha perdonado la vida? ¿Por deber? No. Por algo más. Y yo, al dejarlo libre, ¿qué hice? ¿Mi deber? No, algo más. ¿Hay, pues, algo por encima del deber? Al llegar aquí se asustaba. Desde que fue adulto y empezó a desempeñar su cargo,

cifró en la policía casi toda su religión. Tenía un solo superior, el prefecto, y nunca pensó en Dios, en ese otro ser superior. Este nuevo jefe, Dios, se le presentaba de improviso y lo hacía sentir incómodo. Pero ¿cómo hacer para presentarle su dimisión? El hecho predominante para él era que acababa de cometer una espantosa infracción. Había dado libertad a un criminal reincidente; nada menos. No se comprendía a sí mismo ni concebía las razones de su modo de obrar. Sentía una especie de vértigo. Hasta entonces había vivido con la fe ciega que engendra la probidad tenebrosa. Ahora lo abandonaba esa fe; todas sus creencias se derrumbaban. Algunas verdades que no quería escuchar lo asediaban inexorablemente. Padecía los extraños dolores de una conciencia ciega, bruscamente devuelta a la luz. En él había muerto la autoridad; ya no tenía razón de existir.

¡Qué situación tan terrible la de sentirse conmovido! ¡Ser de granito y dudar! ¡Ser hielo, y derretirse! ¡Sentir de súbito que los dedos se abren para soltar la presa! No había sino dos maneras de salir de un estado insoportable. Una, ir a casa de Jean Valjean y arrestarlo. Otra...

Javert dejó el parapeto y, esta vez con la cabeza erguida, se dirigió con paso firme al puesto de policía.

Allí dio su nombre, mostró su tarjeta y se sentó junto a una mesa sobre la cual había pluma, tintero y papel. Tomó la pluma y un pliego de papel, y se puso a escribir lo siguiente:

"Algunas observaciones para el bien del Servicio.

"Primero. Suplico al señor prefecto que pase la vista por las siguientes líneas.

"Segundo. Los detenidos que vienen de la sala de Audiencia se quitan los zapatos, y permanecen descalzos en el piso de ladrillos mientras se les registra. Muchos tosen cuando se les conduce al encierro. Esto ocasiona gastos de enfermería.

"Tercero. Es conveniente que al seguir una pista lo hagan dos agentes y que no se pierdan de vista, con el objeto de que si por cualquier causa un agente afloja en el servicio, el otro lo vigile y cumpla su deber.

"Cuarto. No se comprende por qué el reglamento especial de la cárcel prohíbe al preso que tenga una silla, aun pagándola.

"Quinto. Los detenidos, llamados ladradores, porque llaman a los otros a la reja, exigen dos sueldos de cada preso por pregonar su nombre con voz clara. Es un robo.

"Sexto. Se oye diariamente a los gendarmes referir en el patio de la Prefectura los interrogatorios de los detenidos. En un gendarme, que debiera ser sagrado, semejante revelación es una grave falta."

Javert trazó las anteriores líneas con mano firme y escritura correcta, no omitiendo una sola coma, y haciendo crujir el papel bajo su pluma, y al pie estampó su firma y fecha, *"7 de junio de 1832, a eso de la una de la madrugada"*.

Dobló el papel en forma de carta, lo selló, lo dejó sobre la mesa y salió.

Cruzó de nuevo diagonalmente la plaza del Chatelet, llegó al muelle, y fue a situarse con una exactitud matemática en el punto mismo que dejara un cuarto de hora atrás. Los codos, como antes, sobre el parapeto. Parecía no haberse movido.

Obscuridad completa. Era el momento sepulcral que sigue a la medianoche.

Nubes espesas ocultaban las estrellas. El cielo tenía un aspecto siniestro; no pasaba nadie; las calles y los muelles hasta donde la vista podía alcanzar, estaban desiertos; el río había crecido con las lluvias.

Javert inclinó la cabeza y miró. Todo estaba negro. No veía nada, pero sentía el frío hostil del río y el olor insípido de las piedras. La sombra que lo rodeaba estaba llena de horror.

Javert permaneció algunos minutos inmóvil, mirando aquel abismo de tinieblas. El único ruido era el del agua. De repente se quitó el sombrero y lo puso sobre la barandilla.

Poco después apareció de pie sobre el parapeto una figura alta y negra, que a lo lejos cualquier transeúnte podría tomar por un fantasma; se inclinó hacia el Sena, volvió a enderezarse, y cayó luego a plomo en las tinieblas.

Hubo una agitación en el río, y sólo la sombra fue testigo de las convulsiones de aquella forma oscura que desapareció bajo las aguas.

PARTE 4
EL NIETO Y EL ABUELO

CAPÍTULO 1 VOLVEMOS A VER EL ÁRBOL CON EL PARCHE DE ZINC

Poco tiempo después de estos acontecimientos, Boulatruelle tuvo una viva emoción.

Se recordará que Boulatruelle era aquel peón caminero de Montfermeil, aficionado a las cosas turbias. Partía piedras y con ellas golpeaba a los viajeros que pasaban por los caminos. Tenía un solo sueño: como creía en los tesoros ocultos en el bosque de Montfermeil, esperaba que un día cualquiera encontraría dinero en la tierra al pie de un árbol. Por mientras, tomaba con agrado el dinero de los bolsillos de los viajeros.

Pero por ahora era prudente. Había escapado con suerte de la emboscada en la buhardilla de Jondrette, gracias a su vicio: estaba absolutamente borracho aquella noche.

Nunca se pudo comprobar si estaba allí como ladrón o como víctima. Por lo tanto, fue puesto en libertad. Volvió a su trabajo a los caminos, pensativo, temeroso, cuidadoso en los robos y más aficionado que nunca al vino.

Una mañana en que se dirigía al despuntar el día a su trabajo, divisó entre los ramajes a un hombre cuya silueta le pareció conocida. Boulatruelle, por borracho que fuera, tenía una excelente memoria.

- ¿Dónde diablos he visto yo alguien así? -se preguntó.

Pero no pudo darse una respuesta clara.

Hizo sus elucubraciones y sus cálculos. El hombre no era del pueblo; llegaba a pie; había caminado toda la noche; no podía venir

de muy lejos, pues no traía maleta. Venía de París, sin duda. ¿Qué hacía en ese bosque, y a esa hora?

Boulatruelle pensó en el tesoro. A fuerza de retroceder en su memoria, se acordó vagamente de haber vivido esa escena, muchos años atrás, y le pareció que podía ser el mismo hombre.

En medio de su meditación bajó sin darse cuenta la cabeza, cosa natural pero poco hábil. Cuando la levantó, el hombre había desaparecido.

- ¡Demonios! -exclamó-. Ya lo encontraré. Descubriré de qué parroquia es el parroquiano. Este caminante del amanecer tiene un secreto, y yo lo sabré. No hay secretos en mi bosque sin que yo los descubra.

Y se internó en la espesura.

Cuando había caminado unos cien pasos, la claridad del día que nacía vino en su ayuda. Encontró ramas quebradas, huellas de pisadas. Después, nada. Siguió buscando, avanzaba, retrocedía. Vio al hombre en la parte más enmarañada del bosque, pero lo volvió a perder.

Tuvo una idea. Boulatruelle conocía bien el lugar, y sabía que había en un claro del bosque, junto a un montón de piedras, un castaño medio seco en cuya corteza habían puesto un parche de zinc. El famoso tesoro estaba seguramente ahí. Era cuestión de recogerlo. Ahora, que llegar hasta ese claro no era fácil. Tomaba su buen cuarto de hora y por senderos zigzagueantes. Prefirió tomar el camino derecho; pero éste era tremendamente intrincado y agreste. Tuvo que abrirse paso entre acebos, ortigas, espinos, cardos. Hasta tuvo que atravesar un arroyo. Por fin llegó, todo arañado, a su meta. Había demorado cuarenta minutos. El árbol y las piedras estaban en su lugar, pero el hombre se había esfumado en el bosque. ¿Hacia dónde? Imposible saber. Y, para su gran angustia, vio delante del castaño del parche de zinc la tierra recién removida, una piqueta abandonada, y un hoyo. El hoyo estaba vacío.

- ¡Ladrón! -gritó Boulatruelle, amenazando con sus puños hacia el horizonte.

CAPÍTULO 2 MARIUS, SALIENDO DE LA GUERRA CIVIL, SE PREPARA PARA LA GUERRA FAMILIAR

Marius permaneció mucho tiempo entre la vida y la muerte. Durante algunas semanas tuvo fiebre acompañada de delirio y síntomas cerebrales de alguna gravedad, causados más bien por la conmoción de las heridas en la cabeza que por las heridas mismas.

Repitió el nombre de Cosette noches enteras en medio de la locuacidad propia de la alta temperatura.

Mientras duró el peligro, el señor Gillenormand, a la cabecera del lecho de su nieto, estaba como Marius, ni vivo ni muerto.

Todos los días una, y hasta dos veces, un caballero de pelo blanco y decentemente vestido (tales eran las señas del portero), venía a saber del enfermo y dejaba para las curaciones un gran paquete de vendas.

Por fin, el 7 de septiembre, al cabo de tres meses desde la fatal noche en que le habían traído moribundo a casa de su abuelo, el médico declaró que había pasado el peligro. Empezó la convalecencia. Sin embargo, tuvo que permanecer aún más de dos meses sentado en un sillón, a causa de la fractura de la clavícula.

El señor Gillenormand padeció al principio todas las angustias para experimentar luego todas las dichas.

El día en que el facultativo le anunció que Marius estaba fuera de peligro, faltó poco al anciano para volverse loco; al entrar en su cuarto esa noche, bailó una gavota, imitó las castañuelas con los dedos y cantó.

Luego se arrodilló sobre una silla, y Vasco, que le veía desde la puerta a medio cerrar, no tuvo duda de que oraba. Hasta entonces no había creído verdaderamente en Dios. Marius pasó a ser el dueño de la casa; el señor Gillenormand, en el colmo de su júbilo, había abdicado, viniendo a ser el nieto de su nieto.

En cuanto a Marius, mientras se dejaba curar y cuidar, no tenía más que una idea fija: Cosette. No sabía qué había sido de ella. Los sucesos de la calle de la Chanvrerie vagaban como una nube en su memoria; los confusos nombres de Eponina, Gavroche, Mabeuf, Thenardier y todos sus amigos envueltos lúgubrementemente en el humo de la barricada, flotaban en su espíritu; la extraña aparición del señor Fauchelevent en aquella sangrienta aventura le causaba el efecto de un enigma en una tempestad. Tampoco comprendía cómo ni por quién había sido salvado. Los que lo rodeaban sabían sólo que le habían traído de noche en un coche de alquiler.

Pasado, presente, porvenir, nieblas, ideas vagas en su mente; pero en medio de aquella bruma había un punto inmóvil, una línea clara y precisa, una resolución, una voluntad: encontrar a Cosette.

Los cuidados y cariños de su abuelo no lo conmovían; quizá desconfiaba de aquella solicitud como de una cosa extraña y nueva, encaminada a dominarlo. Se mantenía, pues, frío. Y luego, a medida que iba cobrando fuerzas, renacían los antiguos agravios, se abrían de nuevo las envejecidas úlceras de su memoria, pensaba en el pasado, el coronel Pontmercy se interponía entre él y el señor Gillenormand, y el resultado era que ningún bien podía esperar de quien había sido tan injusto y tan duro con su padre. Su salud y la aspereza hacia su abuelo seguían la misma proporción. El anciano lo notaba, y sufría sin despegar los labios.

No cabía duda de que se aproximaba una crisis. Marius esperaba la ocasión para presentar el combate, y se preparaba para una negativa, en cuyo caso dislocaría su clavícula, dejaría al descubierto las llagas que aún estaban sin cerrarse, y rechazaría todo alimento. Las heridas eran sus municiones. Cosette o la muerte. Aguardó el momento favorable con la paciencia propia de los enfermos. Ese momento llegó.

CAPÍTULO 3 MARIUS ATACA

Un día el señor Gillenormand, mientras que su hija arreglaba los frascos y las tazas en el mármol de la cómoda, inclinado sobre Marius, le decía con la mayor ternura:

- Mira, querido mío, en tu lugar preferiría ahora la carne al pescado. Un lenguado frito es bueno al principio de la convalecencia; pero después al empezar a levantarse el enfermo, no hay como una chuleta.

Marius, que había recobrado ya casi todo su vigor, hizo un esfuerzo, se incorporó en la cama, apoyó las manos en la colcha, miró a su abuelo de frente, frunció el ceño, y dijo:

- Esto me ayuda a decir una cosa.
- ¿Cuál?
- Que quiero casarme.
- Lo había previsto -dijo el abuelo soltando una carcajada.
- ¿Cómo previsto?

Marius, atónito y sin saber qué pensar, se sintió acometido de un temblor. El señor Gillenormand, continuó:

- Sí; verás colmados tus deseos; tendrás a esa preciosa niña. Ella viene todos los días, bajo la forma de un señor ya anciano, a saber de ti. Desde que estás herido pasa el tiempo en llorar y en hacer vendas. Me he informado, y resulta que vive en la calle del Hombre Armado, número 7. ¡Ah! ¿Conque la quieres? Perfectamente; la tendrás. Esto destruye todos tus planes, ¿eh? Habías formado tu conspiracioncilla, y te decías: *"Voy a imponerle mi voluntad a ese abuelo, a esa momia de la Regencia y del Directorio, a ese antiguo pisaverde, a ese Dorante convertido en Geronte. También él ha tenido sus veinte años; será preciso que se acuerde."* ¡Ah! Te has

llevado un chasco, y bien merecido. Te ofrezco una chuleta y me respondes que quieres casarte. Golpe de efecto. Contabas con que habría escándalo, olvidándote de que soy un viejo cobarde. Estás con la boca abierta. No esperabas encontrar al abuelo más borrico que tú, y pierdes así el discurso que debías dirigirme. ¡Imbécil! Escucha. He tomado informes, pues yo también soy astuto, y sé que es hermosa y formal. Vale un Perú, te adora, y si hubieras muerto, habríamos sido tres; su ataúd hubiera acompañado al mío. Desde que te vi mejor, se me ocurrió traértela, pero una joven bonita no es el mejor remedio contra la fiebre. Por último, ¿a qué hablar más de eso? Es negocio hecho; tómala. ¿Te parezco feroz? He visto que no me querías, y he dicho para mis adentros: ¿qué podría hacer para que ese animal me quiera? Darle a su Cosette. Caballero, tomaos la molestia de casaros. ¡Sé dichoso, hijo de mi alma!

Dicho esto, el anciano prorrumpió en sollozos. Cogió la cabeza de Marius, la estrechó contra su pecho y los dos se pusieron a llorar. El llanto es una de las formas de la suprema dicha.

- ¡Padre! -exclamó Marius.

- ¡Ah! ¡Conque me quieres! -dijo el anciano.

Hubo un momento de inefable expansión, en que se ahogaban sin poder hablar. Por fin, el abuelo tartamudeó:

- Vamos, ya estás desenojado, ya has dicho padre.

Marius desprendió su cabeza de los brazos del anciano y dijo alzando apenas la voz:

- Pero, padre, ahora que estoy sano, me parece que podría verla.

- También lo tenía previsto. La verás mañana.

- ¡Padre!

- ¿Qué?

- ¿Por qué no hoy?

- Sea hoy, concedido. Me has dicho tres veces padre y vaya lo uno por lo otro. En seguida te la traerán. Lo tenía previsto, créeme.

CAPÍTULO 4 EL SEÑOR FAUCBELEVENT CON UN BULTO DEBAJO DEL BRAZO

Cosette y Marius se volvieron a ver. Toda la familia, incluso Vasco y Nicolasa, estaba reunida en el cuarto de Marius cuando entró Cosette.

Precisamente en aquel instante iba a sonarse el anciano y se quedó parado, cogida la nariz, y mirando a Cosette por encima del pañuelo.

- ¡Adorable! -exclamó.

Después se sonó estrepitosamente.

Cosette estaba embriagada de felicidad, medio asustada, en el cielo. Balbuceaba, ya pálida, ya encendida, queriendo echarse en brazos de Marius, y sin atreverse.

Detrás de Cosette había entrado un hombre de cabellos blancos, serio y, sin embargo, sonriente, aunque su sonrisa tenía cierto tinte vago y doloroso. Era el señor Fauchelevent; era Jean Valjean. En el cuarto de Marius permaneció junto a la puerta. Llevaba bajo el brazo un paquete bastante parecido a un libro con cubierta de papel verde, algo mohoso.

El señor Gillenormand lo saludó y dijo con voz alta:

- Señor Fauchelevent, tengo el honor de pedirlos para mi nieto, el señor barón Marius de Pontmercy, la mano de esta señorita.

El señor Fauchelevent se inclinó en señal de asentimiento.

- Negocio concluido -dijo el abuelo.

Y volviéndose hacia Marius y Cosette, con los dos brazos extendidos en actitud de bendecir, les gritó:

- Se os permite adoraros.

No dieron lugar a que se les repitiese pues en seguida empezó el susurro, Marius recostado en el sillón y Cosette de pie junto a él. Después, como había gente delante, cesaron de hablar, contentándose con estrecharse suavemente las manos.

El señor Gillenormand se volvió a los que estaban en el cuarto, y les dijo:

- Vamos, hablad alto, meted ruido, ¡qué diablos!, para que estos muchachos puedan charlar a gusto.

Permaneció un instante en silencio, y luego dijo, mirando a Cosette:

- ¡Es preciosa! ¡Preciosa! Hijos míos, adoraos. Pero -añadió poniéndose triste de repente-, ¡qué lástima! Ahora que pienso, sois tan pobres. Más de la mitad de mis rentas son vitalicias. Mientras yo viva, todo marchará bien; pero, después que muera, de aquí a unos veinte años, ¡ah, pobrecillos! No tendréis un centavo.

Se oyó entonces una voz grave y tranquila, que decía:

- La señorita Eufrosia Fauchelevent tiene seiscientos mil francos. Era la voz de Jean Valjean.

No había desplegado aún los labios; nadie parecía cuidarse siquiera de que estuviese allí, y él permanecía de pie a inmóvil detrás de todos aquellos seres dichosos.

- ¿Quién es la señorita Eufrosia? -preguntó el abuelo, asustado.

- Soy yo -respondió Cosette.

- ¡Seiscientos mil francos! -exclamó el señor Gillenormand.

- Menos catorce o quince mil quizá -dijo Jean Valjean.

Y colocó en la mesa el paquete. Lo abrió; era un legajo de billetes de banco. Los contó, y había en total quinientos ochenta y cuatro mil francos.

- ¡Miren ese diablo de Marius que ha ido a tropezar en la región de los sueños con una millonaria! Ni Rothschild.

En cuanto a Marius y Cosette, no hacían más que mirarse, prestando apenas atención a aquel incidente.

CAPÍTULO 5 MÁS VALE DEPOSITAR EL DINERO EN EL BOSQUE QUE EN EL BANCO

Jean Valjean después del caso Champmathieu pudo, gracias a su primera evasión, ir a París y retirar de Casa Laffitte la suma que tenía depositada a nombre del señor Magdalena. Temiendo ser apresado de nuevo, escondió el dinero en el bosque de Montfermeil dentro de un pequeño cofre de madera. Junto a los billetes puso su otro tesoro, los candelabros del obispo. Fue en esa ocasión cuando lo vio Boulatruelle por primera vez. Cada vez que necesitaba dinero, venía Jean Valjean al bosque.

Cuando supo que Marius comenzaba a convalecer, pensó que había llegado la hora en que aquel dinero sería de utilidad, y fue a buscarlo. Fue la segunda y última vez que lo vio Boulatruelle.

De los seiscientos mil francos originales, Jean Valjean había retirado cinco mil francos, que fue lo que costó la educación de Cosette, más quinientos francos para sus gastos personales.

Los dos ancianos procuran labrar, cada uno a su manera, la felicidad de Cosette. Jean Valjean sabía que nada tenía ya que temer de Javert. Había oído contar, y lo vio confirmado en el Monitor, el caso de un inspector de policía, llamado Javert, al que encontraron ahogado debajo de un lanchón, entre el Pont-du-Change y el Puente Nuevo.

Un escrito que había dejado el tal inspector, hombre por otra parte irreprochable y apreciadísimo de sus jefes, inducía a creer en un acceso de enajenación mental como causa inmediata del suicidio.

- En efecto -pensó Jean Valjean- debía estar loco cuando, a pesar de tenerme en su poder, me dejó ir libre.

Se dispuso todo para el casamiento, que se fijó para el mes de febrero. Corría el mes de diciembre.

Cosette y Marius habían pasado repentinamente del sepulcro al paraíso. La transición había sido tan inesperada que casi les hizo perder el sentido.

- ¿Comprendes algo de todo esto? -preguntaba Marius a Cosette.

- No -respondía Cosette-; pero me parece que Dios nos está mirando.

Jean Valjean concilió y facilitó todo, apresurando la dicha de Cosette con tanta solicitud y alegría, a lo menos en la apariencia, como la joven misma.

La circunstancia de haber sido alcalde le ayudó a resolver un problema delicado, cuyo secreto le pertenecía a él sólo: el estado civil de Cosette. Supo allanar todas las dificultades, dando a Cosette una familia de personas ya difuntas, lo cual era el mejor medio de evitar problemas. Cosette era el último vástago de un tronco ya seco; debía el nacimiento, no a él, sino a otro Fauchelevent, hermano suyo.

Los dos hermanos habían sido jardineros en el convento del Pequeño Picpus. Las buenas monjas dieron excelentes informes. Poco aptas y sin inclinación a sondear las cuestiones de paternidad, no supieron nunca fijamente de cuál de los dos Fauchelevent era hija Cosette. Se extendió un acta y Cosette fue, ante la ley, la señorita Eufrosia Fauchelevent, huérfana de padre y madre.

En cuanto a los quinientos ochenta y cuatro mil francos, era un legado hecho a Cosette por una persona, ya difunta, y que deseaba permanecer desconocida.

Había esparcidas acá y allá algunas singularidades; pero se hizo la vista gorda. Uno de los interesados tenía los ojos vendados por el amor y los demás por los seiscientos mil francos.

Cosette supo que no era hija de aquel anciano, a quien había llamado padre tanto tiempo. En otra ocasión esto la habría lastimado, pero en aquellos momentos supremos de inefable felicidad, fue apenas una sombra, una nubecilla, que el exceso de alegría disipó pronto. Tenía a Marius. Al mismo tiempo de

desvanecerse para ella la personalidad del anciano, surgía la del joven. Así es la vida. Continuó, sin embargo, llamando padre a Jean Valjean.

Se dispuso que los esposos habitaran en casa del abuelo. El señor Gillenormand quiso cederles su cuarto por ser el más hermoso de la casa.

- Esto me rejuvenecerá -decía-. Es un antiguo proyecto. Había tenido siempre la idea de convertir mi cuarto en cámara nupcial.

Su biblioteca se transformó en despacho de abogado para Marius.

CAPÍTULO 6 RECUERDOS

Los enamorados se veían diariamente, pues Cosette iba a casa de Marius con su padre. Pontmercy y el señor Fauchelevent no se hablaban. Parecía algo convenido.

Al discutir sobre política, aunque vagamente y sin determinar nada, en el tema del mejoramiento general de la suerte de todos llegaban a decirse algo más que sí y no.

Una vez, con motivo de la enseñanza, que Marius quería que fuese gratuita y obligatoria, prodigada a todos como el aire y el sol, en una palabra, respirable al pueblo entero, fueron de la misma opinión, y casi entraron en conversación. Marius notó entonces que el señor Fauchelevent hablaba bien, y hasta con cierta elevación de lenguaje. Le faltaba, sin embargo, un no se sabe qué. El señor Fauchelevent tenía algo de menos que el hombre de mundo, y algo de más.

Marius, interiormente y en el fondo de su pensamiento, se hacía todo género de preguntas mudas. Se preguntaba si estaba bien seguro de haber visto al señor Fauchelevent en la barricada, y hasta si existió el motín.

A veces sentía el humo de la barricada, veía de nuevo caer a Mabeuf, oía a Gavroche cantar bajo la metralla, sentía en sus labios el frío de la frente de Eponina, vislumbraba las sombras de todos sus amigos. Aquellos seres queridos, impregnados de dolor, valientes, ¿eran creaciones de su fantasía? ¿Existieron realmente? ¿Dónde estaban, pues, ahora? ¿Habían muerto, sin quedar uno solo?

CAPÍTULO 7 DOS HOMBRES DIFÍCILES DE ENCONTRAR

La dicha no consiguió borrar en el espíritu de Marius otras preocupaciones.

Mientras llegaba la época fijada, se dedicó a hacer escrupulosas indagaciones retrospectivas. Tenía deudas de gratitud con dos personas, tanto en nombre de su padre como en el suyo propio. Una era con Thenardier, y la otra con el desconocido que lo llevó a casa de su abuelo.

Deseaba encontrar a estos dos hombres, pues no podía conciliar la idea de su felicidad con la de olvidarlos, pareciéndole que esas deudas de gratitud no pagadas ensombrecerían su vida futura.

El que Thenardier fuese un infame no impedía que hubiera salvado al coronel Pontmercy. Thenardier era un bandido para todos excepto para Marius, que ignoraba la verdadera escena del campo de batalla de Waterloo y no sabía, por lo tanto que su padre, aunque debía la vida a Thenardier, no le debía, en atención a las circunstancias particulares de aquel hecho, ninguna gratitud.

Pero no logró descubrir la pista de Thenardier. Sólo averiguó que su mujer había muerto en la cárcel durante el proceso. Thenardier y su hija Azelma, únicos personajes que quedaban de aquel deplorable grupo, habían desaparecido de nuevo en las tinieblas.

En cuanto al individuo que había salvado a Marius, las indagaciones llegaron hasta el carruaje que lo trajera a casa de su abuelo, la noche del 6 de junio. El cochero contó su historia con el policía, la captura del hombre que salió de la cloaca con el herido a

cuestas, la llegada a la calle de las Hijas del Calvario, y finalmente el momento en que el policía lo despachó y se llevó al otro individuo.

Marius sólo recordaba haber perdido el conocimiento cuando una mano lo cogió al momento de caer al suelo, y luego despertó en casa del abuelo. Se perdía en conjeturas. ¿Cómo, si cayó en la calle de la Chanvrerie el policía lo recogió en el puente de los Inválidos? ¿Alguien lo había trasladado desde el barrio del Mercado a los Campos Elíseos a través de la cloaca. ¡Inaudita abnegación! ¿Y quién era ese alguien? ¿Habría muerto? ¿Qué clase de hombre era? Nadie podía decirlo. El cochero se limitaba a responder que la noche estaba muy oscura; Vasco y Nicolasa, en su azoramiento, habían mirado sólo al señorito cubierto de sangre.

Esperando que lo ayudarían en sus investigaciones, conservó Marius la ropa ensangrentada que tenía puesta esa noche. Al examinar la levita, notó que a uno de los faldones le faltaba un pedazo. Una tarde hablaba Marius delante de Cosette y de Jean Valjean de esta singular aventura y de la inutilidad de sus esfuerzos. Le molestó el rostro frío del señor Fauchelevent, y exclamó con una vivacidad que casi tenía la vibración de la cólera:

- Sí, ese hombre, quienquiera que sea, ha sido sublime. ¿Sabéis qué hizo? Se arrojó en medio del combate, me sacó de allí, abrió la alcantarilla, bajó a ella conmigo. Tuvo que andar más de legua y media por horribles galerías subterráneas, encorvado en medio de las tinieblas, a través de las cloacas. ¿Y con qué objeto? Sin otro objeto que salvar un cadáver. Y el cadáver era yo. Sin duda pensó: quizás en ese miserable haya todavía un resto de vida y para salvar esa pobre chispa voy a aventurar mi existencia. ¡Y no la arriesgó una vez, sino veinte! Cada paso era un peligro. La prueba es que lo prendieron al salir de la cloaca. ¿Sabéis que ese hombre hizo todo esto sin esperar ninguna recompensa? ¿Qué era yo? Un insurrecto, un vencido. ¡Oh!, si los seiscientos mil francos de Cosette fuesen míos...

- Son vuestros -interrumpió Jean Valjean.

- Pues bien -continuó Marius-, los daría por encontrar a ese hombre.

Jean Valjean guardó silencio.

PARTE 5
LA NOCHE EN BLANCO

CAPÍTULO 1 EL 16 DE FEBRERO DE 1833

La noche del 16 de febrero de 1833 fue una noche bendita. Sobre sus sombras estaba el cielo abierto. Fue la noche de la boda de Marius y Cosette.

La fiesta del casamiento se efectuó en casa del señor Gillenormand.

A pesar de lo natural y trillado que es el asunto del matrimonio, las amonestaciones, las diligencias civiles, los trámites en la iglesia ofrecen siempre alguna complicación; por eso no pudo estar todo listo hasta del 16 de febrero. Ahora bien, ese 16 de febrero era martes de Carnaval, lo cual dio lugar a vacilaciones y escrúpulos, en particular de la señorita Gillenormand.

- ¡Martes de Carnaval! -exclamó el abuelo-. Tanto mejor. Hay un refrán que dice:

*Si en Carnaval te casas
no habrá ingratos en tu casa.*

Unos días antes del fijado para el casamiento, Jean Valjean tuvo un pequeño accidente. Se lastimó el dedo pulgar de la mano derecha; y sin ser cosa grave, como que no permitió que nadie lo curara ni que nadie viera siquiera en qué consistía la lastimadura, tuvo que envolverse la mano en una venda y llevar el brazo colgado de un pañuelo, por lo cual no le fue posible firmar ningún papel. Lo hizo en su lugar el señor Gillenormand, como tutor sustituto de Cosette.

Todo fue normal ese día, salvo un incidente que se produjo cuando los novios se dirigían a la iglesia. Debido a arreglos en el pavimento, la comitiva nupcial hubo de pasar por la avenida donde

se desarrollaba el Carnaval. En la primera berlina iba Cosette con el señor Gillenormand y Jean Valjean. En la segunda iba Marius.

Los carruajes tuvieron que detenerse en la fila que se dirigía a la Bastilla; casi al mismo instante en el otro extremo, la otra fila que iba hacia la Magdalena, se detuvo también.

Había allí un carruaje lleno de máscaras que participaban en las fiestas.

La casualidad quiso que dos máscaras de aquel carruaje, un español de descomunal nariz con enormes bigotes negros, y una verdulera flaca, aún en la flor de la edad, y con antifaz, quedaran al frente del coche de la novia.

- ¿Ves a ese viejo? -dijo el hombre.

- ¿Cuál?

- Aquel que va en el primer coche, a este lado.

- ¿El que lleva el brazo metido en un pañuelo negro?

- El mismo. ¡Que me ahorquen si no lo conozco! ¿Puedes ver a la novia inclinándote un poco?

- No puedo.

- No importa. Te digo que conozco al del brazo vendado.

- ¿Y qué ganas con conocerlo?

- Escucha.

- Escucho.

- Yo, que vivo oculto, no puedo salir sino disfrazado. Mañana no se permiten ya máscaras como que es miércoles de Ceniza, y corro peligro de que me echen el guante. Fuerza es que me vuelva a mi agujero. Tú estás libre.

- No del todo.

- Más que yo al menos.

- Bien. ¿Qué es lo que quieres?

- Que averigües dónde viven los de esa boda.

- ¿Adónde van?

- Sí, es muy importante, Azelma, ¿me entiendes?

Se reinició el fluir de los vehículos, y el carruaje de las máscaras perdió al de los novios.

CAPÍTULO 2 JEAN VALJEAN CONTÍNUA ENFERMO

Cosette irradiaba hermosura y amor. Los hermosos cabellos de Marius estaban lustrosos y perfumados; pero se entreveían acá y allá las cicatrices de la barricada.

Todos los tormentos pasados se convertían para ellos en goces. Les parecía que los disgustos, los insomnios, las lágrimas, las angustias, los terrores, la desesperación, al transformarse en caricias y rayos de luz hacían aún más agradable el momento que se aproximaba. ¡Qué bueno es haber sufrido! Sin las desgracias anteriores fuera menos grande ahora su felicidad.

Cosette no había mostrado nunca más cariño a Jean Valjean; exhalaba el amor y la bondad como un perfume. Es propio de las personas felices desear que las demás también lo sean. Buscaba para hablarle las inflexiones de voz del tiempo en que era niña, y lo acariciaba con su sonrisa.

- ¿Estáis contento, padre?

- Sí.

- Entonces, reíos.

Jean Valjean se sonrió.

Antes de pasar al comedor donde se había preparado un banquete, el señor Gillenormand buscó a Jean Valjean.

- ¿Sabes dónde está el señor Faucheleventi?- preguntó a Vasco.

- Señor, precisamente acaba de salir, y me encargó decirle que le dolía mucho la mano, lo cual le impedía comer con el señor barón y la señora baronesa. Que rogaba lo dispensaran, y que vendría mañana a primera hora.

Aquel sillón vacío entibió un instante la euforia del banquete nupcial, pero el señor Gillenormand ocupó al lado de Cosette el sitio destinado a Jean Valjean y las cosas se arreglaron. Cosette, al principio triste por la ausencia de su padre, acabó recuperando su alegría. Teniendo a Marius, Cosette no hubiera echado de menos ni al mismo Dios. Al cabo de cinco minutos, la risa y el júbilo reinaban de un extremo al otro de la mesa.

CAPÍTULO 3 LA INSEPARABLE

¿Qué se había hecho Jean Valjean?

Aprovechó un instante en que nadie lo miraba, y salió del salón. Habló con Vasco y se marchó.

Las ventanas del comedor daban a la calle. Permaneció algunos minutos de pie e inmóvil en la oscuridad, delante de aquellas ventanas iluminadas. Estaba escuchando. El confuso ruido del banquete llegaba hasta él. Oía la voz alta del abuelo, los violines, el sonido de los platos y los vasos, las carcajadas, y en medio de todo aquel alegre rumor, distinguía la dulce voz de Cosette.

Se fue a su casa. Al entrar encendió la vela y subió. La habitación estaba vacía; hasta faltaba Santos, quien desde ahora atendía a Cosette. Sus pisadas hacían en los cuartos más ruido que de ordinario.

Entró en el cuarto de Cosette. La cama sin hacer ofrecía a sus ojos el espectáculo de colchones arrollados y almohadas sin funda que daban a entender que nadie debía volver a acostarse en aquel lecho.

Volvió a su dormitorio. Había sacado el brazo del pañuelo, y se servía de la mano derecha sin ningún dolor.

Se acercó a la cama, y sus ojos, no sabemos si por casualidad o de intento, se fijaron en la "inseparable", como llamaba Cosette a la maleta que tanto la intrigaba. La abrió y fue sacando de ella uno a uno los vestidos con que diez años antes había partido Cosette de Montfermeil; primero el traje negro, después el pañuelo también negro, en seguida los zapatos, tan grandes que casi podrían servir aún a Cosette, por lo diminuto de su pie; el delantal y las medias de

lana. El era quien había llevado a Montfermeil estos vestidos de luto para Cosette.

A medida que los sacaba de la maleta, iba poniéndolos en la cama.

Pensaba. Recordaba.

En invierno, en diciembre, con más frío que de costumbre, estaba tiritando la niña medio desnuda, apenas envuelta en harapos, con los pies amoratados y metidos en unos zuecos rotos, y él la había hecho dejar aquellos andrajos para vestirse de luto. La madre debió alegrarse en la tumba al ver a su hija de luto por ella y, sobre todo, al verla vestida y abrigada. Colocó en orden las prendas sobre la cama, el pañuelo junto a la falda, las medias junto a los zapatos, la camiseta al lado del vestido, y las contempló una tras otra, diciendo: "Este era su tamaño; tenía la muñeca en los brazos, había guardado el luis de oro en el bolsillo de este delantal, se reía, íbamos los dos tomados de la mano, no tenía más que a mí en el mundo".

Al llegar allí, su blanca y venerable cabeza cayó sobre el lecho. Aquel viejo corazón estoico pareció romperse y hundió el rostro en los vestidos de Cosette. Si entonces alguien hubiera pasado frente a su cuarto, habría oído sus desconsolados sollozos.

La antigua y terrible lucha, de la que hemos visto ya varias fases, empezó de nuevo. ¡Cuántas veces hemos visto a Jean Valjean luchando en medio de las tinieblas a brazo partido con su conciencia! ¡Cuántas veces la conciencia, precipitándolo hacia el bien, lo había oprimido y agobiado! ¡Cuántas veces, derribado a impulso de su luz, había implorado el perdón! ¡Cuántas veces aquella luz implacable, encendida en él y sobre él por el obispo, le había deslumbrado, cuanto deseaba ser ciego! ¡Cuántas veces se había vuelto a levantar en medio del combate, asiéndose de la roca, apoyándose en el sofisma, arrastrándose por el polvo, a veces vencedor de su conciencia, a veces vencido por ella!

Resistencia a Dios. Sudores mortales. ¡Qué de heridas secretas que sólo él veía sangrar! ¡Qué de llagas en su miserable existencia! ¡Cuántas veces se había erguido sangrando, magullado, destrozado, iluminado, con la desesperación en el corazón, y la serenidad en el alma! Vencido, se sentía vencedor.

Su conciencia, después de haberlo atormentado, terrible, luminosa, tranquila, le decía:

- ¡Ahora, ve en paz!

Pero, ¡ay! ¡Qué lúgubre paz, después de una lucha tan triste! La conciencia es, pues, infatigable e invencible. Sin embargo, Jean Valjean sabía que esa noche libraba su postrer combate. Como le había sucedido en otras ocasiones dolorosas, dos caminos se abrían ante él, uno lleno de atractivos, otro de terrores. ¿Por cuál debería decidirse? Tenía que escoger una vez más entre el terrible puerto y la sonriente emboscada. ¿Es, pues, cierto, que habiendo cura para el alma, no la hay para la suerte? ¡Cosa horrible, un destino incurable! La cuestión era ésta: ¿De qué manera iba a conducirse ante la felicidad de Cosette y de Marius?

El era quien había querido, quien había hecho aquella felicidad, por más que le destrozara el corazón. ¿Qué le correspondía hacer ahora? ¿Tratar a Cosette como si le perteneciera? Cosette ya era de otro; pero, ¿retendría Jean Valjean todo lo que podía retener de la joven? ¿Continuaría siendo la especie de padre que había sido hasta allí? ¿Se introduciría tranquilamente en la casa de Cosette? ¿Uniría sin decir palabra su pasado a aquel porvenir? ¿Entraría a participar de la suerte reservada a Cosette y Marius e intercalaría su catástrofe en medio de aquellas dos felicidades?

Es preciso estar habituado a los golpes de la fatalidad para atreverse a alzar los ojos, cuando ciertas preguntas se presentan en su horrible desnudez. El bien o el mal se hallan detrás de este severo punto de interrogación. ¿Qué vas a hacer?, pregunta la esfinge. Jean Valjean estaba habituado a las pruebas, y miró fijamente a la esfinge. Examinó el despiadado problema en todas sus fases.

Cosette era la tabla de salvación de aquel náufrago. ¿Qué debía hacer? ¿Asirse con todas sus fuerzas a ella o soltarla? Si se aferraba a ella se libraba del desastre; se salvaba, vivía. Si la dejaba ir, entonces, el abismo.

Combatía furioso dentro de sí mismo, ya con su voluntad, ya con sus convicciones. Fue una dicha haber podido llorar. Eso quizás lo iluminó. Al principio, no obstante, una tremenda tempestad se desencadenó en su alma. El pasado reaparecía; comparaba y

sollozaba. La conciencia no desiste jamás. La conciencia no tiene límites siendo, como es, Dios. ¿No es digno de perdón el que al fin sucumbe? ¿No habrá un límite a la obediencia del espíritu? Si el movimiento perpetuo es imposible, ¿por qué ha de exigirse la abnegación perpetua? El primer paso no es nada; el último es el difícil. ¿Qué era lo de Champmathieu al lado del casamiento de Cosette y sus consecuencias? ¿Qué era la vuelta a presidio en comparación con la nada en que ahora iba a sumirse? ¿Cómo no apartar entonces el rostro? Jean Valjean entró por fin en la calma de la postración.

Pensó, meditó, consideró las alternativas de la misteriosa balanza de la luz y la sombra. Imponer su presidio a aquellos jóvenes, o consumir su irremediable anonadamiento. A un lado el sacrificio de Cosette; al otro el suyo propio. ¿Cuál fue su resolución? ¿Cuál fue la respuesta definitiva que dio en su interior al incorruptible interrogatorio de la fatalidad? ¿Qué puerta se decidió a abrir? ¿Qué parte de su vida resolvió condenar? Permaneció hasta el amanecer en la misma actitud, doblado sobre aquel lecho, prosternado bajo el enorme peso del destino, aniquilado tal vez, con las manos contraídas y los brazos extendidos en ángulo recto como un crucifijo desclavado, y colocado allí boca abajo.

Así estuvo doce horas, las doce horas de una larga noche de invierno, sin alzar la cabeza ni pronunciar una palabra, inmóvil como un cadáver, mientras que su pensamiento rodaba por el suelo o subía a las nubes.

Al verlo sin movimiento se le habría creído muerto; de improviso se estremeció, y su boca pegada a los vestidos de Cosette los llenó de besos. Entonces se vio que aún vivía. ¿Quién lo vio, si estaba solo? Ese quien está en las tinieblas.

PARTE 6
LA ÚLTIMA GOTA DEL CÁLIZ

CAPÍTULO 1 EL SÉPTIMO CÍRCULO Y EL OCTAVO CIELO

El 17 de febrero, pasadas las doce, Vasco oyó un ligero golpe en la puerta. Abrió y vio al señor Fauchelevent. Lo hizo pasar al salón, donde todo estaba aún revuelto y ofrecía el aspecto del campo de batalla de la fiesta de la víspera.

- ¿Se ha levantado vuestro amo? -preguntó Jean Valjean.

- ¿Cuál? ¿El antiguo o el nuevo?

- El señor de Pontmercy.

- ¿El señor barón? -dijo Vasco, con orgullo. Los criados gustan de recalcar los títulos, como si recogiesen algo para sí, las salpicaduras de cieno como las llamaría un filósofo-. Voy a ver. Le diré que el señor Fauchelevent le aguarda.

- No, no le digáis que soy yo. Decidle que hay una persona que desea hablarle en privado.

- ¡Ah! -exclamó Vasco.

- Quiero darle una sorpresa.

- ¡Ah! -repitió el criado pretendiendo explicar con esta segunda interjección el sentido de la primera. Y salió.

Marius entró con la cabeza erguida, risueño, el rostro inundado de luz, la mirada triunfante.

- ¡Sois vos, padre! -exclamó al ver a Jean Valjean-. Pero venís demasiado temprano, Cosette está durmiendo.

La palabra padre, dicha al señor Fauchelevent por Marius significaba felicidad suprema. Había existido siempre entre ambos frialdad y tensión. Pero Marius se encontraba ahora en ese punto de embriaguez en que las dificultades desaparecen, en que el hielo se

derrite, en que el señor Fauchelevent era para él, como para Cosette, un padre.

Continuó; las palabras salían a torrentes, reacción propia de los divinos paroxismos de la felicidad:

- ¡Qué contento estoy de veros! ¡Si supiéseis cómo os echamos de menos ayer! ¿Cómo va esa mano? Mejor, ¿no es verdad?

Y satisfecho de la respuesta que se daba a sí mismo, prosiguió:

- Hemos hablado mucho de vos. ¡Cosette os quiere tanto! No vayáis a olvidaros de que tenéis aquí vuestro cuarto. Basta de calle del Hombre Armado. Basta. Vendréis a instalaros aquí y desde hoy o Cosette se enfadará. Habéis conquistado a mi abuelo, le agradáis sobremanera. Viviremos todos juntos. ¿Sabéis jugar al whist? En tal caso, mi abuelo hallará en vos cuanto desea. Los días que yo vaya al tribunal sacaréis a pasear a Cosette, la llevaréis del brazo, como hacíais en otro tiempo en el Luxemburgo. Estamos decididos a ser muy dichosos; y vos entráis en nuestra felicidad. ¿Oís, padre? Supongo que hoy almorzaréis con nosotros.

- Señor -dijo Jean Valjean-, tengo que comunicaros una cosa. Soy un ex presidiario.

El límite de los sonidos agudos perceptibles puede estar lo mismo fuera del alcance del espíritu que de la materia. Estas palabras: "Soy un expresidiario", al salir de los labios del señor Fauchelevent y al entrar en el oído de Marius, iban más allá de lo posible; Marius, pues, no oyó. Se quedó con la boca abierta.

Entonces advirtió que aquel hombre estaba desfigurado. En su felicidad no había notado la palidez terrible de su cara.

Jean Valjean desató el pañuelo negro que sostenía su brazo, se quitó la venda de la mano, descubrió el dedo pulgar, y dijo mostrándoselo a Marius:

- No tengo nada en la mano.

Marius miró el dedo.

- Ni he tenido jamás nada.

En efecto no se veía allí señal de ninguna herida.

Jean Valjean prosiguió:

- Convenía que no asistiera a vuestro casamiento, y me ausenté lo más que pude. Fingí esta herida para evitar falsedades; para no invalidar los contratos matrimoniales, para no tener que firmar.

- ¿Qué significa esto? -preguntó Marius entre dientes.
- Esto significa -respondió Jean Valjean- que estuve en presidio.
- ¡Vais a volverme loco!
- Señor de Pontmercy, he estado diecinueve años en presidio por robo. Luego se me condenó a cadena perpetua, también por robo, como reincidente y a estas horas estoy prófugo.

Marius hacía vanos esfuerzos por retroceder ante la realidad, por resistir a la evidencia.

- ¡Decidlo todo, todo! -exclamó-. ¡Sois el padre de Cosette!
Y dio dos pasos hacia atrás con un movimiento de horror indecible.

Jean Valjean irguió la cabeza con actitud majestuosa.

- ¡Padre de Cosette, yo! En nombre de Dios os juro que no, señor barón de Pontmercy. Soy un aldeano de Faverolles. Ganaba la vida podando árboles. No me llamo Fauchelevent, sino Jean Valjean. Ningún parentesco me une a Cosette. Tranquilizaos.

- ¿Y quién me prueba... ? -balbuceó Marius.
- Yo. Yo, puesto que lo digo.

Marius miró a aquel hombre; estaba serio y tranquilo. La mentira no podía salir de semejante calma glacial.

- Os creo -dijo.

Jean Valjean inclinó la cabeza, y continuó:

- ¿Qué soy para Cosette? Un extraño. Hace diez años ignoraba mi existencia. La quiero mucho, es cierto. Cuando uno, ya viejo, ha visto crecer a una niña, es natural que la quiera. Los viejos se creen abuelos de todos los niños. Supongo que no iréis a considerarme desprovisto enteramente de corazón. Era huérfana. No tenía padre ni madre. Me necesitaba, y por eso le he consagrado todo mi cariño. Los niños son tan débiles que cualquiera, aun siendo un hombre de mi clase, puede servirles de protector. He cumplido ese deber con Cosette. No creo que esto merezca el nombre de buena acción; pero, si lo merece, yo la he ejecutado. Anotad esta circunstancia atenuante. Hoy Cosette deja mi casa, con lo cual nuestros caminos se separan, y en lo sucesivo no puedo hacer nada por ella. Cosette es ya la señora de Pontmercy. En cuanto a los seiscientos mil francos, aunque no me habléis de ellos, me anticipo a vuestro pensamiento. Es un depósito. ¿Cómo se hallaba en mis manos ese

depósito? Poco importa. Devuelvo el depósito y no se me debe exigir más. Completo la restitución diciendo mi verdadero nombre. Es importante para mí que sepáis quién soy.

Y Jean Valjean clavó la vista en Marius.

Marius estaba atónito con la nueva situación que se abría ante él.

- Pero, ¿por qué me decís todo esto? ¿Quién os obligaba?

Podíais guardar vuestro secreto. Nadie os ha denunciado. No sé os persigue. No se sabe vuestro paradero. Sin duda tenéis alguna razón para hacer, libremente, una revelación así. Acabad. Hay algo más. ¿Con qué motivo me habéis hecho esta confesión?

- ¿Qué motivo? -respondió Jean Valjean con una voz tan baja y tan sorda, que se hubiera dicho que hablaba consigo mismo más que con Marius-. ¿Qué motivo ha obligado al presidiario a decir: soy un presidiario? Pues bien, el motivo es extraño. Es por honradez. Mi mayor desgracia es un hilo que tengo en el corazón, y que me tiene amarrado. Esos hilos nunca son tan sólidos como cuando uno es viejo. Toda la vida se quiebra en derredor; ellos resisten. Si hubiera podido arrancar ese hilo, romperlo, desatar el nudo o cortarlo, irme muy lejos, me habría salvado; con partir de aquí bastaba. Sois felices y me marchó. Traté de romper ese hilo, pero resistió y no se ha roto; me arrancaba el corazón al hacerlo. Entonces dije: No puedo vivir en otra parte; necesito quedarme. Pero tenéis razón, soy un imbécil; ¿por qué no quedarme, simplemente? Me ofrecéis un cuarto en vuestra casa; la señora de Pontmercy me quiere mucho; vuestro abuelo desea mi compañía, habitaremos todos bajo el mismo techo, comeremos juntos, daré el brazo a Cosette... a la señora de Pontmercy, perdón, es la costumbre. La misma casa, la misma mesa, el mismo hogar, la misma chimenea en el invierno; el mismo paseo en el verano. ¡Esa es la felicidad, la dicha! Viviremos en familia. ¡En familia!

Al pronunciar esta palabra, Jean Valjean tomó un aspecto feroz. Cruzó los brazos, fijó la vista en el suelo como si quisiera abrir a sus pies un abismo, y exclamó con voz tonante:

- ¡En familia! No. No tengo familia. No pertenezco a la vuestra. No pertenezco a la familia de los hombres. Estoy de sobra en las casas donde se vive en común. Hay familias, mas no para mí. Soy el miserable, el extraño. Apenas sé si he tenido padres. El día en que

casé a esa niña, todo terminó; la vi dichosa, unida al hombre a quien ama, y junto a ambos ese buen anciano, y me dije: Tú no debes entrar. Fácil me era mentir, engañarlos a todos, seguir siendo el señor Fauchelevent. Mientras fue por el bien de ella, he mentido; pero hoy que se trata sólo de mí, no debo hacerlo. Me preguntáis quién me ha obligado a hablar. Os contesto que es algo muy raro: mi conciencia. Pasé la noche buscando buenas razones; se me han ocurrido algunas excelentes; pero no he logrado ni romper el hilo que aprisiona mi corazón, ni hacer callar a alguien que me habla cuando estoy solo. Por eso he venido a decíroslo todo, o casi todo; pues lo que concierne únicamente a mi persona me lo guardo. Sabéis lo esencial. Os he revelado mi secreto. Bastante me ha costado decidirme, he luchado toda la noche. Sí, seguir siendo Fauchelevent arreglaba todo, todo menos mi alma. ¡Ah! ¿Pensáis que callar es fácil? Hay un silencio que miente y había que mentir, ser embustero, indigno, vil, traidor en todas partes, de noche, de día, mirando cara a cara a Cosette. ¿Y para qué? ¡Para ser feliz! ¿Acaso tengo ese derecho? No. En cambio así no soy sino el más infeliz de los hombres, en el otro caso hubiera sido el más monstruoso.

Jean Valjean se detuvo un instante, luego siguió con una voz siniestra.

- No soy perseguido, decís. ¡Sí, soy perseguido, y acusado y denunciado! ¿Por quién? Por mí. Yo mismo me he cerrado el camino. No hay mejor carcelero que uno mismo. Para ser feliz, señor, se necesita no comprender el deber, porque una vez comprendido, la conciencia es implacable. Se diría que os castiga, pero no, os recompensa; os lleva a un infierno donde se siente junto a sí a Dios.

Y con indecible acento añadió:

- Señor de Pontmercy; esto no tiene sentido común; soy un hombre honrado. Degradándome a vuestros ojos, me elevo a los míos. Esto me sucedió ya antes. Sí, soy un hombre honrado. No lo sería si por mi culpa hubieseis continuado estimándome; ahora que me despreciáis, lo soy. Tengo la fatalidad de que no pudiendo jamás poseer sino una consideración robada, esa consideración me humilla y agobia interiormente, y necesito, para el respeto propio, el desprecio de los demás. Entonces alzo la frente. Soy un presidiario

que obedece a su conciencia; caso raro, lo sé. He contraído compromisos conmigo mismo y los cumplo. Hay encuentros que nos ligan, y casualidades que nos impulsan por el camino del deber.

Jean Valjean hizo otra pausa tragando la saliva con esfuerzo, como si sus palabras tuviesen un sabor amargo, y luego prosiguió:

- Cuando se horroriza uno de sí mismo hasta ese extremo, no tiene derecho para hacer a los demás partícipes, sin saberlo, de su horror. En vano Fauchelevent me prestó su nombre en agradecimiento por un favor; no me asiste derecho para llevarlo y aunque él haya querido dármelo, yo no he podido aceptarlo. Un nombre es la personalidad. Sustraer un nombre, y cubrirse con él, está mal hecho. Tan grave delito es robar letras del alfabeto como robar un reloj. ¡Ser una firma falsa en carne y hueso, una llave falsa viva; entrar en casa de las personas honradas falseando la cerradura; no mirar nunca sino de través, encontrarme infame en el fondo de mi corazón! ¡No, no, no! Vale más padecer; sangrar, llorar, pasar las noches en las convulsiones de la agonía, roerse el alma. Por eso os he contado lo que acabáis de oír.

Respiró penosamente, y pronunció después esta última frase:

- En otro tiempo, para vivir robé un pan: hoy para vivir no quiero robar un nombre.

- ¡Para vivir! -dijo Marius-. ¿Acaso necesitáis de ese nombre para vivir?

- ¡Ah! Yo me entiendo -respondió Jean Valjean.

Hubo un silencio. Los dos callaban, hundido cada cual en un abismo de pensamientos. Marius, sentado junto a una mesa; Jean Valjean paseándose por la habitación. Notó que Marius lo miraba caminar, y le dijo con un acento indescriptible:

- Arrastro un poco la pierna. Ahora comprenderéis por qué.

Miró de frente a Marius, y continuó:

- Y ahora figuraos que nada he dicho, que soy el señor Fauchelevent, que vivo en vuestra casa, que soy de la familia, que tengo mi cuarto, que por la tarde vamos los tres al teatro, que acompaño a la señora de Pontmercy a las Tullerías y a la Plaza Real; en una palabra, que me creéis igual a vos. Y el día menos pensado, cuando estemos los dos conversando, oís una voz que

grita este nombre: Jean Valjean, y veis salir de la sombra esa mano espantosa, la policía, que me arranca mi máscara bruscamente.

Calló de nuevo; Marius se había levantado con un estremecimiento. Jean Valjean prosiguió:

- ¿Qué decís?

Marius no acertó a desplegar los labios.

- Ya veis que he tenido razón en hablar. Sed dichosos, vivid en el cielo, sin preocuparos de cómo un pobre condenado desgarrar su pecho y cumple con su deber. Tenéis delante de vos, señor, a un hombre miserable.

Marius cruzó lentamente el salón, y, cuando estuvo frente a Jean Valjean, le tendió la mano; pero tuvo que coger él mismo esa mano que no se le daba. Le pareció que estrechaba en la suya una mano de mármol.

- Mi abuelo tiene amigos -dijo Marius- yo os conseguiré el perdón.

- Es inútil -respondió Jean Valjean-. Se me cree muerto, y basta. Los muertos no están sometidos a la vigilancia de la policía. Se les deja podrirse tranquilamente. La muerte equivale al perdón.

Y retirando su mano de la de Marius, añadió con una especie de dignidad inexorable:

- No necesito más que un perdón: el de mi conciencia.

En aquel momento la puerta se entreabrió poco a poco al extremo opuesto del salón, y apareció la cabeza de Cosette. Tenía los párpados hinchados aún por el sueño.

Miró primero a su esposo, luego a Jean Valjean, y les gritó riendo:

- ¡Apostaría a que habláis de política! ¡Qué necedad! ¡En vez de estar conmigo!

Jean Valjean se estremeció.

- Cosette... -tartamudeó Marius, y se detuvo.

Parecían dos criminales. Cosette, radiante de felicidad y de hermosura, seguía mirándolos.

- Os he cogido in fraganti -dijo Cosette-. Acabo de oír a través de la puerta las palabras de mi padre. La conciencia, el cumplimiento del deber. No cabe duda. Hablabais de política. ¡Hablar de política al día siguiente de la boda! No me parece justo.

- Te engañas, Cosette -respondió Marius-. Hablábamos de negocios. Buscábamos el medio mejor de colocar tus seiscientos mil

francos, y...

- Pues si no es más que eso -interrumpió Cosette-, aquí me tenéis ¿Se me admite?

- Necesitamos estar solos ahora, Cosette.

Jean Valjean no pronunciaba una palabra. Cosette se volvió hacia él:

- Lo primero que quiero, padre, es que me deis un abrazo y un beso.

Jean Valjean se acercó. Cosette retrocedió, exclamando:

- ¡Qué pálido estáis, padre! ¿Os duele el brazo?

- No, ya está bien.

- ¿Habéis dormido mal?

- No.

- ¿Estáis triste?

- No.

- ¡Vaya, un beso! Si os sentís bien, si dormís mejor, si estáis contento, no os reñiré.

Y le presentó la frente. Jean Valjean la besó.

- Cosette -dijo Marius en tono suplicante-, déjanos solos, por favor. Tenemos que terminar cierto asunto.

- ¡Está bien! Me marcho.

Marius se cercioró de que la puerta estaba bien cerrada.

- ¡Pobre Cosette! -murmuró-, cuando sepa...

A estas palabras, Jean Valjean se estremeció y clavó en Marius la vista.

- ¡Cosette! ¡Ah! Os lo suplico, señor, os lo ruego por lo más sagrado, dadme vuestra palabra de no decirle nada. ¿No basta que vos lo sepáis? Nadie me ha obligado a delatarme, lo he hecho porque he querido. Pero ella ignora estas cosas, y se asustaría. ¡Un presidiario! ¡Oh, Dios mío!

Se dejó caer en un sillón, y ocultó el rostro entre las manos. Por el movimiento de los hombros se notaba que lloraba. Lágrimas silenciosas; lágrimas terribles.

Marius le oyó decir tan bajo que su voz parecía salir de un abismo sin fondo:

- ¡Quisiera morir!

- Serenaos -dijo Marius-; guardaré vuestro secreto para mí solo.

Y luego añadió:

- Me es imposible no deciros algo sobre el depósito que tan fiel y honradamente habéis entregado. Es un acto de probidad. Merecéis que se os recompense. Fijad vos mismo la cantidad, y no temáis que sea muy elevada.

- Gracias -respondió Jean Valjean, con dulzura.

Permaneció pensativo un momento; después alzó la voz:

- Todo ha concluido. Me queda una sola cosa...

- ¿Cuál?

Jean Valjean tuvo una última vacilación y sin voz, casi sin aliento, balbuceó:

- Ahora que lo sabéis todo, ¿creéis, señor, que no debo volver a ver a Cosette?

- Sería lo más acertado -respondió fríamente Marius.

- No volveré a verla -dijo Jean Valjean.

Y se dirigió hacia la puerta.

Puso la mano en la cerradura, se quedó un segundo inmóvil, luego cerró de nuevo y se encaró con Marius. No estaba ya pálido, sino lívido. Sus ojos no tenían ya lágrimas sino una especie de luz trágica. Su voz había cobrado cierta extraña serenidad.

- Si queréis, señor, vendré a verla. Os aseguro que lo deseo con toda mi alma. Si no esperara ver a Cosette, no os habría hecho esta confesión. Hubiera partido simplemente. Pero como quiero permanecer en el pueblo donde vive Cosette y continuar viéndola, me ha parecido que debía deciros la verdad. Me comprendéis, ¿no es cierto? Es razonable lo que digo. Nueve años hace que no nos separamos. Desde mi habitación la oía tocar el piano. Esa ha sido mi vida. Nunca nos hemos separado. Nueve años y algunos meses ha durado esto. Era para ella un padre; y se creía mi hija. No sé si me comprenderéis, señor Pontmercy, pero os aseguro que me sería difícil marcharme ahora y no volverla a ver, no hablarle más, quedarme sin nada en el mundo. Si no os pareciera mal, vendría de vez en cuando a ver a Cosette. No lo haría con frecuencia, ni permanecería aquí mucho tiempo. Daríais orden de que se me recibiese en la salita del primer piso, y hasta entraría por la puerta trasera, la de los criados. Lo esencial es, señor, que desearía ver alguna vez a Cosette, tan pocas como queráis. Poneos en mi lugar.

Además de que si no volviese, a ella le extrañaría. Lo que podré hacer es venir por la tarde cuando empiece ya a oscurecer.

- Vendréis todas las tardes -dijo Marius-, y Cosette os aguardará.

- ¡Qué bueno sois, señor! -respondió Jean Valjean.

Marius se despidió de él; la felicidad acompañó hasta la puerta a la desesperación, y aquellos dos hombres se separaron.

CAPÍTULO 2 LA OSCURIDAD QUE PUEDE CONTENER UNA REVELACIÓN

Marius estaba trastornado. Ahora se explicaba la especie de antipatía que había sentido siempre hacia el supuesto padre de Cosette. El señor Fauchelevent era el presidiario Jean Valjean. Hallar de improviso semejante secreto en medio de su dicha equivalía a descubrir un escorpión en un nido de tórtolas.

En adelante su felicidad y la de Cosette no podrían prescindir de aquel testigo. ¿Era éste un hecho consumado? ¿Formaba parte de su casamiento la aceptación de Jean Valjean? ¿No había ya remedio? ¿Se había casado también Marius con el presidiario prófugo? La antipatía de Marius hacia el señor Fauchelevent transformado en Jean Valjean se mezclaba ahora con ideas terribles, entre las cuales, justo es decirlo, había algo de lástima, y hasta de sorpresa.

El ladrón, y ladrón reincidente, había restituido un depósito, ¡y qué depósito! Seiscientos mil francos, de los que sólo él tenía noticia, y que pudo muy bien guardarse. Además, era delator de sí mismo. ¿Qué lo obligaba a delatarse? Un escrúpulo de conciencia. Marius sentía que sus palabras tenían el irresistible acento de la verdad.

Jean Valjean era sincero. Esta sinceridad visible, palpable, y aún evidente por el dolor que le causaba, hacía inútiles las pesquisas. ¡Inversión extraña de las situaciones! ¿Qué brotaba para Marius del señor Fauchelevent? La desconfianza. ¿Y de Jean Valjean? La confianza. Aunque sus recuerdos fueran confusos, se explicaba ahora ciertas escenas antes incomprensibles.

¿Por qué a la llegada de la justicia al desván de Jondrette aquel hombre, en lugar de querellarse, había huido? Marius encontraba esta vez la respuesta: porque aquel hombre era un forzado que estaba prófugo. Otra pregunta: ¿Por qué había ido a la barricada? Ante esta pregunta surgía un espectro y daba la contestación. Era Javert.

Marius recordaba perfectamente ahora la fúnebre visión de Jean Valjean arrastrando fuera de la barricada a Javert, atado, y oía aún detrás de la callejuela Mondetour el horrible pistoletazo. Existía, sin duda, odio entre el espía y el presidiario. Jean Valjean había ido a la barricada por vengarse. Jean Valjean había matado a Javert.

Ultima pregunta, a la cual no encontraba qué responder: ¿Por qué la existencia de Jean Valjean había transcurrido tanto tiempo unida a la de Cosette? ¿Qué significaba la obra sombría de la Providencia al poner a aquella niña en contacto con semejante hombre? Este era el secreto de Jean Valjean y también de Dios. Ante esto, Marius retrocedía. Dios hace los milagos como mejor le cuadra.

Adoraba a Cosette, era su esposa, ¿qué más quería? Los asuntos personales de Jean Valjean no le incumbían, principalmente desde la declaración solemne del miserable: *"No soy nada de Cosette. Hace diez años ignoraba mi existencia"*.

Sin embargo, por más atenuantes que buscara, preciso le era admitir ser un presidiario; es decir, el ser que en la escala social carece hasta de sitio. Después del último de los hombres está el presidiario.

En las ideas que entonces profesaba Marius, Jean Valjean era para él un ser diferente y repugnante. Era el réprobo, el presidiario.

En tal situación de espíritu, era para Marius una perplejidad dolorosa pensar que aquel hombre tendría contacto en lo sucesivo, aunque poco, con Cosette. Se había dejado conmovir; suya era la culpa. Debió pura y simplemente alejarlo de su casa.

Se indignó contra sí mismo, contra el torbellino de emociones que lo había aturcido, cegado y arrastrado. Hizo sin objeto aparente algunas preguntas a Cosette, que, sin recelar nada, le habló de su infancia y de su juventud. Se convenció entonces que todo lo bueno, paternal y respetable que puede ser un hombre, lo fue aquel

presidiario con Cosette. Cuanto Marius había supuesto era verdad. Aquella ortiga siniestra había amado y protegido a aquel lirio.

PARTE 7
DECADENCIA CREPUSCULAR

CAPÍTULO 1 LA SALA DEL PISO BAJO

Al día siguiente, cuando empezaba a oscurecer, Jean Valjean llamó a la puerta cochera de la casa del señor Gillenormand. Vasco lo recibió; se encontraba allí como si cumpliera órdenes especiales.

- El señor barón me encargó que os pregunte si queréis subir o quedaros abajo.

- Quedarme abajo -respondió Jean Valjean.

Vasco, respetuoso como siempre, abrió la puerta de la sala.

- Voy a avisar a la señora -dijo.

La habitación en que Jean Valjean entró era una especie de subterráneo abovedado y húmedo, con el suelo de ladrillos rojos, que servía a veces de bodega y que daba a la calle; tenía una pequeña ventana que permitía apenas el paso a unos míseros rayos de luz.

La sala, pequeña y de techo bajo, estaba sucia; se veían unas cuantas botellas vacías, amontonadas en un rincón. La pared estaba descascarada; en el fondo había una chimenea encendida, lo cual indicaba que se contaba con la respuesta de Jean Valjean. A cada lado de la chimenea había un sillón, y entre los dos sillones, a modo de alfombra, una vieja bajada de cama, que mostraba más trama que lana. El alumbrado de la habitación consistía en la llama de la chimenea y el crepúsculo de la ventana.

Jean Valjean estaba cansado; llevaba muchos días sin comer ni dormir. Se dejó caer en uno de los sillones. Vasco entró, puso sobre la chimenea una vela encendida y se retiró, sin que Jean Valjean, con la cabeza inclinada hasta tocar el pecho, hubiera notado su presencia. De repente se levantó como sobresaltado.

Cosette estaba detrás de él. No la vio entrar. Se volvió y la contempló extasiado. Estaba adorablemente hermosa; pero lo que él miraba no era la hermosura sino el alma.

- Padre -exclamó Cosette-, sabía vuestras rarezas, pero jamás me hubiera figurado que llegasen a tanto. ¡Vaya una idea! Dice Marius que habéis insistido en que os reciba aquí.

- Sí, he insistido.

- Ya esperaba esa respuesta. Está bien. Os prevengo que voy a armar un escándalo. Empecemos por el principio. Padre, besadme.

Y le presentó la mejilla. Jean Valjean permaneció inmóvil.

- No me besáis. Actitud culpable. Os perdono, sin embargo. Jesucristo ha dicho: *Presentad la otra mejilla*. Aquí la tenéis.

Y le presentó la otra mejilla. Jean Valjean parecía clavado en el suelo.

- Esto se pone serio -dijo Cosette-. ¿Qué os he hecho? Me declaro ofendida, y me debéis una safofacción. Comeréis con nosotros.

- He comido ya.

- No es verdad. Haré que el señor Gillenormand os riña. Los abuelos están encargados de reñir a los padres. Vamos, subid conmigo al salón.

- Imposible.

Al llegar aquí, Cosette perdió algún terreno. Cesó de mandar y pasó a las preguntas.

- ¡Imposible! ¿Por qué? ¡Y escogéis para verme, el cuarto más feo de la casa!

- Sabes...

Jean Valjean se detuvo, y luego continuó, corrigiéndose:

- Sabéis, señora, que soy raro, que tengo mis caprichos.

Cosette dio una palmada.

- ¡Señora!... ¡Sabéis!... ¡Cuántas novedades! ¿Qué significa esto?

Jean Valjean la miró con la sonrisa dolorosa a que recurría de vez en cuando.

- Habéis querido ser señora y lo sois.

- Para vos no, padre.

- No me llaméis más padre.

- ¿Cómo?

- Llamadme señor Jean, Jean si queréis.

- ¡No sois ya padre, ni yo soy Cosette! ¡Que os llame señor Jean!
¿Qué significan estos cambios? ¿Qué revolución es ésta? ¿Qué ha pasado? Miradme a la cara. ¡Y no aceptáis un cuarto en esta casa!
¡El cuarto que os tenía destinado! ¿Qué mal os he hecho? ¿En qué os he ofendido? ¿Ha ocurrido algo?

- Nada.

- ¿Y entonces?

- Todo sigue igual.

- ¿Por qué cambiáis el nombre?

- También vos habéis cambiado el vuestro.

Sonrió como antes, y añadió:

- Siendo vos la señora de Pontmercy, muy bien puedo yo ser el señor Jean.

- No comprendo. Pediré permiso a mi marido para que seáis el señor Jean y espero que no consentirá. Me causáis mucha pena. Está bien tener caprichos, pero no entristecer a su Cosette. No tenéis derecho a ser malo vos que sois tan bueno.

Jean Valjean no respondió.

Le tomó ella las dos manos, y las besó con profundo cariño.

- ¡Por favor -le dijo-, sed bueno! Comed en nuestra compañía, sed mi padre.

El retiró las manos.

- No necesitáis ya de padre; tenéis marido.

Cosette se incomodó.

- ¡Conque no necesito de padre! No hay sentido común en lo que decís. Y no me tratéis de vos.

- Cuando venía -dijo Jean Valjean, como si no la oyera-, vi en la calle Saint-Louis un bonito mueble. Un tocador a la moda, de palo de rosa, con un espejo grande y varios cajones.

- ¡Oh, estoy furiosa! -exclamó Cosette haciendo un gesto como de arañarlo-. ¡Mi padre Fauchelevent quiere que lo llame señor Jean y que lo reciba en esta sala horrible! ¿Qué tenéis contra mí? Me causáis mucha pena, os lo juro.

Clavó la vista en Jean Valjean, y añadió:

- ¿Os pesa que sea dichosa?

La candidez, sin saberlo, penetra a veces en lo más hondo. Esta pregunta, sencilla para Cosette, era profunda para Jean Valjean. Cosette quería sólo arañar, pero destrozaba. Se puso pálido. Permaneció un momento sin responder; luego, como hablando consigo mismo, murmuró:

- Su felicidad era el objeto de mi vida. Dios, ahora, puede quitármela sin que yo haga falta a nadie. Cosette, eres dichosa, y mi misión ha terminado.

- ¡Ah! ¡Me habéis dicho tú! -exclamó Cosette.

Y se arrojó en sus brazos. Jean Valjean, desvanecido, la estrechó contra su pecho pareciéndole casi que la recobraba.

- ¡Gracias, padre! -dijo Cosette

Jean Valjean se desprendió con dulzura de los brazos de Cosette, y tomó el sombrero.

- ¿Adónde vais? -preguntó Cosette.

- Me retiro, señora; os aguardan.

Y desde el umbral añadió:

- Os he tuteado. Decid a vuestro marido que no volverá a suceder. Perdonadme.

Salió dejando a Cosette atónita con aquel adiós enigmático.

CAPÍTULO 2 DE MAL EN PEOR

Jean Valjean volvió al día siguiente a la misma hora.

Cosette no le hizo preguntas ni mostró admiración ni dijo que sentía frío, ni habló mal de la sala; evitó al mismo tiempo llamarle padre y señor Jean; dejó que la tratase de vos y de señora. Pero estaba menos alegre.

Probablemente habría tenido con Marius una de esas conversaciones en que el hombre amado dice lo que quiere y, sin explicar nada, satisface a la mujer amada. La curiosidad de los enamorados no se extiende a menudo más que a su amor.

La sala baja estaba algo más limpia. Las visitas continuaron siendo diarias. Jean Valjean no tuvo valor para ver en las palabras de Marius otra cosa que la letra. Marius, por su parte se ingenió de manera que siempre se hallaba ausente cuando él iba. Las personas de la casa se acostumbraron a aquel nuevo capricho del señor Fauchelevent. Nadie entrevió la siniestra realidad. Mas, ¿quién podía adivinar semejante cosa?

Varias semanas transcurrieron así. Poco a poco entró Cosette en una vida nueva; el matrimonio crea relaciones, las visitas son su necesaria consecuencia, y el cuidado de la casa ocupa gran parte del tiempo. En cuanto a los placeres de la nueva vida, se reducían a uno sólo: estar con Marius. Su principal gloria era salir con él y no separarse de su lado. Ambos sentían un placer cada vez mayor en pasearse tomados del brazo, a la vista de todos, los dos solos.

Sustituido el tuteo por el vos, y las expresiones de señora y señor Jean por las de su trato familiar, Cosette encontraba a Jean Valjean distinto de lo que era antes. Y hasta el propósito que había tomado Jean Valjean de separarla de él se cumplió, pues Cosette se

mostraba cada vez más alegre y menos cariñosa. Sin embargo, siempre lo quería mucho, y Jean Valjean lo sabía.

- Erais mi padre y no lo sois ya; erais mi tío, y ya no lo sois; erais el señor Fauchelevent, y sois el señor Jean. ¿Quién sois, pues? No me gustan estas cosas. Si no os conociera, os tendría miedo.

El vivía siempre en la calle del Hombre Armado, porque no podía resolverse a alejarse del barrio donde habitaba Cosette. Al principio se quedaba con ella unos cuantos minutos, y luego se marchaba. Poco a poco se fue acostumbrando a alargar sus visitas, como si aprovechara la autorización que se le dieran. Llegaba más temprano y se despedía más tarde. Cierta día a Cosette se le escapó decirle padre y un relámpago de alegría iluminó el sombrío rostro del anciano.

- Llamadme Jean -fue su única respuesta.

- ¡Ah!, es verdad -dijo Cosette riéndose-, señor Jean.

- Eso, eso -replicó él, y volvió la cara para que ella no le viera enjugarse los ojos.

CAPÍTULO 3 RECUERDOS EN EL JARDÍN DE LA CALLE PLUMET

Fue la última vez. Después de aquel relámpago vino la extinción absoluta. No más familiaridad, no más buenos días acompañados de un beso, no más esa palabra tan dulce: ¡padre! Se vio, tal como él mismo lo buscara, despojado sucesivamente de todas sus alegrías; y su mayor miseria fue que, después de haber perdido a Cosette en un solo día, le era preciso perderla ahora otra vez paso a paso.

Pero le bastaba con ver a Cosette todos los días, ¿qué más necesitaba? Toda su vida se centraba en aquella hora que pasaba sentado junto a ella, mirándola sin desplegar los labios, o bien hablándole de los años de su infancia, del convento y de sus amiguitas de entonces. Una tarde Marius dijo a Cosette:

- Habíamos prometido hacer una visita a nuestro jardín de la calle Plumet. Vamos, no hay que ser ingratos.

La casa de la calle Plumet pertenecía aún a Cosette, por no haber concluido el plazo del arriendo. Allí los recuerdos del pasado les hicieron olvidar el presente. Cuando oscurecía, a la hora de siempre, Jean Valjean fue a la calle de las Hijas del Calvario.

- La señora salió con el señor barón, y aún no ha vuelto -le dijo Vasco.

Se sentó en silencio, y esperó una hora. Cosette no volvió. Bajó la cabeza y se marchó. Quedó Cosette tan embriagada con aquel paseo a su jardín, y tan contenta de haber vivido un día en el pasado, que la tarde siguiente no habló de otra cosa. Ni siquiera advirtió que no había visto a Jean Valjean.

- ¿Cómo habéis ido? -le preguntó éste.

- A pie.

- ¿Y cómo habéis vuelto?

- En un coche de alquiler.

Observaba hacía algún tiempo la estrechez con que vivían los esposos, y le molestaba. La economía de Marius era demasiado rigurosa. Aventuró una pregunta:

- ¿Por qué no tenéis coche propio? Una bonita berlina no os costará más de quinientos francos al mes. Sois rica.

- No sé -respondió Cosette.

- Lo mismo ha sucedido con Santos. Se ha ido y no la habéis reemplazado. ¿Por qué?

- Basta con Nicolasa.

- Pero no tenéis doncella.

- ¿No tengo a Marius?

- Casa propia, criados, carruaje, palco en la Opera, todo esto deberíais tener. ¿Por qué no sacar provecho de la riqueza? La riqueza ayuda a la felicidad.

Cosette no respondió nada.

Las visitas de Jean Valjean no se abreviaban, antes por el contrario. Cuando el corazón se escapa, nada detiene al hombre en la pendiente.

Siempre que Jean Valjean deseaba prolongar su visita y hacer olvidar la hora, elogiaba a Marius; decía que era noble, valeroso, lleno de ingenio, elocuente, bueno. Cosette resplandecía. De esta manera lograba Jean Valjean permanecer allí más tiempo. ¡Le era tan dulce ver a Cosette y olvidarlo todo a su lado! Era la única medicina para su llaga.

Varias veces tuvo Vasco que repetir este recado: el señor Gillenormand me envía a recordar a la señora baronesa que la cena está servida. Entonces se marchaba muy pensativo. Un día se quedó más tiempo aún de lo que acostumbraba. Al día siguiente notó que no había fuego en la chimenea.

- ¡Dios mío!, ¡qué frío se siente aquí! -exclamó Cosette al entrar-. ¿Sois vos el que habéis dado orden a Vasco de que no encienda?

- Sí. Ya estamos por llegar a mayo y me ha parecido que era inútil.

- ¡Otra de esas ideas vuestras! -respondió Cosette.

Al otro día no faltaba el fuego, pero los dos sillones estaban colocados en el extremo opuesto de la sala, cerca de la puerta.

- ¿Qué significa esto? -pensó Jean Valjean.

Tomó los sillones y los puso en el sitio de siempre, junto a la chimenea.

Se reanimó un poco al ver de nuevo el fuego, y prolongó la visita más de lo regular. Pero empezaba a darse cuenta de que lo rechazaban.

Al día siguiente tuvo un sobresalto al entrar en la sala baja. Los sillones habían desaparecido, no había ni siquiera una silla.

- ¿Qué es esto? -dijo Cosette en cuanto entró-, no hay sillones. ¿Dónde están los sillones?

- Se los han llevado -respondió Jean Valjean.

- ¡Pues esto es demasiado!

- Yo he dicho a Vasco que se los lleve, porque no voy a estar más que un minuto.

- No es razón para pasarlo de pie.

Jean Valjean no halló que decir.

- ¡Hacer quitar los sillones! ¡No os bastaba con apagar el fuego! ¡Qué raro sois!

- Adiós -murmuró Jean Valjean.

No dijo: Adiós, Cosette; pero le faltaron fuerzas para decir: Adiós, señora. Salió abrumado de dolor. Esta vez había comprendido.

Al día siguiente no fue. Cosette no lo notó hasta la noche.

- ¡Vaya! -dijo-, el señor Jean no vino hoy.

Sintió como una ligera opresión de corazón; pero un beso de Marius la distrajo en seguida. Tampoco fue al otro día. Cosette no se dio cuenta hasta la mañana siguiente. ¡Era tan dichosa!

Envió a Nicolasa para saber si estaba enfermo, y por qué no había venido la víspera. Nicolasa trajo la respuesta: no estaba enfermo, sino muy ocupado. Ya volvería, lo más pronto posible. Iba a emprender un viajecito, costumbre antigua suya, como la señora no ignoraba.

Cuando Nicolasa dijo que su ama la enviaba a saber por qué el señor Jean no había ido la víspera, Jean Valjean observó con dulzura:

- Hace dos días que no voy.

Pero Nicolasa no comprendió el sentido de la observación y nada dijo a Cosette.

CAPÍTULO 4 LA ATRACCIÓN Y LA EXTINCIÓN

En los últimos meses de la primavera y los primeros del verano de 1833, se veía a un anciano vestido de negro que todos los días, a la misma hora, antes de oscurecer, salía de la calle del Hombre Armado y entraba en la de Saint-Louis.

Allí caminaba a paso lento, fija siempre la vista en un mismo punto que parecía ser para él una estrella, y que no era otra cosa que la esquina de la calle de las Hijas del Calvario. Cuanto más se acercaba a aquella esquina, más brillo había en sus ojos y una especie de alegría iluminaba sus pupilas como una aurora interior; tenía una expresión de fascinación y de ternura; sus labios se movían, como si hablasen a una persona sin verla; sonreía vagamente caminando a paso lento. Se diría que, aunque deseaba llegar, lo temía al mismo tiempo.

Cuando no faltaban sino unas cuantas casas, se detenía tembloroso, se asomaba tímidamente y había en esa trágica mirada algo semejante al deslumbramiento de lo imposible, y a la reverberación de un paraíso cerrado. Luego una lágrima resbalaba por su mejilla, yendo a parar a veces a la boca donde el anciano sentía su sabor amargo.

Permanecía allí unos pocos minutos, cual si fuera de piedra, y después se volvía por el mismo camino y con igual lentitud; su mirada se apagaba a medida que se alejaba. Gradualmente el anciano cesó de ir hasta la esquina de las Hijas del Calvario. Se detenía a mitad de camino en la calle Saint-Louis. Al poco tiempo no pudo llegar siquiera hasta allí. Parecía un péndulo cuyas

oscilaciones, por falta de cuerda, van acortándose hasta que al fin se paran.

Todos los días salía de su casa a la misma hora, emprendía el mismo trayecto, pero no lo acababa ya; y tal vez sin conciencia de ello, lo iba abreviando incesantemente. La expresión de su semblante parecía decir: ¿Para qué? La pupila estaba apagada y ya no había lágrima; sus ojos meditabundos permanecían secos.

A veces, cuando hacía mal tiempo, llevaba un paraguas que jamás abría. Los niños lo seguían y se burlaban de él.

PARTE 8
SUPREMA SOMBRA, SUPREMA
AURORA

CAPÍTULO 1 COMPASIÓN PARA LOS DESDICHADOS E INDULGENCIA PARA LOS DICHOSOS

¡Qué terrible es ser feliz! Está uno tan contento, y eso le basta, como si la única meta en la vida fuera ser feliz, y se olvida de la verdadera, que es el deber. Sería un error culpar a Marius.

Marius se limitó a alejar poco a poco a Jean Valjean de su casa, y a borrar, en lo posible, su recuerdo del espíritu de Cosette. Procuró en cierto modo colocarse siempre entre Cosette y él, seguro de que así la joven no se daría cuenta y dejaría de pensar en él.

Hacía lo que juzgaba necesario y justo. Creía que le asistían serias razones para alejar a Jean Valjean, sin dureza pero también sin debilidad. Creía su deber restituir los seiscientos mil francos a su dueño, a quien buscaba con toda discreción, absteniéndose entretanto de tocar ese dinero.

Cosette ignoraba el secreto que conocía Marius, pero también merece disculpa. Marius ejercía sobre ella un fuerte magnetismo, que la obligaba a ejecutar casi maquinalmente sus deseos. Respecto al señor Jean, sentía una presión vaga, pero clara, y obedecía ciegamente. En este caso, su obediencia consistía en no acordarse de lo que Marius olvidaba. Pero respecto a Jean Valjean, este olvido no era más que superficial.

Cosette en el fondo quería mucho al que había llamado por tanto tiempo padre, pero quería más a su marido. Cuando Cosette se extrañaba del silencio de Jean Valjean, Marius la tranquilizaba, diciéndole:

- Está ausente, supongo. ¿No avisó que iba a emprender un viaje?

- Cierto -pensaba Cosette-. Esa ha sido siempre su costumbre, pero nunca ha tardado tanto.

Dos o tres veces envió a Nicolasa a la calle del Hombre Armado, a preguntar si el señor Jean había vuelto de su viaje; y por orden de Jean Valjean se le contestó que no. Cosette no inquirió más; pues para ella en la tierra no había ahora más que una necesidad, Marius.

Marius consiguió poco a poco separar a Cosette de Jean Valjean. Digamos para concluir que lo que en ciertos casos se denomina, con demasiada dureza, ingratitude de los hijos, no es siempre tan reprehensible como se cree. Es la ingratitude de la Naturaleza. La Naturaleza divide a los vivientes en seres que vienen y seres que se van. De ahí cierto desvío, fatal en los viejos, involuntario en los jóvenes. Las ramas, sin desprenderse del tronco, se alejan. No es culpa suya. La juventud va donde está la alegría, la luz, el amor; la vejez camina hacia el fin. No se pierden de vista, pero no existe ya el lazo estrecho.

Los jóvenes sienten el enfriamiento de la vida; los ancianos el de la tumba.

No acusemos, pues, a estos pobres jóvenes.

CAPÍTULO 2 ÚLTIMOS DESTELLOS DE LA LÁMPARA SIN ACEITE

Un día Jean Valjean bajó la escalera, dio tres pasos en la calle, se sentó en el banco donde Gavroche, en la noche del 5 al 6 de junio, lo encontrara pensativo; estuvo allí tres minutos, y luego volvió a subir. Fue la última oscilación del péndulo. Al día siguiente no salió de la casa; al subsiguiente no salió de su lecho.

La portera, que le preparaba su parco alimento, miró el plato, y exclamó:

- ¡Pero si no habéis comido ayer!
- Sí, comí -respondió Jean Valjean.
- El plato está como lo dejé.
- Mirad el jarro del agua. Está vacío.
- Lo que prueba que habéis bebido, no que habéis comido.
- No tenía ganas más que de agua.
- Cuando se siente sed y no se come al mismo tiempo, es señal de que hay fiebre.
- Mañana comeré.
- O el año que viene. ¿Por qué no coméis ahora? ¿A qué dejarlo para mañana? ¡Hacer tal desaire a mi comida! ¡Despreciar mis patatas que estaban tan buenas!

Jean Valjean tomó la mano de la portera y le dijo con bondadoso acento:

- Os prometo comerlas.

Transcurrió una semana sin que diera un paso por el cuarto. La portera dijo a su marido:

- El buen hombre de arriba no se levanta ya ni come. No durará mucho. ¡Los disgustos, los disgustos! Nadie me quitará de la cabeza que su hija se ha casado mal.

El portero replicó con el acento de la soberanía marital:

- Morirá.

Esa misma tarde la portera divisó en la calle a un médico del barrio, y acudió a él suplicándole que subiera a ver al enfermo.

- Es en el segundo piso -le dijo-. El infeliz no se mueve de la cama.

El médico vio a Jean Valjean y habló con él. Cuando bajó, la portera le preguntó por el paciente.

- Está muy grave -dijo el doctor.

- ¿Qué es lo que tiene?

- Todo y nada. Es un hombre que, según las apariencias, ha perdido a una persona querida. Algunos mueren de eso.

- ¿Qué os ha dicho?

- Que se sentía bien.

- ¿Volveréis?

- Sí -respondió el doctor- aunque le haría mejor que otra persona, no yo, regresara.

CAPÍTULO 3 EL QUE LEVANTÓ LA CARRETA DE FAUCHELEVENT NO PUEDE LEVANTAR UNA PLUMA

Una tarde Jean Valjean, apoyándose con trabajo en el codo, se tomó la mano y no halló el pulso; su respiración era corta, y se interrumpía a cada momento; comprendió que estaba más débil que nunca. Entonces, sin duda bajo la presión de alguna gran preocupación, hizo un esfuerzo, se incorporó y se vistió.

Se puso el traje de obrero, pues ahora que no salía lo prefería a los otros. Tuvo que pararse repetidas veces y le costó mucho ponerse la ropa. Abrió la maleta, sacó el ajuar de Cosette y lo extendió sobre la cama. Los candelabros del obispo estaban en su sitio, en la chimenea. Sacó de un cajón dos velas de cera y las puso en ellos. Después, aunque no había oscurecido aún, las encendió.

Cada paso lo extenuaba, y se veía obligado a sentarse. Era la vida que se agotaba en esos abrumadores esfuerzos. Una de las sillas donde se dejó caer estaba colocada enfrente del espejo; se miró y no se reconoció. Parecía tener ochenta años; antes del casamiento de Cosette sólo representaba cincuenta; en un año había envejecido treinta.

Lo que en su frente se veía no eran las arrugas de la edad; era la señal misteriosa de la muerte. Estaba en la última fase del abatimiento, fase en que ya el dolor no fluye, sino que se solidifica; hay sobre el alma algo como un coágulo de desesperación.

Llegó la noche. Arrastró con enorme trabajo una mesa y el viejo sillón junto a la chimenea, y puso en la mesa pluma, tintero y papel.

Hecho esto, se desmayó. Cuando se recobró, clavó los ojos en el trajecito negro que le era tan querido. Sintió un temblor, y figurándose que iba a morir, se apoyó en la mesa que alumbraban los candelabros del obispo, y cogió la pluma. Le temblaba la mano. Escribió lentamente:

"Cosette, te bendigo. Voy a explicártelo todo. Tu marido tenía razón al darme a entender que debía marcharme; aunque se haya equivocado algo en lo que ha creído, tenía razón. Es un hombre excelente. Amalo mucho cuando yo no exista. Señor de Pontmercy, amad siempre a mi querida niña. Cosette, escucha: ese dinero es tuyo. Ahora lo entenderás. El azabache blanco viene de Noruega; el azabache negro de Inglaterra; los abalorios negros de Alemania. El azabache es más ligero, más precioso, más caro. En Francia pueden hacerse imitaciones como en Alemania. Se necesita un pequeño yunque de dos pulgadas cuadradas y una lámpara de espíritu de vino para ablandar la cera. La cera en otro tiempo era muy cara. Se me ocurrió hacerla con goma laca y trementina. Es muy barata, y es mejor... "

No le fue posible seguir. La pluma se le cayó de los dedos; le acometió uno de esos sollozos desesperados que subían por instantes desde lo más hondo de su pecho. El desdichado se tomó la cabeza entre las manos y se hundió en la meditación.

- ¡Oh! -gritó para sus adentros, con lamentos que sólo Dios escuchó-. Es el fin. No la veré más. Es una sonrisa que pasó por mi vida. Voy a sepultarme en la noche sin volverla a ver. ¡Oh!, ¡un minuto, un instante, oír su -voz, tocar su ropa, mirarla, a ella, al ángel mío, y luego morir! La muerte no es nada; pero ¡morir sin verla es horrible! Una sonrisa, una palabra suya. ¿Puede esto perjudicar a alguien? Pero no, todo ha terminado para mí, todo. Estoy solo para siempre. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡No la volveré a ver!

En aquel momento llamaron a la puerta.

CAPÍTULO 4 EQUÍVOCO QUE SIRVIÓ PARA LIMPIAR LAS MANCHAS

Esa misma tarde, cuando Marius entraba en su gabinete para estudiar unos asuntos, le entregó Vasco una carta, diciéndole:

- La persona que la ha escrito espera en la antesala.

Cosette daba una vuelta por el jardín del brazo del abuelo. Hay cartas que, lo mismo que ciertos hombres, tienen mala catadura. Papel ordinario, manera tosca de cerrarlas; con sólo ver algunas misivas, repugnan. La carta que había traído Vasco pertenecía a esta clase. Marius la tomó y sintió olor a tabaco, despertando en él una serie de recuerdos.

Miró el sobre. Conocido el tabaco, fácil le fue reconocer la letra. Se presentó a sus ojos la buhardilla de Jondrette.

¡Extraña casualidad! Una de las dos pistas que había buscado tanto, que creía perdida para siempre, se le aparecía cuando menos esperaba. Abrió ansiosamente la carta, y leyó lo que sigue:

"Señor barón:

"Poseo un secreto que concierne a un individuo, y este individuo os concierne. El secreto está a vuestra disposición, deseando el honor de seros útil. Os proporcionaré un modo sencillo de arrojar de vuestra familia a ese individuo que no tiene derecho a estar en ella, pues la señora baronesa pertenece a una clase elevada. El santuario de la virtud no puede coavitar más tiempo con el crimen sin mancharse. Espero en la antesala las órdenes del señor barón."

La firma de la carta era Thenard. Firma verdadera, aunque abreviada. Por lo demás, el estilo y la ortografía completaban la revelación. La emoción de Marius fue profunda. Después de la

sorpresa, experimentó una gran felicidad. Si lograba encontrar ahora al otro a quien buscaba, a su salvador, ya no pediría más.

Abrió un cajón de su papelera, cogió algunos billetes de banco, los guardó en el bolsillo, volvió a cerrar, y tiró de la campanilla. Vasco asomó la cabeza.

- Haced que pase -dijo Marius.

Entró un hombre y la sorpresa de Marius fue grande, pues le era totalmente desconocido. El personaje introducido por Vasco, de edad avanzada, tenía una enorme nariz, anteojos verdes y el pelo gris y caído sobre la frente hasta las cejas, como la peluca de los cocheros ingleses de las casas de alcurnia.

El disgusto experimentado por Marius al ver entrar a un hombre distinto del que esperaba, recayó sobre el recién venido.

- ¿Qué se os ofrece? -le preguntó secamente.

El personaje contestó sonriéndose, como lo habría hecho un cocodrilo capaz de sonreírse, y con un tono de voz en todo diferente del que Marius esperaba oír.

- Señor barón, dignaos oírme. Hay en América, en un país que confina con Panamá, una aldea llamada Joya. Es un país maravilloso, porque allí hay oro.

- ¿Qué queréis? -preguntó Marius, a quien la contrariedad había vuelto impaciente.

- Quisiera ir a establecerme en Joya. Somos tres; tengo esposa e hija, una hija muy linda. El viaje es largo y caro, y necesito algún dinero.

- ¿Y qué tiene que ver eso conmigo? -preguntó Marius.

El desconocido volvió a sonreír.

- ¿No ha leído el señor barón mi carta?

- Sed más explícito.

- Está bien, señor barón. Voy a ser más explícito. Tengo un secreto que venderos.

- ¿Qué secreto?

- Señor barón, tenéis en vuestra casa a un ladrón, que es al mismo tiempo un asesino.

Marius se estremeció.

- ¿En mi casa? No.

El desconocido imperturbable continuó:

- Asesino y ladrón. Tened en cuenta, señor barón, que no hablo de hechos antiguos, anulados por la prescripción ante la ley, y por el arrepentimiento ante Dios. Hablo de hechos recientes, de hechos actuales ignorados aún por la justicia. Continúo. Ese sujeto se ha introducido en vuestra confianza y casi en vuestra familia con un nombre falso. Voy a deciros el nombre verdadero. Os lo diré de balde.

- Escucho.

- Se llama Jean Valjean.

- Lo sé.

Voy a deciros, también gratis, quién es.

- Decidlo.

- Un antiguo presidiario.

- Lo sé.

- Lo sabéis desde que he tenido el honor de decíroslo.

- No. Lo sabía antes.

El tono frío de Marius despertó en el desconocido una cólera sorda.

- No me atrevo a desmentir al señor barón, pero lo que tengo que revelaros sólo yo lo sé, y concierne a la señora baronesa. Es un secreto extraordinario, que vale dinero. A vos os lo ofrezco antes que a nadie, y barato. Veinte mil francos.

- Sé ese secreto como sé los demás -dijo Marius. El personaje sintió la necesidad de rebajar algo.

- Señor barón, dadme diez mil francos.

- Os repito que no tenéis que tomaros ese trabajo. Sé lo que queréis decirme.

Los ojos de aquel hombre chispearon de nuevo; luego exclamó:

- Con todo, fuerza es que yo coma hoy. Insisto en que el secreto vale la pena. Señor barón, voy a hablar. Hablo. Dadme veinte francos.

Marius le miró fijamente.

- Conozco vuestro secreto extraordinario, lo mismo que sabía el nombre de Jean Valjean y que sé vuestro nombre.

- ¿Mi nombre?

- Sí.

- No es difícil, señor barón, pues he tenido el honor de escribíroslo y decíroslo, Thenardier...

- Díer.

- ¿Cómo?

- Thenardier.

- ¿Quién?

En el peligro, el puerco espín se eriza, el escarabajo se finge muerto, la guardia veterana forma el cuadro; nuestro hombre se echó a reír.

Marius continuó:

- Sois también el obrero Jondrette, el comediante Fabantou, el poeta Genflot, el español Alvarez y la señora Balizard. Y habéis tenido una taberna en Montfermeil.

- ¡Una taberna! Jamás...

- Y os digo que sois Thenardier.

- Lo niego.

- Y que sois un miserable. Tomad.

Marius sacó del bolsillo un billete de banco, y se lo arrojó a la cara.

-¡Gracias! ¡Perdón! ¡Quinientos francos! ¡Señor barón!

Y el hombre, atónito, saludando y cogiendo el billete, lo examinó.

- ¡Quinientos francos! -repitió absorto.

Luego exclamó con un movimiento repentino:

- Pues bien, sea. Fuera disfraces.

Y con la prontitud de un mono, echándose hacia atrás los cabellos, arrancándose los anteojos y sacándose la nariz, se quitó el rostro como quien se quita el sombrero. Sus ojos se inflamaron; la frente desigual, agrietada, con protuberancias en varios sitios, horriblemente arrugada en la parte superior, se manifestó por entero; la nariz volvió a ser aguileña; reapareció el perfil feroz y sagaz del hombre de rapiña.

- El señor barón es infalible -dijo con voz clara-, soy Thenardier.

Y enderezó la espina dorsal.

Thenardier estaba sorprendido. Quiso causar asombro, y era él el asombrado. Valía esta humillación quinientos francos, y en último caso la aceptaba; pero no por eso estaba menos aturdido. Veía por primera vez al barón Pontmercy, y a pesar de su disfraz éste lo

había conocido. Para mayor sorpresa suya, no sólo sabía su historia, sino la de Jean Valjean. ¿Quién era aquel joven casi imberbe, tan glacial y tan generoso, que sabía todo?

Se recordará que Thenardier, aunque en otro tiempo vecino de Marius, no lo había visto nunca, lo cual es muy frecuente en París. Había oído hablar a sus hijas vagamente de un joven muy pobre, llamado Marius, que vivía en la casona. Ninguna relación podía existir para él entre el Marius de aquella época y el señor barón Pontmercy.

Había logrado, tras largas investigaciones, adivinar quién era el hombre que había encontrado cierto día en la gran cloaca. Del hombre le costó poco llegar al nombre. Sabía que la baronesa Pontmercy era Cosette, y en este tema se proponía obrar con toda discreción, siendo que ignoraba el verdadero origen de la joven. Entreveía, es cierto, algún nacimiento bastardo, pues la historia de Fantina le había parecido siempre llena de ambigüedades; pero, ¿qué sacaría con hablar?, ¿que le pagasen caro su silencio? Poseía, o creía poseer, un secreto de mucho más valor.

En la mente de Thenardier la conversación con Marius no había empezado todavía. Se vio obligado a retroceder, a modificar su estrategia, a abandonar una posición y cambiar de frente; pero nada esencial se hallaba aún comprometido, y tenía ya quinientos francos en el bolsillo. Le quedaban cosas decisivas por revelar, y se sentía fuerte hasta contra aquel barón Pontmercy tan bien informado. Para los hombres de la índole de Thenardier todo diálogo es un duelo. ¿Cuál era su situación actual? No sabía a quién hablaba, pero sí de lo que hablaba. Pasó rápidamente esta revista interior de sus fuerzas, y después de haber dicho -soy Thenardier-, aguardó.

Marius meditaba. Por fin tenía delante a Thenardier, al hombre que tanto había deseado encontrar, y podía cumplir el encargo del coronel Pontmercy. Le humillaba que el héroe debiera algo a este bandido. Le pareció que se le presentaba la ocasión de vengar al coronel de la desgracia de haber sido salvado por un individuo tan vil y tan perverso. A este deber agregábase otro; el de averiguar el origen de la fortuna de Cosette. Tal vez Thenardier supiera algo. Por ahí empezó. Thenardier, después de guardarse el billete de banco,

miraba a Marius con aire bondadoso y casi tierno. Marius rompió el silencio:

- Thenardier, os he dicho vuestro nombre. Ahora, ¿queréis que os diga el secreto que pretendéis venderme? También he reunido yo datos y os convenceréis de que sé más que vos. Jean Valjean, como dijisteis, es asesino y ladrón. Ladrón, porque robó a un rico fabricante, el señor Magdalena, siendo causa de su ruina. Asesino, porque dio muerte al agente de policía Javert.

- No comprendo, señor barón -dijo Thenardier.

- Vais a comprenderme. Escuchad. Vivía en un distrito del Paso de Calais, por los años de 1822, un hombre que había tenido no sé qué antiguo choque con la justicia, y que bajo el nombre del señor Magdalena, se había corregido y rehabilitado. Este hombre era, en toda la fuerza de la expresión, un justo. Con una fábrica de abalorios negros labró la fortuna de toda la ciudad. Por su parte, aunque sin darle mayor importancia, reunió también una fortuna considerable. Era el padre de los pobres. Lo nombraron alcalde. Otro presidiario lo denunció, y logró que el banquero Laffitte le entregara, en virtud de una firma falsa, más de medio millón de francos pertenecientes al señor Magdalena. El presidiario que robó al señor Magdalena, es Jean Valjean. En cuanto al otro hecho, nada necesitáis tampoco decirme. Jean Valjean mató al agente Javert de un pistoletazo. Yo estaba allí.

Thenardier lanzó a Marius esa mirada soberana de la persona derrotada que se repone y vuelve a ganar en un minuto todo el terreno perdido.

- Señor barón, equivocamos el camino.

- ¿Cómo? -replicó Marius-. ¿Negáis esto? Son hechos.

- Son quimeras. La confianza con que me honra el señor barón me impone el deber de decírselo. Ante todo la verdad y la justicia. No me gusta acusar a nadie injustamente. Señor barón, Jean Valjean no le robó al señor Magdalena, ni mató a Javert.

- ¡Qué decís! ¿En qué fundáis vuestras palabras?

- En dos razones. Primero: no robó al señor Magdalena, porque el señor Magdalena y Jean Valjean son una misma persona. Segundo: no asesinó a Javert, porque Javert, y no Jean Valjean, es el autor de su muerte.

- ¿Qué queréis decir?

- Javert se suicidó.

- ¡Probadlo, probadlo! -gritó Marius fuera de sí.

Thenardier repuso, recalcando cada palabra:

- Al agente de policía Javert se le encontró ahogado debajo de una barca del Pont-du-Change.

- Pero, ¡probadlo!

Thenardier sacó del bolsillo unos pliegos doblados de diferentes tamaños.

- Tengo mi legajo -dijo con calma.

Y añadió:

- Señor barón, por interés vuestro quise conocer a Jean Valjean.

Repito que Jean Valjean y el señor Magdalena son uno mismo y que Javert murió a manos de Javert; cuando así me expreso, es porque me sobran pruebas.

Mientras hablaba extraía Thenardier de su legajo dos periódicos amarillos, estrujados y fétidos a tabaco. Uno de los números, roto por los dobleces y casi deshaciéndose, parecía mucho más antiguo que el otro.

- Dos hechos, dos pruebas -dijo Thenardier.

Y entregó a Marius los dos periódicos.

El lector los conoce. Uno, el del 25 de julio de 1823 que probaba la identidad del señor Magdalena y de Jean Valjean. El otro era un Monitor del 15 de julio de 1832, donde se refería al suicidio de Javert, añadiendo, que hecho prisionero en la barricada de la calle de la Chanvrerie, había salvado su vida la magnanimidad de un insurrecto, el cual, teniéndolo al alcance de su pistola, en lugar de volarle el cerebro había disparado al aire.

Marius leyó. No cabía duda; la fecha era cierta, la prueba irrefutable. Jean Valjean, engrandecido repentinamente, salía de las sombras. Marius no pudo contener un grito de alegría:

- ¡Entonces ese desdichado es un hombre admirable! ¡Entonces esa fortuna era suya! ¡Es Magdalena, la providencia de todo un país! ¡Es Jean Valjean, el salvador de Javert! ¡Un héroe! ¡Un santo!

- Ni un santo, ni un héroe -dijo Thenardier-. Es un asesino y un ladrón.

- ¿Todavía? -preguntó.

- Siempre -contestó Thenardier-. Jean Valjean no robó al señor Magdalena, pero es un ladrón; no mató a Javert, pero es un asesino.

- ¿Queréis hablar -repuso Marius- de ese miserable robo de hace cuarenta años, expiado, como resulta de vuestros mismos periódicos, por toda una vida de arrepentimiento, de abnegación y de virtud?

- Digo asesinato y robo. Señor barón, el 6 de junio de 1832, hace cosa de un año, el día del motín, estaba un hombre en la cloaca grande de París, por el lado donde desemboca en el Sena, entre el puente de Jena y el de los Inválidos.

Calló un segundo gozando de la expectación de Marius, y continuó:

- Ese hombre, obligado a ocultarse por razones ajenas a la política, había elegido la cloaca como su domicilio, y tenía una llave de la reja. Era, repito, el 6 de junio, a las ocho poco más o menos de la noche. El hombre oyó ruido. Bastante sorprendido se ocultó y espío. Era ruido de pasos, alguien caminaba en medio de las tinieblas adelantándose hacia él. Había en la cloaca otro hombre. La reja de salida no estaba lejos, y la escasa claridad que entraba por ella le permitió conocer al recién venido, y ver que traía algo auestas. Era un antiguo presidiario, y llevaba en sus hombros un cadáver. Flagrante delito de asesinato. En cuanto al robo, es su causa; no se mata a un hombre gratis. El presidiario iba a arrojar aquel cadáver al río. Antes de llegar a la reja de salida, el presidiario que venía de un punto lejano de la alcantarilla, debió necesariamente tropezar con un cenagal espantoso, donde hubiera podido dejar el cadáver; pero al día siguiente los poceros, trabajando en el cenagal, habrían descubierto al hombre asesinado, lo cual no quería sin duda el asesino. Decidió atravesar el pantano con su carga, con inmensos esfuerzos, y arriesgando de una manera increíble su propia existencia. No comprendo cómo logró salir de allí vivo.

Thenardier respiró profundamente, muy satisfecho, y luego prosiguió:

- Señor barón, la cloaca no es el Campo de Marte. Allí falta todo, hasta sitio. Así, cuando la ocupan dos hombres, menester es que se

encuentren. Esto fue lo que sucedió. El domiciliado y el transeúnte tuvieron que darse las buenas noches, sin la menor gana. El transeúnte dijo al domiciliado: "Ves lo que llevo auestas; es preciso que salga de aquí. Tú tienes la llave, dámela". El presidiario era hombre de extraordinarias fuerzas y no había medio de resistirle. Sin embargo, el que poseía la llave parlamentó, únicamente para ganar tiempo. Examinó al muerto; mas sólo pudo averiguar que era joven, con apariencia de persona rica, y que estaba todo desfigurado por la sangre. Mientras hablaba, halló medio de romper y arrancar sin que el asesino lo advirtiera, un pedazo de faldón de la levita que vestía el hombre asesinado. Documento justificativo como comprenderéis. Se guardó en el bolsillo el testimonio, y abriendo la reja, dejó salir al presidiario con su pesada carga. Después cerró de nuevo, y se puso a salvo, importándole poco el desenlace de la aventura, y sobre todo no conviniéndole estar allí cuando el asesino arrojara el cadáver al río. Ahora veréis claro. El que llevaba el cadáver era Jean Valjean; el que tenía la llave os habla en este momento; y el pedazo de la levita...

Thenardier acabó la frase sacando del bolsillo y mostrándole a Marius un jirón de paño negro, todo lleno de manchas oscuras.

Marius se levantó, pálido, respirando apenas, con la vista fija en el pedazo de paño negro; y sin pronunciar una palabra, sin apartar los ojos de aquel jirón, retrocedió hacia la pared, buscando detrás de sí con la mano derecha, a tientas, una llave que estaba en la cerradura de una alacena, junto a la chimenea. Encontró la llave, abrió la alacena e introdujo el brazo sin separar la vista de Thenardier. Entretanto éste continuaba:

- Señor barón, me asisten grandes razones para creer que el joven asesinado era un opulento extranjero, atraído por Jean Valjean a una emboscada, y portador de una suma enorme.

- El joven era yo y aquí está la levita -gritó Marius, arrojando en el suelo una levita negra y vieja, manchada de sangre.

En seguida, arrancando el jirón de manos de Thenardier, lo ajustó en el faldón roto. Se adaptaba perfectamente.

Thenardier quedó petrificado, pensando: "Me he lucido hoy".

Marius, tembloroso, desesperado, radiante, metió la mano en el bolsillo y se dirigió fuera de sí hacia Thenardier con el puño, que

apoyó casi en el rostro del bandido, lleno de billetes de quinientos y de mil francos.

- ¡Sois un infame! ¡Sois un embustero! ¡Un calumniador! ¡Un malvado! ¡Veníais a acusar a ese hombre y le habéis justificado; queríais perderlo y habéis conseguido tan sólo glorificarlo! ¡Vos sois el ladrón! ¡Vos sois el asesino! Yo os he visto, Thenardier, Jondrette, en el desván del caserón Gorbeau. Sé de vos lo suficiente para enviaros a presidio y más lejos aún, si quisiera. Tomad estos mil francos, canalla.

Y arrojó un billete de mil francos a los pies de Thenardier.

- ¡Ah, Jondrette-Thenardier, vil gusano! ¡Que os sirva esto de lección, mercader de secretos y misterios, escudriñador de las tinieblas, miserable! ¡Tomad, además, estos quinientos francos, y salid de aquí! Waterloo os protege.

- ¡Waterloo! -murmuró Thenardier guardándose los quinientos francos al mismo tiempo que los mil.

- ¡Sí, asesino! Habéis salvado en esa batalla la vida a un coronel...

- A un general -dijo Thenardier alzando la cabeza.

- ¡A un coronel! -replicó Marius furioso-. ¡Y venís aquí a cometer infamias! Os digo que sobre vos pesan todos los crímenes. ¡Marchaos! ¡Desapareced! Sed dichoso, es cuanto os deseo. ¡Ah, monstruo! Tomad también esos tres mil francos. Mañana, mañana mismo, os iréis a América con vuestra hija, porque vuestra mujer ha muerto, abominable embustero. ¡Id a que os ahorquen en otra parte!

- Señor barón -respondió Thenardier inclinándose hasta el suelo-, gratitud eterna.

Y Thenardier salió sin comprender una palabra, atónito y contento de verse abrumado bajo sacos de oro, y herido en la cabeza por aquella granizada de billetes de banco. Acabemos desde ahora con este personaje. Dos días después de los sucesos que estamos refiriendo, salió, merced a Marius, para América en compañía de su hija Azelma. Allá, con el dinero de Marius, Thenardier se hizo negrero.

En cuanto se retiró Thenardier, Marius corrió al jardín donde Cosette estaba aún paseando.

- ¡Cosette! ¡Cosette! -exclamó-. ¡Ven! ¡Ven pronto! Vamos. Vasco, un coche. Ven, Cosette. ¡Ah, Dios mío! ¡El es quién me salvó la vida! ¡No perdamos un minuto!

Cosette creyó que se había vuelto loco. Marius no respiraba y ponía la mano sobre su corazón para comprimir los latidos. Iba y venía a grandes pasos, y abrazaba a Cosette, diciendo:

- ¡Ah! ¡Qué desgraciado soy!

Enloquecido, Marius empezaba a entrever en Jean Valjean una majestuosa y sombría personalidad. Una virtud inaudita aparecía ante él, suprema y dulce, humilde en su inmensidad. El presidiario se transfiguraba en Cristo. Marius estaba deslumbrado. El coche no tardó en llegar.

Marius hizo subir a Cosette, y se lanzó en seguida dentro.

- Cochero -dijo-, calle del Hombre Armado, número siete.

El coche partió.

- ¡Ah, qué felicidad! -exclamó Cosette-. A la calle del Hombre Armado. No me atrevía a hablarte de eso. Vamos a ver al señor Jean.

- A tu padre, Cosette. A tu padre, pues lo es hoy más que nunca. Cosette, ahora comprendo. Tú no recibiste la carta que te mandé con Gavroche. Cayó sin duda en sus manos, y fue a la barricada para salvarme. Como su misión es ser un ángel, de paso salvó a otras personas, salvó a Javert. Me sacó de aquel abismo para entregarme a ti. Me llevó sobre sus hombros a través de la cloaca. ¡Ah! ¡Soy el peor de los ingratos! Cosette, después de haber sido tu providencia, fue la mía. Figúrate que había allí un espantoso cenagal donde ahogarse cien veces, y lo atravesó conmigo a cuestas. Yo estaba desmayado; no veía, no oía. Vamos a traerlo a casa y a tenerlo con nosotros quiera o no; no volverá a separarse de nuestro lado. Si es que lo encontramos, si es que no ha partido. Pasaré lo que me resta de vida venerándolo. Gavroche seguramente le entregó a él la carta. Todo se explica.

¿Comprendes, Cosette?

Cosette no comprendía una palabra.

- Tienes razón -fue su respuesta.

Entretanto, el coche seguía rodando.

CAPÍTULO 5 NOCHE QUE DEJA ENTREVER EL DÍA

Oyendo llamar a la puerta, Jean Valjean dijo con voz débil:

- Entrad, está abierto.

Aparecieron Cosette y Marius. Cosette se precipitó en el cuarto. Marius permaneció de pie en el umbral.

- ¡Cosette! -dijo Jean Valjean y se levantó con los brazos abiertos y trémulos, lívido, siniestro, mostrando una alegría inmensa en los ojos.

Cosette, ahogada por la emoción, cayó sobre su pecho, exclamando:

- ¡Padre!

Jean Valjean, fuera de sí, tartamudeaba:

- ¡Cosette! ¡Es ella! ¡Sois vos, señora! ¡Eres tú! ¡Ah, Dios mío!

Y sintiéndose estrechar por los brazos de Cosette, añadió:

- ¡Eres tú, sí! ¡Me perdonas, entonces!

Marius, bajando los párpados para detener sus lágrimas, dio un paso, y murmuró:

- ¡Padre!

- ¡Y vos también me perdonáis! -dijo Jean Valjean.

Marius no encontraba palabras y el anciano añadió:

- Gracias.

Cosette se sentó en las rodillas del anciano, separó sus cabellos blancos con un gesto adorable, y le besó la frente. Jean Valjean extasiado, no se oponía, y balbuceaba:

- ¡Qué tonto soy! Creía que no la volvería a ver. Figuraos, señor de Pontmercy, que en el mismo momento en que entrabais, me

decía: "¡Todo se acabó! Ahí está su trajecito; soy un miserable, y no veré más a Cosette". Decía esto mientras subíais la escalera. ¿No es verdad que me había vuelto idiota? No se cuenta con la bondad infinita de Dios. Dios dijo: "*¿Crees que te van a abandonar, tonto? No. No puede ser así. Este pobre viejo necesita a su ángel*". ¡Y el ángel vino, y he vuelto a ver a mi Cosette, a mi querida Cosette! ¡Ah, cuánto he sufrido!

Estuvo un instante sin poder hablar; luego continuó:

- Tenía realmente necesidad de ver a Cosette un rato, de tiempo en tiempo. Sin embargo, sabía que estaba de sobra, y decía en mis adentros: "*No te necesitan, quédate en tu rincón, nadie tiene derecho a eternizarse*". ¡Ah, Dios de mi alma! ¡La vuelvo a ver! ¿Sabes, Cosette, que tu marido es un joven apuesto? ¡Ah! Llevas un bonito cuello bordado, me gusta mucho. Señor de Pontmercy, permitidme que la tutee; será por poco tiempo.

- ¡Qué maldad dejarnos de ese modo! -exclamó Cosette-

¿Adónde habéis ido? ¿Por qué habéis estado ausente tanto tiempo? Antes vuestros viajes apenas duraban tres o cuatro días. He enviado a Nicolasa, y le respondían siempre que estabais fuera. ¿Cuándo regresasteis? ¿Por qué no nos avisasteis? Os veo con mal semblante: ¡Mal padre! ¡Enfermo y sin decírnoslo! Ten, Marius, toma su mano y verás qué fría está.

- Habéis venido, señor de Pontmercy; ¡conque me perdonáis! - repitió Jean Valjean.

A estas palabras los sentimientos que se agolpaban al corazón de Marius hallaron una salida, y el joven exclamó:

- Cosette, ¿no lo oyes? ¿No lo oyes que me pide perdón? ¿Sabes lo que me ha hecho, Cosette? Me ha salvado la vida. Más aún, te ha entregado a mí. Y después de salvarme y después de entregarte a mí, Cosette, ¿sabes lo que ha hecho de su persona? Se ha sacrificado. Eso ha hecho. ¡Y a mí, el ingrato, el olvidadizo, el cruel, el culpable, me dice gracias! Cosette, aunque pase toda la vida a los pies de este hombre siempre será poco. La barricada, la cloaca, el lodazal, todo lo atravesó por mí, por ti, Cosette, preservándome de mil muertes, que alejaba de mí y que aceptaba para él. En él está todo el valor, toda la virtud, todo el heroísmo. ¡Cosette, este hombre es un ángel!

- ¡Silencio! ¡Silencio! -murmuró apenas Jean Valjean- ¿Para qué decir esas cosas?

- ¡Pero vos! -exclamó Marius, con cierta cólera llena de veneración-, ¿por qué no lo habéis dicho? Es culpa vuestra también. ¡Salváis la vida a las personas y se lo ocultáis! ¡Y bajo pretexto de quitaros la máscara, os calumniáis! Es horrible.

- Dije la verdad -respondió Jean Valjean.

- No -replicó Marius-; la verdad es toda la verdad, y no habéis dicho sino parte. Erais el señor Magdalena, ¿por qué callarlo? Habíais salvado a Javert, ¿por qué callarlo? Yo os debía la vida, ¿por qué callarlo?

- Porque sabía que vos teníais razón, que era preciso que me alejara. Si os hubiera referido lo de la cloaca, me habríais retenido a vuestro lado. Debía, pues, callarme. Hablando, todo se echaba a perder.

- ¡Se echaba a perder! ¿Qué es lo que se echaba a perder? ¿Por ventura os figuráis que os vamos a dejar aquí? No. Os llevamos con nosotros, ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Cuando pienso que por casualidad he sabido estas cosas! Os llevamos con nosotros. Formaréis parte de nosotros mismos. Sois su padre y el mío. No pasaréis un día más en esta horrible casa. Mañana ya no estaréis aquí.

- Mañana -dijo Jean Valjean-, no estaré aquí, ni tampoco en vuestra casa.

- ¿Qué queréis decir? -dijo Marius-. Se acabarán los viajes. No os volveréis a separar de nosotros. Nos pertenecéis, y no os soltaremos.

- Esta vez -añadió Cosette-, emplearé la fuerza si es necesario. Y riéndose, hizo ademán de coger al anciano en sus brazos.

- Vuestro cuarto está tal como estaba -continuó-. ¡Si supieseis qué bonito se ha puesto ahora el jardín! ¡Cuántas flores! Un petirrojo anidó en un agujero de la pared y un horrendo gato se lo comió. ¡Lloré tanto! Padre, vais a venir con nosotros. ¡Cómo va a alegrarse el abuelo! Tendréis vuestro lugar propio en el jardín y lo cultivaréis, veremos si vuestras fresas valen tanto como las mías. Una vez en casa, yo haré cuanto queráis, y vos me obedeceréis. ¿Verdad que sí?

Jean Valjean la escuchaba sin oírla. Percibía la música de su voz sin casi comprender el sentido de sus palabras y una de esas gruesas lágrimas, sombrías perlas del alma, se formaba lentamente en sus ojos.

- ¡Dios es bueno! -murmuró.
- ¡Padre querido! -dijo Cosette.

Jean Valjean prosiguió:

- No hay duda que sería delicioso vivir juntos. Tenéis árboles llenos de pájaros. Me pasearía las horas con Cosette. ¡Es grata la vida en compañía de las personas que uno quiere, darles los buenos días, oírse llamar en el jardín! Cada cual cultivaría un pequeño trozo. Ella me haría comer sus fresas, y yo le haría coger mis rosas. Sería delicioso pero...

Se detuvo, y luego dijo bajando más la voz:

- Es una pena.

La lágrima no cayó sino que entró de nuevo en la órbita y la reemplazó una sonrisa.

Cosette tomó las manos del anciano entre las suyas.

- ¡Dios mío! -exclamó-. Vuestras manos me parecen más frías que antes, ¿os sentís mal?

- ¿Yo? No -respondió Jean Valjean-, me siento bien. Sólo que...
Se detuvo.

- ¿Sólo qué?
- Sólo que me estoy muriendo.

Cosette y Marius se estremecieron.

- ¡Muriendo! -exclamó Marius.
- Sí -dijo Jean Valjean.

Respiró y sonriéndose repuso:

- Cosette, ¿no estabas hablando? Continúa, háblame más.
¿Conque el gato se comió a tu petirrojo? Habla, ¡déjame oír tu voz!

Marius petrificado, miraba al anciano. Cosette lanzó un grito desgarrador.

- ¡Padre! ¡Padre mío! Viviréis, sí, viviréis. Yo quiero que viváis.
¿Oís?

Jean Valjean alzó los ojos y los fijó en ella con adoración.

- ¡Oh, sí, prohíbeme que muera! ¿Quién sabe? Tal vez te obedezca. Iba a morir cuando entrasteis, y la muerte detuvo su

golpe. Me pareció que renacía.

- Estáis lleno de fuerza y de vida -dijo Marius-. ¿Acaso imagináis que se muere tan fácilmente? Habéis tenido disgustos y no volveréis a tenerlos. ¡Os pido perdón de rodillas! Vais a vivir, y con nosotros y por largo tiempo. Os hemos recobrado.

Jean Valjean continuaba sonriendo.

- Señor de Pontmercy, aunque me recobrasedis ¿me impediría eso que sea lo que soy? No; Dios ya ha decidido, y él no cambia sus planes. Es mejor que parta. La muerte lo arregla todo. Dios sabe mejor que nosotros lo que nos conviene. Que seáis dichosos, que haya en torno vuestro, hijos míos, lilas y ruiseñores, que vuestra vida sea un hermoso prado iluminado por el sol, que todo el encanto del cielo inunde vuestra alma, y que ahora yo, que para nada sirvo, me muera. Seamos razonables; no hay remedio ya; sé que no hay remedio. ¡Qué bueno es lo marido, Cosette! Con él estás mejor que conmigo.

Se oyó un ruido en la puerta. Era el médico que entraba.

- Buenos días y adiós, doctor -dijo Jean Valjean-. Estos son mis pobres hijos.

Marius se acercó al médico y lo miró anhelante. El médico le respondió con una expresiva mirada. Jean Valjean se volvió hacia Cosette y se puso a contemplarla como si quisiera atesorar recuerdos para una eternidad. En la profunda sombra donde ya había descendido, aún le era posible el éxtasis mirando a Cosette. La luz de aquel dulce rostro iluminaba su pálida faz. El médico le tomó el pulso.

- ¡Ah! ¡Os necesitaba tanto! -dijo el anciano dirigiéndose a Cosette y a Marius.

E inclinándose al oído del joven, añadió muy bajo:

- Pero ya es demasiado tarde.

Sin apartar casi los ojos de Cosette, miró al médico y a Marius con serenidad. Se oyó salir de su boca esta frase apenas articulada:

- Nada importa morir, pero no vivir es horrible.

De repente se levantó. Caminó con paso firme hacia la pared, rechazó a Marius y al médico que querían ayudarlo, descolgó el crucifijo que había sobre su cama, volvió a sentarse como una

persona sana, y dijo alzando la voz y colocando el crucifijo sobre la mesa:

- He ahí al Gran mártir.

Después sintió que su cabeza oscilaba, como si lo acometiera el vértigo en la tumba, y quedó con la vista fija. Cosette sostenía sus hombros y sollozaba, procurando hablarle.

- ¡Padre! No nos abandonéis. ¿Es posible que no os hayamos encontrado sino para perderos?

Hay algo de titubeo en el acto de morir. Va, viene, se adelanta hacia el sepulcro y se retrocede hacia la vida. Jean Valjean después del síncope, se serenó, y recobró casi una completa lucidez. Tomó la mano de Cosette y la besó.

- ¡Vuelve en sí, doctor, vuelve en sí! -gritó Marius.

- Sois muy buenos -dijo Jean Valjean-. Voy a explicaros lo que me ha causado viva pena. Señor de Pontmercy, me la ha causado que no hayáis querido tocar ese dinero. Ese dinero es de vuestra mujer. Esta es una de las razones, hijos míos, por la que me he alegrado tanto de veros. El azabache negro viene de Inglaterra y el azabache blanco de Noruega. En el papel que veis ahí consta todo esto. Para los brazaletes inventé sustituir los colgantes simplemente enlazados a los colgantes soldados. Es más bonito, mejor y menos caro. Ya comprenderéis cuánto dinero puede ganarse. Por tanto, la fortuna de Cosette es suya, legítimamente suya. Os refiero estos pormenores para que os tranquilicéis.

Había entrado la portera y miraba desde el umbral. Dijo al moribundo:

- ¿Queréis un sacerdote?

- Tengo uno -respondió Jean Valjean.

Es probable, en realidad, que el obispo lo estuviera asistiendo en su agonía. Cosette, con mucha suavidad, le puso una almohada bajo los riñones. Jean Valjean continuó:

- Señor de Pontmercy, no temáis nada, os lo suplico. Los seiscientos mil francos son de Cosette. Si no disfrutaseis de ellos, resultaría perdido todo el trabajo de mi vida. Habíamos conseguido fabricar con singular perfección los abalorios, y rivalizábamos con los de Berlín.

Cuando va a morir una persona que nos es querida, las miradas se fijan en ella como para retenerla. Los dos jóvenes, mudos de angustia, no sabiendo qué decir a la muerte, desesperados y trémulos, estaban de pie delante del anciano.

Jean Valjean decaía rápidamente. Su respiración era ya intermitente e interrumpida por un estertor. Le costaba trabajo cambiar de posición el antebrazo y los pies habían perdido todo movimiento. Al mismo tiempo que la miseria de los miembros y la postración del cuerpo crecían, toda la majestad del alma brillaba, desplegándose sobre su frente. La luz del mundo desconocido era ya visible en sus pupilas. Su rostro empalidecía, pero continuaba sonriendo. Hizo señas a Cosette de que se aproximara, y luego a Marius. Era sin duda el último minuto de su última hora, y se puso a hablarles con voz tan queda que parecía venir de lejos, como si en ese momento hubiera ya una pared divisoria entre ellos y él.

- Acércate; acercaos los dos. Os quiero mucho. ¡Ah! ¡Qué bueno es morir así! Tú también me quieres, Cosette. Yo sabía que lo quedaba siempre algún cariño para tu viejo. ¡Cuánto lo agradezco, niña mía, esta almohada! Me llorarás ¿no es verdad? Pero que no sea demasiado. Quiero que seáis felices, amados hijos. Los seiscientos mil francos, señor de Pontmercy, es dinero ganado honradamente. Podéis ser ricos sin repugnancia alguna. Será preciso que compréis un carruaje, que vayáis de vez en cuando a los teatros. Cosette, para ti bonitos vestidos de baile, para vuestros amigos buenas comidas. Sed dichosos. Estaba hace poco escribiendo una carta a Cosette, ya la encontrará. Te lego, hija mía, los dos candelabros que están sobre la chimenea. Son de plata; mas para mí son de oro, de diamantes, y convierten las velas en cirios. No sé si el que me los dio está satisfecho de mí en el Cielo. He hecho lo que he podido. Hijos míos, no olvidéis que soy un pobre, y os encargo que me hagáis enterrar en el primer rincón de tierra que haya a mano, con sólo una piedra por lápida. Es mi voluntad. Sobre la piedra no grabéis ningún nombre. Si Cosette quiere ir allí alguna vez se lo agradeceré. Vos también, señor Pontmercy. Debo confesaros que no siempre os he tenido afecto; os pido perdón. Os estoy muy agradecido, pues veo que haréis feliz a Cosette. ¡Si supieseis, señor Pontmercy, cuánto ha sido mi cariño

hacia ella! Sus hermosas mejillas sonrosadas eran mi alegría; en cuanto la vela un poco pálida, ya estaba triste. Hay en la cómoda un billete de quinientos francos. Es para los pobres. Cosette, ¿ves tu trajecito allí sobre la cama? ¿Te acuerdas? No hace más de diez años de eso. ¡Cómo pasa el tiempo! Fuimos muy dichosos. Hijos míos, no lloréis, que no me voy muy lejos; desde allá os veré. Con sólo que miréis en la noche, mi sonrisa se os aparecerá. Cosette, ¿te acuerdas de Montfermeil? Estabas en el bosque y tenías miedo. ¿Te acuerdas cuando yo cogí el asa del cubo lleno de agua? Fue la primera vez que toqué tu pobre manita. ¡Y qué fría estaba! Entonces vuestras manos, señorita, tiraban a rojas, hoy brillan por su blancura. ¿Y la muñeca, lo acuerdas? La llamaste Catalina. ¡Qué de veces me hiciste reír, ángel mío! ¡Eras tan traviesa! No hacías más que jugar. Te colgabas las guindas de las orejas. En fin, son cosas pasadas. Los bosques que uno ha atravesado con su amada niña, los árboles que les han resguardado del sol, los conventos que les han resguardado de los hombres, las inocentes risas de la infancia; todo no es más que sombra. Se me figuró que esas cosas me pertenecían, y ahí estuvo el mal. Los Thenardier fueron muy perversos; pero hay que perdonarlos. Cosette, ha llegado el momento de decirte el nombre de tu madre. Se llamaba Fantina. Recuerda este nombre, Fantina. Arrodíllate cada vez que lo pronuncies. Ella padeció mucho, y te quería con locura. Su desgracia fue tan grande, como grande es tu felicidad. Dios lo dispuso así. Dios nos ve desde el cielo a todos, y en medio de sus brillantes estrellas sabe bien lo que hace. Me voy ahora, mis queridos hijos. Amaos mucho, siempre. En el mundo casi no hay nada más importante que amar. Pensad alguna vez en el pobre viejo que ha muerto aquí. Cosette mía, no tengo la culpa de no haberte visto en tanto tiempo; el corazón se me desgarraba, estaba medio loco. Hijos míos, no veo claro. Aún tenía que deciros muchas cosas; pero no importa. Vosotros sois seres benditos. No sé lo que siento, pero me parece que veo una luz. Acercaos más. Muero dichoso. Venid, acercad vuestras cabezas tan amadas para poner encima mis manos.

Cosette y Marius cayeron de rodillas, inundando de lágrimas las manos de Jean Valjean; manos augustas, pero que ya no se

movían. Estaba echado hacia atrás, de modo que la luz de los candelabros iluminaba su pálido rostro dirigido hacia el cielo. Cosette y Marius cubrían sus manos de besos.

Estaba muerto.

Era una noche profundamente oscura; no había una estrella en el cielo. Sin duda, en la sombra un ángel inmenso, de pie y con las alas desplegadas, esperaba su alma.

CAPÍTULO 6 LA HIERBA OCULTA Y LA LLUVIA BORRA

En el cementerio Padre Lachaise, cerca de la fosa común y lejos del barrio elegante de esa ciudad de sepulcros, lejos de todas esas tumbas a la moda, en un lugar solitario, al pie de un antiguo muro, bajo un gran tejo por el cual trepan las enredaderas de campanillas en medio del musgo, hay una piedra.

Esta piedra no se halla menos expuesta que las demás a la lepra del tiempo, a los efectos de la humedad, del líquen y de las inmundicias de los pájaros. El agua la pone verde y el aire la ennegrece. No está próxima a ninguna senda, y no es agradable ir a pasear por aquel lado a causa de la altura de la hierba. Cuando la bañan los rayos del sol, se suben a ella los lagartos. A su alrededor se mecen los tallos de avena agitados por el viento, y en la primavera cantan en el árbol las currucas.

Esta piedra está desnuda. Al cortarla, se pensó únicamente en las necesidades de la tumba, esto es, que fuera lo bastante larga y lo bastante angosta para cubrir a un hombre. Ningún nombre se lee en ella. Pero hace muchos años, una mano escribió allí con lápiz estos cuatro versos que se fueron volviendo poco a poco ilegibles a causa de la lluvia y del polvo, y que probablemente ya se habrán borrado:

*Duerme. Aunque la suerte fue con él tan extraña,
El vivía. Murió cuando no tuvo más a su ángel.
La muerte simplemente llegó,
Como la noche se hace cuando el día se va.*

Al lado de ésta piedra, se ubica una tumba, en la cual, yace una lapida que tiene tallado en la roca un nombre: Gavroche. A ésta

tumba, acude diariamente al anochecer un hombre de aspecto joven, gornido, de cabellos negros y un rostro hermoso, sobre el cual lleva un sombrero; del cual, en su ala derecha levantada, reluce al agacharse un rizo dorado según la moda de Luis IV.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA
WEB**